

Selecta

Encarna Magín

Verdades y mentiras
Suaves pétalos de amor 2

Verdades y mentiras
Suaves pétalos de amor 2

Encarna Magín

Selecta

SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
| Random House
| Grupo Editorial |

Capítulo 1

Abel Olmos había hecho el trayecto de Valleverde a Barcelona en su coche, un modelo sencillo y práctico de furgoneta combi, que le servía para su trabajo en los campos que circundaban la casa que había construido en el pueblo. Había aparcado el vehículo a las afueras de la metrópoli y había cogido el metro para desplazarse. Sabía que en hora punta la ciudad se volvía intransitable debido a la densidad de tráfico, por lo que había decidido no arriesgarse. Debía encontrar a Elisa, su novia y futura esposa, pues a su madre le había dado un ataque al corazón. Estaba grave y los médicos no auguraban un desenlace feliz.

Abel era alto y bien parecido. Su mirada, ambarina profunda y limpia; su cuerpo, robusto y su cabello rubio y sedoso cortado a la altura del hombro le infundían un aire a *highlander*. Sin embargo, ese porte tan masculino y cautivador quedaba oculto bajo un atuendo nada atractivo, ya que vestía como cualquier integrante de la comunidad Los Hijos de la Luz. Llevaba unos pantalones, abrigo y sombrero negros y una radiante y pulcra camisa blanca. Dentro del vagón de metro se había quitado el abrigo, pues la concentración de calor, debido a la gran cantidad de usuarios, provocaba que el aire estuviera cargado y fuera bochornoso.

Abel miró a los pasajeros. Casi todos tenían sus pupilas abiertas y pegadas a sus móviles, apenas eran conscientes de que había vida fuera de sus aparatos rectangulares, los culpables de haber sumido a la sociedad en un trance

colectivo. Sus espaldas jorobadas mostraban que sus cuerpos adquirirían la forma a los que eran sometidos durante horas, una postura de cabeza gacha y espalda curvada, tal como mostraría un sumiso ante su amo. De hecho se trataba de esclavos frente a la tecnología.

No pudo evitar pensar en Valleverde, en su aire puro, en la montañas con sus puntas blancas, en los paisajes verdes, en los ríos de aguas transparentes, en los bosques exuberantes, en la vida que se desplegaba en cada rincón, en la amabilidad de sus gentes, en la bondad que todos rezumaban... En Valleverde era feliz y no creía que en el mundo existiera un lugar como aquel, rebosante de verdad y humanidad. En el pueblo ninguno de sus habitantes iba con la espalda jorobada, ni con la cabeza gacha porque nadie tenía móvil. El único avance tecnológico que se les permitía a Los Hijos de la Luz era la electricidad para alimentar las bombillas y las neveras de sus hogares. A los que trabajaban en el campo, como él, se les autorizaba a adquirir un vehículo para hacerles más llevadero el transporte de sus productos.

De hecho, dichos cambios no hacían mucho tiempo que se habían autorizado. La relación de su hermana con Iván, que no pertenecía a la comunidad, había hecho replantearse muchas normas. Después de hablarlo mucho, se hizo una votación y se llevaron a cabo cambios que las gentes agradecieron. Los Hijos de la Luz no negaban las tecnologías, sino que iban en contra del uso que se hacía de ellas, pues, si todo avance se utilizaba con sabiduría, era bueno para el progreso colectivo.

El traqueteo del metro adormecía a Abel, por lo que se esforzó en mantenerse despierto. Más le valía, porque en pocos minutos llegaría a una parada cerca del centro universitario donde su novia estudiaba y no quería pasarse de estación. Aunque sabía la dirección de memoria, se sacó del bolsillo la última carta que ella le había enviado. La olió, olía a ella, era un aroma suave y dulce, una mezcla de flores, tal como olían los campos floridos de Valleverde en primavera. Eli era perfecta para él; la amaba desde que eran unos críos cuando ambos se juntaban para hacer travesuras. La echaba de

menos y hubiera querido que el reencuentro hubiera sido por otras circunstancias, y no por su madre enferma.

Cuatro años atrás, en un acto desesperado por no perderla, no objetó nada a su marcha para que cursara la carrera de Veterinaria y prometió esperarla. Ya una vez, siendo una rebelde adolescente, se había escapado por una riña con su padre y tomó el mal camino vendiendo su cuerpo por dinero. Nadie en Valleverde lo sabía, ni su madre; eso le hubiera provocado un disgusto terrible, tal vez incluso la hubiera matado dado su precario estado de salud. Él la había rescatado de aquella vida y Eli tuvo que regresar a la comunidad a regañadientes. En un principio no se lo perdonó, pero acabó haciéndolo y empezaron una relación.

Sin embargo, Eli ansiaba ser algo más que su esposa, por lo que no puso impedimentos cuando ella le informó que quería forjarse un oficio. En Valleverde necesitaban veterinarios; todos en sus hogares tenían corrales con animales y la idea le gustó desde el principio. Durante esos cuatro años, había trabajado duro en los campos para vender sus cosechas y poder enviarle dinero a fin de costear su manutención y sus estudios. Pero había valido la pena tanto sacrificio, ya que en la carta le aseguraba que estaba sacando buenas notas y pronto sería veterinaria.

Abel sonrió, se sentía muy orgulloso de su novia; tal vez lo que más le gustaba de su chica era su rebeldía, aunque a veces le irritara. En la comunidad Los Hijos de la Luz las mujeres estaban muy limitadas, no se les permitía hacer lo mismo que los hombres. Aún arrastraban costumbres poco sanas de otras épocas, pero, poco a poco, los líderes se estaban abriendo a los cambios y se mostraban flexibles con muchas leyes y normas que los encorsetaban como personas. Las épocas cambiaban, lo propio sería que las gentes también lo hicieran. Buena muestra de ello era Lucía, su hermana, que trabajaba como profesora en la escuela, y Eli, que pronto se convertiría en veterinaria. Importantes cambios que hacían a su comunidad todavía más grande y especial.

El hombre bajó del metro y enfiló al exterior subiendo por unas escaleras. Una vez fuera, lo envolvió el viento de levante; soplabá fuerte, las nubes grises corrían deprisa en el cielo y lloviznaba. Abel se caló el sombrero y se puso el abrigo, cuyas solapas levantó para proteger su nuca. Se sentía nervioso, deseaba ver a Eli, pues en esos cuatro años solo la había visto una vez al principio, de modo que hacía tres años que no se veían. Únicamente se escribían, y las cartas, en este último año, habían sido más bien escasas. Ella se excusaba explicándole que estaba inmersa en los estudios, que apenas tenía tiempo para nada más y él le creía.

Por fin llegó al bloque de pisos donde Eli se alojaba junto a Carla, otra estudiante. Había sido una suerte que encontrara una amiga en la urbe, eso le había dado tranquilidad. Apretó el botón del interfono del piso correspondiente; estaba tan nervioso que volvió a insistir, apenas dejó un par de segundos entre llamada y llamada.

—¡Hola! —gritaron a través del interfono.

El corazón de Abel latía deprisa, casi lo sentía en su boca, su cuerpo se tensó.

—¿Eli? —logró pronunciar él en un susurro emocionado.

Hubo un silencio, a Abel se le hizo eterno.

—Eli no, no está.

La decepción fue grande para el hombre.

—¿A qué hora regresa?

Otro silencio.

—Ya no vive aquí, se marchó hace mucho tiempo.

Abel se sorprendió, pues en la última carta de su novia no le comentaba nada. Debía averiguar lo que sucedía.

—¿Puede abrir? Soy Abel, supongo que Eli le ha hablado de mí, necesito hablar con usted un momento.

—Estoy... acompañada.

Abel oyó lo que parecía ser los sonidos de unos besos seguidos de unas

risillas, comprendió que acababa de importunar a una pareja.

—Lo siento, no quiero molestar, solo necesito saber la nueva dirección de Eli.

—No creo que a Eli le gustara; resulta que... —Suspiró y no siguió hablando consciente de que no podía decir más de la cuenta.

Abel no alcanzaba a entender la incomodidad de la compañera de piso de su novia. Una ráfaga de viento barrió la calle y tuvo que sostener su sombrero. Miró sin ver una bolsa volar por los aires mientras meditaba que algo no iba bien; lo intuía y no le gustaba la sensación que estaba experimentando su cuerpo. Sus músculos se habían agarrotado y sentía una presión en el corazón que le dificultaba la respiración. Además, la lluvia había arreciado, daba de lleno en su abrigo y se estaba quedando mojado; ya apreciaba la humedad adherirse a su piel.

—Necesito dar con Eli —logró pronunciar él—, su madre está muy mal, le ha dado un ataque al corazón.

—¡Oh, Dios, cuánto lo siento! —exclamó sorprendida.

Por suerte, la mujer se compadeció de la situación y tomó conciencia de que el asunto era grave. Le dijo la nueva dirección de Eli, Abel la memorizó en segundos; se extrañó de que Eli viviera en Passeig de Gràcia, el lugar más céntrico de Barcelona, solo asequible a gente adinerada.

Empezaba a quedarse empapado, del borde de su sombrero se precipitaba un hilo de agua y, de vez en cuando, debía sacárselo para sacudirle el exceso de humedad. Tenía frío, pero poco le importó, pues todo lo que envolvía a Eli le resultaba extraño y debía encontrarla; cuanto antes, mejor. Temía que hubiera cometido una locura, tal como había hecho tiempo atrás cuando se escapó de su casa. Solo esperaba estar equivocado.

Elisa García aparcó su Audi deportivo de alta gama en un *parking*

subterráneo bajo un edificio de oficinas de los alrededores de donde vivía su amiga Carla. Esa mañana había dejado una nota a Veneno, sabía que se enfadaría, pero ya arreglaría las cosas cuando regresara. Le pediría perdón y se mostraría sumisa y obediente, accedería a todos sus caprichos, tal como le gustaba a él. Debía desaparecer unos días para solucionar un problema grave que quería sacarse de encima, y su compañera la ayudaría, pues ella había pasado por lo mismo.

Elisa, o Eli, tal como la llamaban sus amigos y personas queridas, era una mujer hermosa de melena rubia suavemente rizada. Parecían rayos de luz ondulados que enmarcaban un rostro ovalado de facciones armoniosas, dando al conjunto un aspecto equilibrado. Sus ojos grises resplandecían como dos lunas y sus labios gruesos evocaban besos placenteros; de esos que dejaban huella y que no se olvidaban. Pertenecía a Los Hijos de la Luz y era la mayor de cinco hermanos. Nunca quiso formar parte de la comunidad, pues sus aires de grandeza le impedían entregarse a la sencillez y austeridad. Ella siempre había soñado con una vida lujosa, y había perseguido su sueño entregando su virtud y dignidad.

Eli llevaba un vestido ajustado de Chanel rojo que realzaba su silueta y sus pechos grandes. Su cuerpo joven todavía no necesitaba de braguitas moldeadoras o sujetadores *puch-up*. El abrigo, el bolso y los zapatos de tacón también eran de la misma marca. Eli sabía lucir la ropa de diseño como ninguna otra mujer; además sacaba partido a sus atributos femeninos de una manera muy sutil. Su manera seductora de caminar y balancear las caderas atraía las miradas, por lo que no pasaba desapercibida ante los hombres, a los que enamoraba con sus provocativos ojos grises y sonrisas sensuales. Su femineidad y sus dotes de seducción era todo lo que precisaba para seguir conduciendo coches caros y vestir con ropa de los mejores modistos. Una vez al mes su adinerado amante la llevaba a París y le regalaba un ropero nuevo y joyas que hacían caer de espaldas a sus conocidas. Ella solo necesitaba satisfacerlo en la cama y lucir hermosa para que él se sintiera orgulloso de

llevar colgado de su brazo a una bella mujer.

Sí, Eli se había dejado eclipsar por el dinero, disfrutaba de la buena vida y tenía decidido que un contratiempo no le impediría seguir haciéndolo, así que su misión en los próximos días sería quitarse el problema de encima. Por nada del mundo regresaría a Valleverde, la austeridad y la sencillez de Los Hijos de la Luz no iba con ella, y más ahora que había probado lo que era vivir entre riqueza. A ella le gustaba el *glamour* y pavonearse entre famosos y gente adinerada y con poder; era lo único que la hacía feliz.

Eli vio salir a un hombre del piso de su amiga Carla al que conocía. Se trataba de un antiguo cliente suyo en la época que se dedicaba a la prostitución, de eso ya hacía más de tres años. Cuando pasó por su lado, giró el rostro con disimulo en un intento por que no se fijara en ella. Se detuvo e hizo ver que contemplaba un aparador de una tienda de menaje. Por suerte, no la reconoció y, sinceramente, lo prefería, pues le gustaba que la vieran como a una mujer con clase y no como a prostituta del pasado. A la primera la respetaban, a la segunda no.

Emprendió de nuevo la marcha y subió al piso de su amiga. Se la encontró desnuda, no tardó en ponerse una bata de satén roja cuando Eli entró en la vivienda.

—¡Qué casualidad que vengas a verme, estaba a punto de enviarte un whatsapp! —Mientras hablaba se peinaba su media melena morena con los dedos—. Si no lo he hecho antes es porque se me presentó un cliente y no podía decirle que no, es muy generoso.

—Lo he visto.

Las mujeres fueron al salón, Eli se quitó el abrigo y lo dejó junto al bolso, encima de la mesa de centro de delante del sofá. Carla dio un sorbo a su lata de Coca-Cola light.

—¿Quieres? —le preguntó extendiendo la bebida en dirección a su amiga.

—No, gracias, tengo el estómago algo revuelto —dijo mientras se sentaba en el mullido asiento.

—Por cierto, nunca te he dado las gracias por pasarme a tus clientes, pero yo no te quería hablar de esto, sino de... —Se sentó en el brazo del tresillo, pero de lado para quedar frente a su amiga y se dio cuenta de que ella no la escuchaba—. Ayyy, Dios, Eli, estás pasando de mí —soltó indignada.

Se estiró los justo para dejar la lata de refresco en la mesa de centro. Eli soltó un largo suspiro.

—¡Estoy metida en un buen lío y necesito arreglarlo ya! —prorrumpió esta con desaliento.

—¿Entonces ya has hablado con él? —preguntó Carla suponiendo que Abel la había encontrado.

Eli arrugó el ceño, sus cejas perfiladas se tensaron.

—¿Con él? No te entiendo, el lío del que te hablo no es ningún hombre, sino un bebé. Estoy embarazada.

Su amiga abrió sus ojos castaños de par en par y se llevó las manos a la cabeza en un gesto de verdadero desespero.

—¿Cómo se te ocurre quedarte embarazada? ¿Estás loca?

—No lo he hecho a propósito, me hice un lío con las píldoras, creí habérmelas tomado y me di cuenta de mi despiste demasiado tarde.

—¿Y qué vas a hacer ahora? ¿Veneno lo sabe?

—No sabe nada, y no se lo pienso decir porque, evidentemente, voy a abortar, no quiero tenerlo. Como a ti te pasó una vez, necesito la dirección de la clínica en la que te practicaron el aborto, ¿aún te acuerdas de dónde fue?

—¿Estás segura de que es lo que quieres? Igual te arrepientes.

—No intentes convencerme de lo contrario, tú no te has arrepentido nunca, ¿por qué iba a arrepentirme yo?

—Porque tú no eres como yo, aunque no te des cuenta.

—No estoy para sermones, Carla. —Entrecerró sus ojos grises a modo de censura—. No eres la más indicada, déjalo ya, ¿vale?

—Si yo tuviera un hombre como Abel a mi lado y una familia que se preocupa por mí, te aseguro que no estaría haciendo lo que hago. No sabes la

suerte que tienes.

—Joder, cállate, no es un chollo pertenecer... —Censuró su lengua, nadie de sus conocidos sabía que pertenecía a Los Hijos de la Luz, pues le daba vergüenza—. En fin... desearía que Abel se enamorara de otra; y de mi familia prefiero no hablar.

—No sabes lo que dices, pero ya lo descubrirás por ti misma, no seré yo quien te dé una lección.

Eli empezaba a enfadarse, se levantó de golpe.

—Ya veo que no quieres ayudarme, me voy, ya me las arreglaré sola, el «San Google» me informará.

Carla la miró y la censuró con sus ojos castaños. Se levantó y fue al mueble de debajo del televisor. Eli la siguió con la mirada y contempló como su amiga se arrodillaba y abría el cajón de arriba. Revolvió su interior y no dejó de hacerlo hasta dar con la tarjeta de la clínica privada donde practicaban abortos, que entregó a su compañera. Esta leyó la dirección, una y dos veces suspirando de alivio.

—Gracias —dijo Eli.

—Mientras pagues lo que te digan, no te harán preguntas.

—Perfecto, voy a ir ahora mismo.

Hizo amago de marcharse, pero Carla la detuvo cogiéndola de la muñeca.

—No tan deprisa, aún no te he contado por qué quería hablar contigo.

Eli puso los ojos en blanco, pues nada, en ese instante, era tan importante como abortar.

—Ok, pero suéltalo ya, tengo prisa. Me cuesta horrores disimular las náuseas y los vómitos matutinos. Ayer noche Veneno me ordenó que me quedara a dormir en su casa y esta mañana, mientras follábamos, he tenido que satisfacerlo rápido, ¡solo tenía ganas vomitar!

—Abel ha estado aquí —soltó de pronto.

Eli se quedó pálida en el acto, empezó a tambalearse y su amiga la acomodó en el sofá.

—¿Estás bien? —preguntó Carla.

—¿Cómo quieres que esté bien? No le habrás dicho nada, ¿verdad?

—No, pero le he dado la dirección de tu nuevo piso.

Eli se levantó de golpe. Su rostro era una explosión de rojos coléricos.

—¿Por qué has hecho tal cosa? —le recriminó a gritos—. ¡Me vas a arruinar la vida!

Su amiga puso los brazos en jarras evidenciando su indignación.

—Creo que no necesitas mi ayuda para arruinarte la vida, lo sabes hacer muy bien solita, ¿no crees?

—¿Otra vez con las lecciones de moralidad?

—Sabes muy bien que yo no pude elegir la clase de vida que llevo, no tuve a nadie que me ayudara, en cambio tú sí. Si Abel se entera que ni tan solo te matriculaste en la universidad y que te gastaste su dinero en gilipolladas...

Eli la cortó.

—¡No te atrevas a decirle nada! —exigió enfurecida, notando como el pánico la cubría por completo.

—¡No, tranquilízate! Abel ha estado aquí porque te buscaba, tu madre está mal.

El enfado de Eli desapareció en el acto y sus ojos empezaron a tener un brillo lagrimoso. Tembló y se sentó en cuanto notó otro mareo.

—¿Mi madre está muerta? —preguntó Eli, no era un secreto que su progenitora no gozaba de buena salud.

—No lo sé, solo me ha dicho que tu madre está mal y ha ido a buscarte a tu piso.

Eli se levantó, se puso el abrigo y guardó la tarjeta en el bolsillo, después agarró su bolso.

—Tengo que irme y dar con Abel, necesito saber cómo está mi madre.

—Lo siento, no he podido hacer más.

Eli la miró y asintió, le dio un beso de despedida y enfiló camino al *parking*. La mujer no se dio cuenta de que un hombre la seguía a corta

distancia. Su mente estaba en otra cosa, ya que tenía que llegar a su apartamento antes de que lo hiciera Abel. No sabía qué le contaría, desde luego que la verdad no sería, no le quedaba otra solución que mentir. Y ya podía estar encontrando una explicación convincente a todo. Aunque eso ahora no era lo importante, pues, si su madre se moría antes de que pudiera verla, no se lo perdonaría en la vida.

Veneno miraba la costa por la ventana de su despacho en su casa de lujo en La Miranda, una zona residencial exclusiva, a diez minutos del centro de Barcelona. El mar estaba revuelto por el viento de levante, que había abierto sus fauces y mordía la costa una y otra vez. Las crestas blancas de las olas se levantaban sobre la superficie con violencia. Mirar aquel despliegue de furia aún lo ponía de más mal humor. Porque su día no mejoraba, si acaso las malas noticias se acumulaban en una jornada negra. Por un lado, estaba la huida de Cobra de la prisión. Por otro lado, estaba la escueta nota de Eli, su «novia» — por llamarla de alguna manera— porque él no tenía novias, sino amiguitas con las que disfrutar sexualmente. Las mujeres solo le interesaban para satisfacer su parte viril y Eli era de las mejores que había pasado por su cama: fogosa como ninguna otra, sabía cómo follárselo para tenerlo contento; además siempre estaba abierta a satisfacer sus fantasías eróticas. La susodicha le pedía unos días de soledad, pues necesitaba pensar. Pensar... le decía escrito a mano, como si aquella cabeza hueca supiera pensar. Eli era una mujer superficial, a la que le gustaban los lujos, y él le ofrecía eso y mucho más. Nada más le importaba, por lo que su nota le llevaba a pensar que algo escondía. Si se había atrevido a ponerle los cuernos, lo pagaría muy caro.

De acuerdo, reconocía que necesitaba matar a alguien para descargar su mal humor, y no sabía quién sería primero, si Eli o Cobra. Este era su enemigo, al que quería matar lentamente, su sueño de despellejarlo vivo tomaba forma en

su mente cruel. Sería su castigo por haber matado a su hermano Baby, al que pensaba vengar fuera como fuese. El muy cabrón había conseguido salir vivo de las veces que había atentado contra su persona dentro de la cárcel; tenía más vidas que un gato. Al final, había conseguido escapar de su cautiverio, impuesto por unos jueces, que lo encerraron después de ser juzgado por homicidio y tráfico de armas. Y ahora era libre como un pajarito. Debía darle caza antes de que lo hicieran los Mossos d'Esquadra, y matarlo, sí, matarlo, y disfrutar de su agonía, solo así sentiría que la muerte de su hermano Baby se había vengado.

Para empezar tenía a detectives y a varios de sus hombres buscándolo; eran los mejores, por lo que sería cuestión de días que dieran con él. Barcelona no sería lo suficientemente grande para esconder al gusano de Cobra. De momento se desquitaría con Eli, en cuanto diera con ella le daría la paliza de su vida, era lo que merecía por desagradecida. No había excusa para lo que había hecho, y menos cuando la tenía viviendo entre lujos y caprichos. Nunca a una mujer le había dado tanto, ni tampoco se había gastado tanto dinero en ninguna otra.

Llamó por enésima vez a Eli por el móvil mientras se miraba reflejado en el vidrio de la ventana. La imagen de un hombre de cabellos negros con coleta, con la piel de la mejilla derecha arrugada, de aspecto acartonado debido a una quemadura, y con el ojo derecho de cristal, que como pupila tenía un diamante rojo, hubiera hecho gritar de miedo a cualquiera. Eso era lo que quería conseguir cuando Eli lo viera enfurecido, sin embargo, ella seguía sin atender la llamada. En un arrebato de furia lanzó el aparato contra la pared. La violencia fue tan grande que el estruendo resonó en un eco estridente entre las paredes, crispando a Veneno más de lo que estaba.

—¡Maldita perra, voy a *retorserte* tu bonito cuello! —gritó en un acento latino muy marcado.

Cobra estaba esperando a que Eli saliera del apartamento de su amiga. De hecho, hacía horas que la seguía, exactamente desde que se había escapado de prisión, cuando fue a casa de Veneno a matarlo. No era que matara por matar, o por gusto, o porque fuera su *modus operandi*, se trataba de supervivencia. Su vida dependía de quitársela a él, tan simple como eso, por muy cruel que pareciera. Veneno nunca le perdonó haberle quitado la vida a su hermano Baby. Lo gracioso del caso era que, en aquella ocasión, no había matado para salvar su vida, sino la de Abel, pues Baby le hubiera disparado si no lo hubiera hecho él primero.

Sin embargo, su sorpresa había sido mayúscula cuando había encontrado en casa de Veneno a Eli, la novia de Abel. Estaba claro que se trataba de la nueva amiguita de su enemigo y se sentía enfurecido, porque Abel no merecía esa traición por parte de una mujer. En realidad siempre había sabido que esa chica causaría problemas, lo intuyó en el primer momento que la vio. Fue en la cárcel, el día que ella visitó a Abel, que estaba encerrado por una trastada que se aclaró al cabo del tiempo y que no tuvo más consecuencias, salvo pasar una temporada entre rejas.

Abel era una excelente persona, además, lo quería como a un hermano; en verdad le recordaba a su hermano fallecido, años atrás, por una banda de criminales. Que él se hubiera dado a la delincuencia no había sido casualidad, pues cuando quiso enderezar su vida, se lo hicieron pagar caro matando a su hermano. Un crimen que cargaba en su conciencia, y la bondad de Abel había hecho más soportable su cruz. Por eso, y por tantas cosas más, le dolía que Eli lo tratara con tan poco respeto y arrastrara por el lodo de la mentira el amor verdadero que Abel sentía por ella.

Su primer impulso había sido matarla junto a Veneno, pero él no era un asesino sin escrúpulos, por lo que había decidido secuestrarla y llevarla a Valleverde. Desde luego que le explicaría la verdad a Abel, o mejor dicho, obligaría a la chica a que se la contara; solo de este modo su buen amigo abriría los ojos. Lo sensato sería que se deshiciera de ella y buscara a otra que

fuera digna de él. No conocía en el mundo a otra persona que mereciera ser más feliz que Abel, y él sería feliz sin Eli.

Que hubiera estado encerrado en prisión hasta hacía relativamente poco, no había significado que no supiera de la vida de su amigo. Tenía a colegas que lo habían mantenido informado y sabía que había regresado a Valleverde después de arreglar las cosas con su cuñado Iván. Si bien ambos no habían tenido un inicio de relación cordial, el tiempo había puesto las cosas en su sitio y sabía con certeza que formaban una familia feliz, tal como debía ser. Nunca tendría que haber acogido al muchacho en su mundo de delincuencia cuando lo buscó para pedirle ayuda. Por suerte se dio cuenta a tiempo y desapareció de su vida haciéndole creer que había muerto. Por otra parte, Veneno lo había culpado a él de la muerte de Baby y no a Abel. Desde luego que había sido un alivio, pues no quería que se repitiera la desgracia de su hermano.

Y ahora, por culpa de Eli había tenido que cambiar de planes. Tan fácil que lo tenía en cuanto escapó de la cárcel, solo era cuestión de liquidar a su enemigo y huir del país, pero ya no podía por varios motivos. Pesaba sobre él una orden de detención europea, no es que le preocupara, sabía cómo burlar a la policía, pero Eli estaba poniendo la vida de Abel en peligro, porque en cuanto Veneno se enterara de que, en realidad, su amante era la novia de Abel, no solo la mataría a ella, sino que Abel pagaría también la humillación. No lo permitiría.

Capítulo 2

Por fin la mujer salió del apartamento de la amiga. Cobra la siguió de cerca, vigilando en todo momento a su alrededor, a fin de no levantar sospechas. Además debía actuar con cuidado, dado que estaba en busca y captura y su rostro corría por las redes a una velocidad supersónica. Llevaba un largo abrigo de cuero negro, se había afeitado completamente la cabeza y el rostro. Si bien sus facciones continuaban siendo temibles a primera vista, su aspecto era diferente al hombre de barba espesa y cabello corto que enseñaban en las redes.

Como no podía llamar la atención, esperó a que Eli entrara en el *parking*, donde, sin duda, no habría gente, solo tendría que evitar las cámaras de seguridad. Eli entró en el coche y Cobra aprovechó el momento para subirse en el lugar del acompañante. Cabe decir que Eli se llevó un buen susto, quiso gritar, pero se lo impidió la mano de Cobra que le tapó la boca con el antebrazo, y con el peso de su cuerpo la mantenía aplastada contra el asiento, por lo que quedó inmobilizada.

—¿Te acuerdas de mí, Eli? —le susurró con dureza Cobra.

La chica giró el rostro lo justo para ver la cara de su atacante. Sus ojos rasgados, de un verde claro hipnotizador, la hicieron temblar, pues parecía la mirada de una serpiente que estaba a punto de saltar sobre su presa. Pronto recordó el día que fue a visitar a Abel a prisión donde conoció a Cobra, que estaba con una visita en el cubículo de al lado. Abel le había hablado de él

con el cariño típico de hermano, sin embargo, creía que estaba muerto.

Eli asintió a la pregunta, entonces, Cobra, con la mano libre, se sacó la pistola que llevaba escondida en una de sus botas negras de motorista. Le enseñó el arma a la mujer, esta abrió los ojos de par en par, en su mirada gris había miedo.

—No gritarás, ¿verdad? —dijo en un tono amenazante y una mirada de desprecio.

Cobra fue quitando la mano lentamente.

—No gritaré —prometió ella.

—Bien, porque no me gustaría tener que agujerear tu bonito cuerpo.

Eli lo acuchilló con la mirada, no le gustaba cómo la amenazaba y cómo la miraba, palpaba su odio hacia ella.

—Abel me dijo que estabas muerto.

—Ya ves que no, el diablo no me quiso en su paraíso por miedo a la competencia —espetó en un tono burlesco.

No obstante, a ella no le hacía gracia, su rostro contraído y sus labios apretados daban fe de que estaba enfadada.

—¿Qué quiere un delincuente como tú? ¿Dinero o un polvo?

—No quiero ni una cosa ni otra, te aseguro que acostarme contigo no es mi sueño húmedo, antes me la pelo.

Eli no estaba acostumbrada a que los hombres no la desearan y volcaran sobre ella tanta aspereza, por lo que se indignó.

—Entonces, ¿por qué asaltarme de esta manera?

—¿Sabe Abel que su prometida folla con otro?

Ella hizo amago de querer salir del coche, pero sin mucho éxito, porque él la agarró justo a tiempo y le clavó el cañón del arma en las costillas.

—Vuélvelo a intentar y disparo.

—Imbécil, suéltame o...

—¡O qué! Abel no merece a una puta como tú.

La mujer se sintió humillada y quiso abofetearlo, él le agarró la mano y

soltó una carcajada. Aun así la mujer lo volvió a intentar, pero Cobra le mantenía la muñeca muy bien sujeta. Eli supo que tenía todas las de perder, además sabía lo suyo con Veneno y no quería que Abel se enterara.

—Abel no sabe nada, y es mejor que siga sin conocer la verdad.

—De todos los hombres ricos que hay en Barcelona tuviste que liarte con Veneno. La vida tiene unas casualidades muy curiosas.

—Veneno es como cualquier otro, tiene polla y mucho dinero. No necesito más.

—¿Qué sabes de Veneno?

—Lo que sabe todo el mundo: que es un narcotraficante rico con y bastante poder dentro de su mundo. Solo me interesa la vida que me puede ofrecer.

—Eres tan superficial...

—Como si tú fueras mejor que yo.

—Yo nunca traicionaría a Abel, en eso nos diferenciamos.

Ella rio.

—Lo metiste en tu vida —le recriminó ella—, ¡casi acaba en la cárcel gracias a tus chanchullos!

—Un error que arreglé. ¿Abel no te habló del tal Veneno?

—No me contó nada, me dijo que cuanto menos supiera más segura estaría. Solo me habló de ti, y lo justo para que no le hiciera preguntas.

Cobra le creyó, aun así no tenía la certeza de que Veneno no supiera nada de Eli. Lo conocía y temía que Eli no fuera un capricho y se tratara de una pieza en un tablero de ajedrez. La agarró de la barbilla y la obligó a que lo mirara.

—¿Qué le has contado a Veneno de Abel y de Valleverde? —preguntó él con dureza.

—¡Me haces daño! —gritó tirando de la mano que la lastimaba.

—¡Contesta!

—¡Nada, no sabe nada!

—¡Más te vale que sea verdad!

—Nadie sabe que pertenezco a Los Hijos de la Luz, conté una mentira, dije

que mis padres me habían echado de casa. Solo Carla sabe que tenía una relación con Abel, pero nada más.

—Como no, mentir se te da bien.

La soltó y ella se restregó la barbilla.

—Eres un bruto —espetó cuando se miró en el espejo retrovisor y apreció la piel enrojecida.

Él la ignoró.

—Vamos a tu apartamento.

—¿Qué? ¡Ni lo sueñes!

—Lo que oyes, te vas a cambiar de ropa, no puedes regresar a Valleverde vestida de esta manera.

—¡No voy a regresar a Valleverde!

—Tú vas a hacer lo que yo te diga, se terminó tu vida de lujos.

—No puedes obligarme.

—¿Que no? ¿Quieres que te cuente cómo someto a los indisciplinados? Tengo varias anécdotas, como el día que le corté la lengua a un rebelde que me quería traicionar y lo condené a guardar silencio de por vida.

—¡Eres cruel, incluso más que Veneno!

—Haré lo que sea por salvar a Abel, no quiero que acabe muerto por tu culpa.

Eli sacudió la cabeza en un gesto de perplejidad.

—No te entiendo.

—La has liado buena, las mujeres como tú son un cáncer para hombres con honor. Compadezco a Abel cuando se entere de la verdad.

—¡No le vas a decir nada! —exigió.

—No seré yo quien le quite la venda de los ojos, sino tú.

—Claro, porque tú me lo ordenes —se mofó.

—Basta de charla, pon el coche en marcha inmediatamente y vamos a tu apartamento. No hay tiempo que perder.

Eli, a regañadientes, puso el vehículo en movimiento y se dirigió a su piso

de Passeig de Gràcia. Mientras conducía pensaba en la manera de escapar de ese hombre antes de llegar, no podía dejar de pensar en que, tal vez, Abel la estaría esperando. Sin embargo, los ojos de serpiente de Cobra adivinó sus intenciones.

—Ni se te ocurra —dijo él enseñando su arma—, tengo buena puntería y juro que experimentarás el dolor terrible de un balazo en la rodilla si te atreves.

Eli bufó y se dio por avisada, no tentaría la suerte, ese hombre era capaz de dispararle. Llegaron y a ella no le quedó más remedio que dejar entrar a su piso a Cobra. Este emitió un silbido ensordecedor, el lugar estaba decorado con todo lujo de detalles por expertos decoradores y tenía el aspecto de ser un pequeño palacio. Veneno no había escatimado dinero en mantener contenta a su nueva amiguita.

—Debes follar muy bien para que Veneno te haya montado este pisito.

—¡Cállate!

El hombre la agarró de la cintura y la atrajo a su duro cuerpo. Ella se resistió, pero de nada sirvió, aun así lo fulminó con sus ojos grises. El hombre hacía tiempo que no estaba con una mujer y le gustó tenerla pegada, que la aborreciera no significaba que no deseara su cuerpo.

—Dime qué me darías a cambio de desaparecer y no contarle nada a Abel —comentó el hombre.

La mirada de la mujer se suavizó y adquirió un aire sensual. Cobra hizo una mueca torcida, pero cuando ella se acercó para besarle, la apartó con brusquedad de él.

—Ni dignidad tienes —soltó él—. ¿Es por este lujo que te abres de piernas tan fácilmente? ¿Vale la pena venderte como un trozo de carne perdiendo tu dignidad de mujer?

Si Eli hubiera tenido una pistola en su poder, le hubiera disparado sin pensarlo. Le dolía que le dijera todo aquello, porque al escucharlo se hacía real y no quería que su conciencia aflorara.

—Hijo de puta.

Cobra ignoró el insulto y le guiñó un ojo a modo de mofa. Había conocido a muchas Elis a lo largo de su existencia y no merecían su respeto. Hubo un silencio, él la miró de arriba abajo, reconocía que Eli era una mujer atractiva y hermosa, de esas que cortan el aliento y con la que sueña cualquier hombre. Pero él ya no era un hombre cualquiera, la vida le había enseñado que valía la pena vivirla al lado de gente como Abel. Ya había dado por hecho que jamás una mujer se arriesgaría a enamorarse de un delincuente como él.

—Admiro a las mujeres inteligentes y luchadoras que no se vengán abajo ante cualquier infortunio, que luchen por su futuro para no depender de nadie. Por una de ellas daría la vida; como tú hay millones.

Eli no quería continuar con aquella conversación, hizo amago de darse la vuelta para irse a su dormitorio, ya que con la excusa de cambiarse podría utilizar su teléfono.

—Un momento, no tan deprisa —dijo el hombre—, dame el móvil.

Eli suspiró, abrió el bolso y sacó el aparato. Cobra lo tiró al suelo con fuerza y se rompió; no dándose por satisfecho, lo pateó hasta que quedó irreconocible.

—¿Estás loco? —gritó ella.

—Es la manera que hay para que no avises a nadie y para que Veneno no pueda localizarnos.

En ese instante sonó el interfono, ambos se miraron a los ojos.

—Creo que es Abel... —musitó en un hilo de voz la mujer.

—Perfecto, entonces que decida él qué hacer contigo cuando le cuentes la verdad.

Eli fue al interfono, a través de la cámara vio a Abel y su corazón se contrajo. Verlo de nuevo la abrumaba y un torrente de sentimientos profundos y hermosos se desencadenaron uno tras otro.

—Sube... —susurró a través del aparato; se oyó el clic de la puerta que se abría y Abel desapareció del campo de visión de la cámara, se dio la vuelta y

rogó a Cobra con la mirada—. Por favor, no le digas nada.

—Si fuera al revés, ¿te hubiera gustado que te hubieran engañado de una manera tan ruin?

Ella se lo imaginó y se le escaparon las lágrimas. Era duro reconocer que no lo hubiera soportado.

—No quiero hacerle daño, la verdad lo va a destrozar.

A Cobra le vinieron ganas de zarandearla hasta que perdiera el sentido. Bien sabía que la verdad lo apuñalaría y lo haría sangrar lentamente por dentro en una agonía de tristeza y decepción. Ella no era digna de un hombre como Abel. Cobra estaba enfadado y no dudó en desquitarse.

—Estúpida, lo tienes todo y ni siquiera te das cuenta.

—¡Deja ya de insultarme!

—¿Qué crees que hará Veneno cuando sepa quién eres de verdad? Yo te lo diré: te va a matar después de matarlo a él.

—No creo que pertenecer a Los Hijos de la Luz sea un delito tan grave. Estás loco.

—No acabas de entenderlo. Lo grave es que seas la novia de otro y ese otro sea Abel. No sabes en que lío nos has metido.

—Otra vez con lo mismo, deja de hablarme en clave, suelta lo que tengas que decir de una puta vez, Abel está a punto de llegar.

—¿Sabes que Veneno tenía un hermano llamado Baby al que adoraba?

—Más o menos; lo asesinaron. Veneno nunca me cuenta nada, pero oí rumores.

—Lo asesinaron en defensa propia.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque yo estaba allí. —Hizo una pequeña pausa—. Y Abel también.

El timbre sonó y no hubo tiempo de más. A Eli no le quedó más remedio que abrir, a pesar de lo impactada que estaba al enterarse de que Abel también sabía algo de la muerte de Baby.

—Eli... —susurró Abel en un tono dulce.

Abel se olvidó de todo lo extraño que envolvía a su novia, solo era consciente de la bella mujer que contemplaba y de lo mucho que la amaba. Los ojos del hombre se iluminaron de felicidad y su sonrisa sincera hizo temblar a Eli, entonces tomó conciencia de lo mezquina que era. Cobra estaba en lo cierto: no se merecía a un hombre como ese, todo él era sinceridad y amor puro. Sus pupilas abiertas explicaban sin palabras lo mucho que la había echado de menos y lo mucho que la amaba. Recordó las veces que había estado en la cama practicando sexo con Veneno y los remordimientos empezaron a partirla en dos. Por un lado, estaba la Eli que no quería renunciar a su vida de lujo y por otro, estaba la mujer que quería echarse a los brazos de Abel y amarlo hasta el fin de sus días.

El hombre se acercó a ella y la abrazó con fuerza, en el momento que se disponía a besarla, vio tras la sombra de la puerta una silueta conocida. Abel contuvo la respiración, se separó de Eli y, cuando cerró la puerta y la sombra se iluminó, comprobó que no estaba loco. Allí de pie, con una sonrisa de oreja a oreja y tan enigmático como siempre, al acecho como una serpiente, estaba Cobra.

—Tendrías que verte la cara, chavalote —dijo un Cobra emocionado por dentro—. Si quieres, te dejo pellizcarme, te aseguro que no soy un fantasma.

—Te vi morir...

—Ese día viste a muchos de mis hombres morir. La muerte campaba a sus anchas, reconozco que quedé muy malherido... —Volteó un poco la cabeza y Abel apreció una cicatriz larga y gruesa—. Tú creíste que estaba muerto y yo lo permití, era la única manera de que te marcharas del infierno en el que te había metido. Si te hubieras quedado a socorrerme, Veneno te hubiera matado.

Abel no se contuvo y lo abrazó con tanta euforia que ambos estallaron en carcajadas.

—¡Cabrón, ya sabes que no me gusta que me abrasces, eso es de chicas! —dijo con burla Cobra.

—¿Por qué no me dijiste nada?

—Por tu seguridad y la de tu gente, era lo mejor. Supe que regresaste a Valleverde, tal como debía ser.

—¿Y dónde has pasado todo este tiempo?

—En la cárcel, pagando por mis errores.

Abel ordenó sus pensamientos echando mano al día en que vendieron armas de contrabando a Veneno y este los traicionó, el punto de encuentro se convirtió en una batalla de guerra. Y tuvo clara su conclusión.

—Yo también tendría que haber terminado en prisión.

—¡No digas tonterías! Hiciste lo correcto.

—¿Y qué pasó con Veneno?

Eli respiraba con agitación, empezaba a ligar cabos y su cuerpo quedó frío de repente. Se llevó el puño a la boca y se lo mordió en un gesto desesperado. Tomaba conciencia con horror de la situación: no solo se había estado acostando con un hombre que no perdonaría a Abel jamás, sino que esperaba un hijo suyo. La consecuencia de todo junto podían ser nefasta.

Cobra la miró de soslayo y se alegró que sufriera.

—Consiguió eludir la cárcel —informó este—. Pero el muy Cabrón no me perdona que matara a su hermano y me quiere muerto.

—¡Mataste a su hermano por mi culpa, para salvarme la vida! Ese hombre está loco.

—No le des más vueltas, mejor que me crea culpable solo a mí. Pero aún hay más..., ¿verdad, Eli?

Miró en dirección a la chica, que seguía atónita la conversación, su rostro era una máscara blanca como la leche recién ordeñada de las vacas de Valleverde. Era evidente que entendía en el lío que se había metido, Cobra no había exagerado cuando se lo había recalcado varias veces. Abel también centró su atención en su novia y plegó el entrecejo, pues no entendía nada.

—¿Qué sucede? —le preguntó él.

Un movimiento por la pantalla del interfono puso en alerta a Cobra, se acercó y comprobó lo que creía haber visto.

—¡Mierda, hay que irse ya! —dijo de pronto—. Veneno está aquí.

Abel contempló atónito la cámara, Veneno estaba abriendo la puerta con una llave, tras él estaban dos de sus esbirros.

—Tengo mi coche aparcado fuera de la ciudad —dijo el muchacho.

—Demasiado lejos, cogemos el de Eli que está en el *parking*. ¡Rápido!

Los tres corrieron por un pasillo que daba a las escaleras y al ascensor, pero era tarde para cogerlo, pues los intrusos estaban subiendo. Entonces bajaron por los peldaños a toda velocidad, no se pararon en ningún momento. Sin embargo, en el instante que alcanzaban el coche de Eli, hicieron acto de presencia Veneno y los dos esbirros. Cobra no se sorprendió, conocía a su enemigo demasiado bien, estaba dotado de una inteligencia malvada que haría poner los pelos de punta incluso a los acostumbrados a ver de todo.

Lo único que los salvó fue que Veneno cometió el error de no disparar en cuanto vio a Eli, ya que la impresión lo dejó inmóvil. No entendía qué hacía con Cobra y Abel, al que reconoció en el acto, a pesar de verlo vestido con unas ropas poco habituales.

—¡Subid al coche! —gritó Cobra aprovechando la perplejidad de su contrincante.

Veneno salió de su confusión y disparó al tiempo que ordenaba a sus secuaces que hicieran lo mismo. Cobra quedó expuesto a la lluvia de proyectiles y, en su afán por proteger a Abel mientras subía el coche, lo dejaron indefenso y recibió un balazo en el vientre. Su amigo se dio cuenta y lo socorrió.

—¡Lárgate! —dijo Cobra.

Más balazos, uno dio en el retrovisor.

—Ni lo sueñes... —dijo resuelto Abel, agarrando a Cobra del suelo y metiéndolo en el vehículo, mientras Eli ya había puesto el coche en marcha—.

¡Larguémonos, vamos, acelera! —le gritó a la chica.

Y así lo hizo ella: aceleró por el *parking*, pero Veneno se interpuso, la chica tenía el corazón en la garganta, aun así no disminuyó la velocidad y él

tuvo que tirarse a un lateral para no ser arrojado. Se levantó y la maldijo al tiempo que prometía matarlos a los tres.

El coche salió a toda velocidad, derrapando por el asfalto como si de una carrera se tratara. Abel y Cobra estaban en la parte de atrás; el primero inspeccionó la herida sangrante, que estaba en la parte derecha, bajo el estómago. Se sacó un pañuelo del bolsillo y apretó con el fin de que dejara de sangrar.

—¿Estás bien? —le preguntó, no esperó la respuesta—. Eli, ve al hospital más cercano.

—¡No, no podemos! —gritó Cobra—. Veneno lo sabrá, además estoy en busca y captura. Si me vuelven a meter en prisión soy hombre muerto. Detén el coche, Eli, ya me las apañaré.

—Ni lo sueñes —se negó en rotundo Abel—. No te voy a dejar, amigo, me salvaste la vida y ahora me toca devolverte el favor.

—No me debes nada.

—Cállate, no estás en condiciones de llevarme la contraria.

—Aún puedo darte una paliza, ¡no me provoques, chavalote! —dijo, apretó los dientes, porque le dolía la herida.

—Ya... —ironizó—. Lo que tú digas.

Su amigo jamás cambiaría, siempre había sido un macho alfa, pero incluso los machos alfas necesitan ayuda alguna vez.

—¿Hacia dónde voy? —preguntó Eli cuando se disponía a enlazar la carretera que llevaba a la autopista para salir de Barcelona.

—A Valleverde.

La mujer se detuvo en un semáforo en rojo, echó la mirada atrás y vio la tapicería color crema de su flamante coche sucia de sangre.

—¡Me estáis ensuciando la tapicería!

El semáforo se puso en verde y continuó; por el retrovisor vio cómo Abel la recriminaba con la mirada y enrojeció de pies a cabeza. Bien sabía que su comentario había sido mezquino y se estaba dando cuenta, con horror, que

valoraba lo material antes que la vida de una persona. Por su parte, Abel se percató de que viajaban en un auto de lujo y empezó a hacerse preguntas. Eran demasiadas cosas las que no encajaban, si bien no era el momento, no pudo contenerse y preguntó.

—¿De dónde has sacado el dinero para comprarte este coche?

Eli pensó deprisa en un excusa.

—No es mío, es de Carla, me dijo que me buscabas y me prestó el coche.

—¿Y el apartamento? —continuó preguntando su prometido.

—Es mío —intervino el herido.

No supo el motivo que le había empujado a decir aquello, pues estaba ayudando a Eli cuando, en realidad, la odiaba y no era su intención ponérselo fácil para que continuara engañando a su amigo. Sin embargo, volver a reencontrarse con Abel le había hecho recordar lo hermoso que era tener una familia y no quería que él sufriera. Tal vez sería mejor esperar a más adelante para contarle la verdad.

Abel miró a su compañero herido y, aunque su rostro duro mostrara dolor, veía el destello de la mentira en su mirada verdosa.

—Estás mintiendo —dijo llanamente Abel, deseando equivocarse, pero su intuición le advertía que sus recelos eran ciertos.

—¿Por qué tendría que mentirte en una cosa como esta? No tiene sentido si lo piensas.

Abel lo ignoró, esos dos escondían algo. No obstante, Cobra estaba malherido y no quería presionarlo, por lo que se compadeció de él. Entonces, se dirigió a la mujer.

—¿Es verdad lo que dice Cobra, Eli?

La aludida se puso nerviosa, se aclaró la garganta en un intento por que no le temblara la voz cuando contestara.

—No creo que sea el momento para hablar de esto. —Era cierto, ahora había que pensar en otras cosas—. Pararé en una farmacia, al menos hay que desinfectar la herida y comprar antiinflamatorios y calmantes. Valleverde está

lejos y no será un viaje cómodo para él.

Abel no insistió en saber la verdad, porque ella tenía razón.

—Será mejor que cambiemos de coche, Veneno debe estar buscando este. Tengo el mío en un *parking* cerca del metro y aprovecharemos para ir a la farmacia.

—¿Podrás aguantar hasta Valleverde? —preguntó la mujer a Cobra.

—Hierba mala nunca muere. —Intentó soltar una carcajada, pero le dolía tanto que quedó ahogada en su garganta.

—Conozco en Valleverde a una mujer que es una maga de la curación. Estarás en buenas manos.

—¿Es guapa? —preguntó con humor, ya al borde de la inconsciencia.

—Oooh, amigo, pórtate bien si no quieres que te mate ella —soltó Abel en un intento de hacer reír a su amigo.

Lo consiguió, pero al reír se le contraía todo el vientre y dolía una barbaridad por lo que dejó de hacerlo.

Por fin cambiaron de coche, al tratarse de una furgoneta combi pudieron habilitarle a Cobra, en la parte de atrás, un lugar cómodo donde tumbarse. También fueron a la farmacia y no emprendieron la marcha hasta que le hicieron las primeras curas y le dieron analgésicos y antiinflamatorios. Después pusieron rumbo a Valleverde, que estaba en el municipio de Bausen y al límite con la frontera francesa. Un pueblecito que no salía en los mapas, donde el tiempo parecía haberse detenido, y del cual la gente hablaba como si de una leyenda se tratara.

El viaje fue tedioso, nunca los kilómetros se habían hecho tan largos. Habían tenido que pararse varias veces a fin de cerciorarse de que Cobra aguantaba bien, entonces aprovechaban para inspeccionar la herida. La mayor preocupación que tenían era que se infectara, pero por suerte no parecía que

eso sucediera, por lo que respiraron aliviados.

También, en uno de los altos habían aprovechado para comprar comida y, después de que el herido ingiriera zumos, un sopa ligera y agua, había parecido revitalizarse un poco. Por suerte, la última parte del trayecto, que estaba lleno de curvas y desniveles, la hizo dormido. Valleverde se hallaba en un valle circundado de bosques densos de fresnos, abedules, arces, pinos y robles. En cada estación cambiaba el paisaje: en otoño los colores ocres y rojizos mostraban una estampa de melancolía. En invierno la nieve se encargaba de cubrir el valle y lo mantenía dormido hasta la primavera, la época más agitada, rebosante de colores, donde el amor unía a las parejas de las diferentes especies. El verano era tiempo de reír y disfrutar de los cielos estrellados y de un clima que invitaba a pasear como duendecillos por unos bosques repletos de magia.

Abel dejó la carretera asfaltada para coger un camino de tierra que llevaba a casa de la familia de Eli. Fue con cuidado con los baches, pues era consciente de Cobra y de lo poco que le convenía las sacudidas. Un cúmulo de sentimientos arrastraron por el lodo del arrepentimiento a Eli en cuanto contempló su hogar. Aquellos paisajes y aquella casa formaban parte de sus orígenes, unos orígenes a los que había traicionado. El dolor se estaba apoderando de ella, un invitado indeseado que creyó que nunca aparecería, pues en la urbanita Barcelona tenía todo lo que siempre había deseado. Admitía que sus ansias por vivir entre lujos había encorsetado su alma hasta casi asfixiarla. De pronto notó que le faltaba el aire, pero pasó rápido en cuanto abrió la ventanilla y respiró paz y libertad. Se dejó arrastrar por el maravilloso olor a pinos que había cerca de su hogar y que tantos buenos recuerdos le traían. Escuchó el mugir de las vacas tras la cerca, los corderos balaron cuando vieron el coche de Abel, entonces se sumaron los ladridos de felicidad de un enorme perro pastor que conocía el vehículo del hombre. Este detuvo el coche y abrió la puerta para acariciar al animal que esperaba como un loco sus atenciones.

—¡Hola, Rufo! ¿Cómo estás, campeón?

El animal se alejó corriendo en cuanto vio un gato, Abel cerró la puerta, dado que hacía frío y pensó en Cobra. En su estado, un golpe de aire podría perjudicarlo.

—No hace falta que me acompañes —le dijo Eli a Abel. Desvió la mirada a Cobra, que parecía tener un sueño inquieto—. Él necesita atención, no te demores más, no sabemos si aún está la bala en el interior.

—Norma sabrá curarlo, confío en ella, y si no se ve capaz lo llevaré de inmediato al hospital.

—Tiene suerte de tenerte de amigo.

—Aunque no te lo creas, Cobra es buena persona, solo hace falta que él se lo crea.

—¿Nos vemos mañana?

—Sí, tenemos que hablar... de nosotros, hay muchas cosas de ti que no entiendo.

Eli asintió, le sostuvo la mirada, pero la retiró enseguida, pues se sentía mezquina y culpable. Por suerte tendría toda la noche para inventarse un buen relato del que Abel no sospechara nada. Cogió su abrigo y recordó que tenía la tarjeta que le había dado Carla en el bolsillo. Después de lo que había ocurrido no podía regresar a Barcelona, y menos para abortar. Veneno ya habría puesto precio a sus cabezas, él era de los que no perdonaban. Vale, de acuerdo, estaba metida en un lío descomunal que ya la superaba y que debía poner solución, pues en unos meses no podría esconder su embarazo. Ahora más que nunca no concebía la idea de tener un hijo de Veneno, no podría soportarlo y no lo quería. Apenas hacía un día tenía sus decisiones tomadas, sea como fuere todo había cambiado y estaba en Valleverde, a pesar de haber planeado no regresar nunca más. Había esperado que Abel, cansado de esperarla, se hubiera enamorado de otra, sin embargo, nada de eso se había producido. En su mirada ambarina contemplaba que la seguía amando con una intensidad que iba más allá de lo terrenal.

Eli no quiso pensar en la incertidumbre de su futuro, debía centrarse en superar los próximos minutos. No era tarea fácil regresar a un hogar del que había huido y enfrentarse a un padre que siempre la había censurado. Pero lo importante no era ella, sino su madre y en cómo la encontraría.

Antes de apearse del coche, Abel besó la mejilla de la que consideraba su novia, su media naranja, su pareja, su prometida... cualquier definición quedaba diminuta a lo que él sentía por ella. Su cercanía lo llenaba de ilusión, la había echado de menos; con todo, mucho temía que su prometida guardaba algún secreto. Abel se marchó y Eli contempló cómo el vehículo se alejaba, la luz de los faros se fueron disipando en la niebla que se había posado en el bosque que cruzaba.

Capítulo 3

Eran poco más de la cinco de la tarde, estaban en pleno equinoccio de otoño y a esa hora el cielo empezaba a oscurecerse y el negro mate avanzaba por el este. Eli respiró profundo, una bocanada de aire frío la espabiló, por lo que se apresuró a andar los tres metros que la separaban del porche. La tierra estaba húmeda debido a la lluvia, no quiso mirar sus zapatos de marca porque bien sabía que le daría un ataque al verlos sucios de barro. Accedió al porche, algo iluminado por una bombilla de baja intensidad que colgaba del techo, y se limpió los pies en la alfombra mientras el perro pastor la olfateaba. Le acarició la cabeza y el animal la recompensó con una lamida en la mano. Luego se tumbó sobre una manta que había en el suelo, que debía estar colocada para que él.

Eli se quedó mirando la puerta de entrada, tenía la sensación de que, una vez que entrara por ella, ya nada nunca volvería a ser igual y quedaría atrapada para siempre en Valleverde. No quiso reflexionar sobre ello, porque si lo hacía saldría corriendo. Suspiró cansinamente mientras daba media vuelta al pomo de la puerta que, como siempre, estaba abierta. Esa era otra costumbre peculiar del pueblo, pues nadie temía a sus vecinos. En Valleverde todos se conocían y las puertas de sus hogares permanecía abiertas para quien necesitara un lugar donde cobijarse, un consejo, o ayuda.

Entró en el hogar familiar sin hacer ruido; le temblaban las manos y su interior empezó a descomponerse de tristeza cuando escuchó el bullicio de una

familia ajetreada preparando la cena. Los olores a hierbas aromáticas, las voces, la calidez que salía de la cocina le eran familiares. La infancia regresó para recordarle lo feliz que había sido entre aquellas paredes. Hasta que creció y la adolescencia la revolucionó y la convirtió en una persona inconformista y rebelde, provocando que la relación entre sus padres, sobre todo con su padre, se agriara hasta el punto de no soportarse. Eli no pudo dar un paso, pues estaba petrificada, colapsada por sus sentimientos revueltos.

—¡Hola, soy Eli! —gritó desde donde estaba.

Se hizo un espeso silencio, después le siguió el ruido de pasos corriendo a donde estaba ella. Sus cuatro hermanos, tres niños: Pere, Carles, Ferran, y una chica: Cristina, a la que llamaban Cris, ya adolescente, la miraron. Todos aquellos ojos, en los cuales parecía haberse desatado un juego de fuegos de artificio, le dieron la bienvenida. Sin excepción, se tiraron encima de ella y la colmaron de besos y abrazos. Eli los recompensó con más besos y abrazos, al tiempo que sus ojos se desbordaban de lágrimas de felicidad.

Sin duda, la mejor parte de haber regresado a su hogar era la que estaba experimentando. El amor que le mostraban sus hermanos valía más que todo el lujo que había dejado en Barcelona, entonces no le pesó tanto. Darse cuenta que comparaba sentimientos con riquezas, la hizo sentir más mezquina de lo que ya era por haber engañado a Abel. Tan segura que estaba apenas hacía unas horas de quedarse para siempre en la ciudad y, en cambio, en aquel momento las dudas la asaltaron. Se explicó su cambio debido a la emoción de reencontrarse con Abel y con su familia.

Cuando levantó la vista, se encontró con la mirada negra de su padre, Miquel. Este era delgado, cabeza redonda y cabello tupido entre blanco y gris. Poseía unas cejas pobladas del mismo tono que su pelo, que le daban un aire adusto y severo. A pesar de trabajar en el campo, siempre su piel lucía un blanco chispeado de pequeñas motas canela. Ella se dio cuenta que había envejecido mucho desde la última vez que se habían visto, ya que la piel del cuello ya se le había descolgado, dejando a la vista un pellejo que,

seguramente, temblaba cuando hablaba.

—¿No es maravilloso que Eli esté de vuelta en casa, papá? —dijo Cris mirando a su progenitor.

La adolescente vio cómo su padre apretaba los labios. No le contestó con palabras, sino que le mostró su desacuerdo en su mirada oscura. Ella se quedó al lado de su hermana y tomó una actitud prudente mientras esperaba a que el padre tomara las riendas del asunto. Bien sabía que estaba enfadado con Eli y no podía meterse en medio; ellos dos debían arreglar sus fricciones, por el bien de su madre.

Cris era muy parecida a Eli, a diferencia de los ojos, pues los de Cris eran mucho más grandes, por lo que el gris de su mirada impactaba debido a su profundidad. También, Cris había heredado la complexión pequeña de su madre. Aun así, la adolescencia había pulido su cuerpo diminuto dotándolo de curvas sensuales y femeninas como las de su hermana, que se mantenían ocultas bajo la vestimenta que llevaba cualquier mujer perteneciente a Los Hijos de la luz: un vestido largo negro hasta debajo de la rodilla y una capelina blanca en la cabeza. A veces también vestían con falda larga oscura y una blusa clara.

—Hola, papá —saludó Eli.

Miquel la miró de arriba abajo y desaprobó su vestido y chaqueta roja. Eli aguantó estoicamente el desprecio que observó e hizo como que no se daba cuenta.

—Bienvenida a casa, Eli —dijo el padre en un tono nada reconfortante, más bien sonaba forzado.

—Gracias, ¿y mamá?

—Tu madre está descansando en la habitación.

Eli tragó saliva, su tono era tan severo y la tensión entre ellos tan tensa que el ambiente se espesó como gelatina. Sus hermanos pequeños parecían haberse dado cuenta y se mantenían mudos a su lado. Ellos estaban acostumbrados a las risas y juegos, hasta ahora habían sido pequeños y no se daban cuenta de

nada, pero habían crecido e intuían que algo pasaba. Miraban al padre y hermana como si fueran desconocidos.

—Quiero verla, ¿puedo? —pidió Eli.

—¿Y qué harás después, te marcharás y la dejarás otra vez triste? —le recriminó el anciano.

—Papá, por favor, acabo de llegar y este no es el momento de discutir.

Miquel tomó conciencia.

—Tienes razón, perdóname.

Eli suspiró de alivio.

—Vengo para quedarme una buena temporada.

—Ya... —soltó él sarcásticamente, mostrando su incredulidad, se mordió la lengua.

—Te acompañaré a ver a mamá —dijo Cris tirando del brazo de su hermana.

—Puede ir sola —indicó el padre—. Tú y yo tenemos que seguir preparando la cena.

—Eli, ¿te quedarás a cenar? —preguntó Pere.

—¡Claro que sí!

—¿Nos contarás cosas de Barcelona? —dijo Carles.

—Os lo contaré todo, tengo fotos en el móvil... —Se acordó de que Cobra se lo había roto—. Bueno, mejor os explicaré cómo es Barcelona, será divertido.

—¿Qué es un móvil? —preguntó Ferran.

Eli sonrió, sus hermanos nunca habían salido de Valleverde y era lógico su desconocimiento. Le revolvió su cabello castaño claro en un gesto desenfadado y cariñoso.

—Un móvil es un teléfono pequeño que puedes llevar en el bolsillo, después te dibujaré cómo son, ¿vale?

—Vale.

Eli subió los escalones y entró en la habitación donde dormían sus padres.

Se acercó a la cama sin hacer ruido, la lámpara de la mesita estaba abierta, una luz suave cubría la mitad del lecho. Su madre, llamada María, también había envejecido mucho desde la última vez que la viera, y, teniendo en cuenta que era diminuta y delgada, aún las arrugas se marcaban más de lo que solerían hacerlo en un físico con más grasa. Nadie hubiera dicho que aquel cuerpo de apariencia quebradiza había cobijado y dado a luz a cinco vástagos. Su pelo corto hasta la nuca ya era completamente blanco, de un blanco apagado debido a su estado de salud. Eli apreció que respiraba con pesadez y le vinieron ganas de llorar, pero se contuvo, pues cuando se despertara, quería que la viera feliz y no triste.

—Mamá...

María abrió los ojos con lentitud y enfocó la mirada, lanzó una gran exclamación cuando reconoció a Eli.

—¡Eli, hija!

Se recostó entre unas almohadas que le colocó su hija detrás de la espalda y la madre la abrazó con tanta fuerza que le costó respirar, pero no se quejó. María la amaba, no lo había dudado nunca; de hecho, sus hijos eran su razón de vivir y el motivo por el cual ella se esforzaba en mejorar la salud, haciendo todo lo que los médicos y Norma, con sus plantas curativas, le recomendaban. La verdad era que siempre había sido una persona enfermiza, y el corazón había sido quien se había llevado la peor parte.

De hecho, los facultativos no sabían de dónde sacaba tanta fuerza para seguir adelante sin un trasplante, que no habían podido realizar debido a otras patologías que había hecho imposible la intervención. Pero en Valleverde sabían que la fuerza del amor era un sentimiento del cual manaba torrentes de energía, capaces de lo imposible. Y ese amor mantenía a María viva.

—Te he echado de menos, hija, cada día rezaba para que este día llegara pronto.

Eli se sentó en la cama, cerca de su madre, ambas se miraban con cariño.

—Yo también os he echado de menos —confesó su hija.

—¿Y cómo van tus estudios? Ya debes estar a punto de ser una gran veterinaria. Le dije a tu padre que esta vez no tendría razón y que hablabas en serio cuando dijiste que querías estudiar. Harás cosas grandes cuidando a los animales de Valleverde.

Eli sentía que el mundo caía encima de su cabeza. Su madre estaba apostando por ella, incluso teniendo a su padre en contra. Si se enteraba de la verdad la mataría, de eso no tenía duda. Se estaba dando cuenta de que había actuado con imprudencia, se había dejado arrastrar por un mundo del cual nunca había formado parte, pero en el que deseaba estar. Nunca había meditado en las consecuencias, pues estaba demasiado ocupada disfrutando de su vida lujosa y de satisfacer sus egos. Eli no podía decir la verdad y decidió mentir para evitar una desgracia.

—Mis estudios van bien, mamá, pronto tendré exámenes.

A María se le cambió el rostro y no pudo evitar mostrar su desilusión, sus arrugas se marcaron formando sombras de tristeza.

—¿Entonces no te vas a quedar mucho tiempo?

Eli tuvo la necesidad imperiosa de hacerla feliz.

—¡Tengo buenas noticias, mamá, me quedaré en Valleverde!

—¿Pero no acabas de decirme que tienes exámenes?

—Sí, pero los puedo hacer sin ir a clase, solo tendré que acercarme a la universidad algún día.

—Oh, Eli, que feliz que me haces. Pronto te podrás casar con Abel, ese muchacho te adora, hija, ha estado construyendo una casa para ti. ¡Es preciosa!, vas a tener un lugar maravilloso donde vivir.

Eli se sentía rota por dentro, se había convertido en el filo de una navaja que mataba lentamente a las personas que más la amaban. Tenía que buscar una salida a su situación sin lastimar a nadie. Pero no sabía cómo hacerlo, pues para colmo en su vientre llevaba la prueba de sus mentiras.

Eli, de momento, no podía hacer nada, por lo que dejó a un lado sus pesares

y centró toda su atención en su madre. Conversaron animosamente, estaban tan felices que ninguna de las dos se dio cuenta que hubo un momento en que la puerta se abrió, solo lo justo para poder echar un vistazo. Era su padre que espía a las mujeres, a este se le contrajo el corazón al percibir que su mujer parecía haber recobrado algo de vitalidad. Su rostro era, sin duda, la estampa de la vida, que volvía a envolverla en su luz con el regreso de Eli. Se sintió feliz al verlas tan unidas, saboreó el momento con una gran sonrisa en los labios. Entonces se preguntó por qué no podía ser siempre de aquella manera.

Ya era de noche cuando Abel detuvo su coche frente a una casa de madera que quedaba diminuta ante la inmensidad del paisaje, haciéndola parecer más pequeña de lo que era. Una de las ventanas estaba iluminada, Abel respiró tranquilo al encontrar a Norma en su casa. A veces, debía ausentarse porque alguna persona de la comunidad la necesitaba.

Norma era una maga sanadora que utilizaba las plantas para curar. Siempre tenía un remedio a cualquier dolencia y eran muchos en Valleverde que recurrían a su magia, una magia que funcionaba en el mayor de los casos. Ella cuando no tenía claro que no podía sanar a alguien lo enviaba al médico. Norma no renegaba de los médicos y de sus avances, sino que creía que su mundo los complementaba, en realidad se trataba de salvar vidas y curar enfermedades. Norma se casó joven y se quedó viuda muy pronto. Su marido había fallecido en un accidente cuando cortaba un árbol y debido a su inexperiencia y juventud no calculó bien y le cayó encima.

La viuda estaba en la cocina preparándose unos boniatos asados en las brasas de su chimenea. Había tenido un día agotador, pues a primera hora había ayudado a una mujer de Valleverde que estaba enferma y la tarde la había dedicado a limpiar el gallinero. Por suerte, Miquel había estado cortándole leña y astillando los más grandes para que cupieran, sin problema,

en la chimenea. Desde que muriera su marido, había aprendido a hacer muchas cosas sin necesidad de ayuda, sin embargo, la tarea de cortar leña la asustaba. Teniendo en cuenta la manera en que murió su esposo era del todo comprensible. Por suerte, siempre había alguien dispuesto a echarle una mano en Valleverde, por lo que no había sido un problema y siempre tenía su leñero lleno.

Oyó el ruido de un coche en el exterior, miró por la ventana de la cocina, ya que desde ahí tenía una buena perspectiva de la entrada de su hogar. Reconoció el coche de Abel, se sorprendió que a esa hora estuviera en su casa y dedujo que debía tratarse de algo urgente. Se apresuró a encender la luz del porche y se colocó un chal por encima de los hombros antes de salir.

—¿Hola, Abel? ¿Qué te trae por aquí?

En ese instante se dio cuenta de que Abel no estaba solo, en el coche había alguien más.

—Necesito que me ayudes —dijo mirando en la misma dirección que ella.

Se acercó al vehículo y abrió la puerta de atrás. Ayudó a Cobra a salir, por más que este intentó aguantar el dolor, no pudo e hizo varias exclamaciones quejumbrosas. Abel se compadeció de él, verlo en aquel estado le impresionaba, dado que recordaba al Cobra guerreando con la vida, de una fortaleza física y psíquica sin igual.

—Lo siento... —se disculpó Abel agarrando a su amigo de la cintura y lo instó a que pasara su brazo izquierdo por encima de sus hombros, de este modo podía apoyarse en él para caminar.

—¿Qué le ha pasado? —preguntó la viuda.

Abel y un Cobra visiblemente mal se detuvieron frente a ella.

—Le han disparado.

La mujer ahogó una exclamación. Ese tipo de heridas no eran comunes en Valleverde, estaba más acostumbrada a rasguños, huesos rotos y enfermedades típicas como resfriados, gripes, alergias... No negaría que le daba miedo, una bala hablaba de arma, y el arma de violencia, y la violencia de personas que

no llevaban muy buenas intenciones. Pero conocía a Abel y era digno de confianza, responsable y amable, que la ayudaba en las tareas de las cuales no era muy mañosa, como arreglar los desperfectos de su casa. De modo que no necesitó explicación alguna de la herida de bala y de qué conocía a ese hombre de aspecto tan fiero.

—Súbelo a la habitación del fondo del pasillo —pidió ella abriendo la puerta de entrada de su hogar—. Tenemos que comprobar que no tenga la bala dentro.

El olor a boniato agradó a Cobra y le arrancó una ligera sonrisa, incluso pareció darle fuerzas. Aun así se dejó llevar por Abel, que le hacía de muleta, y subió los escalones arrastrando los pies. Norma iba delante y abrió la puerta del dormitorio, solo había dos y uno era el de ella, el otro lo tenía acondicionado para cuando tenía visita. Esta vez no se trataba de un invitado, sino de un hombre de aspecto fiero y con un balazo; sin duda, a los líderes de la comunidad no les agradaría tal situación. Sin embargo, sus mismas leyes pedían ayudar a quien lo necesitara y ese hombre precisaba de sus curas.

La viuda apartó las sábanas y el edredón, entre los dos acomodaron a Cobra, que estaba mareado y suspiró de alivio cuando se tumbó completamente. El problema llegó cuando tuvieron que desvestirlo, Abel estaba tan preocupado por su compañero que no se dio cuenta de que a ella le resultaba embarazoso quitarle la ropa. Pareció reparar en su incomodidad cuando vio que le temblaban las manos y se insultó mentalmente.

—Ya lo haré yo, Norma.

Ella se apartó rápido, como si el enfermo quemara. Cobra la observó, sus enormes ojos azules eran dos imanes que lo atraían sin contemplaciones. Solo una mirada como aquella podía formar parte de un rostro de nariz pequeña y labios delicados, que suavizaban unos pómulos demasiado alzados, que no favorecerían a otra mujer, pero sí a ella, porque su expresión denotaba una calidez que nunca había encontrado en ninguna fémica. Debía rondar los treinta y cinco años, por su piel tersa y sus casi nulas arrugas y agradeció que

llevara su melena negra recogida en un moño, pues no le sentaba bien y la hacía más mayor. Cobra sabía que no era momento de excitarse, tampoco entendía que le impactara tanto una belleza peculiar que no tenía nada que ver con las mujeres sofisticadas con las que se acostaba.

Cobra clavó sus ojos de serpiente en los azules de ella y algo perdido renació dentro de él. No le resultó una sensación agradable, si acaso la impresión de perder una guerra lo dejó sin habla.

—Iré abajo a por mis cosas —dijo ella, incapaz de seguir desvistiendo al enfermo.

Cuando regresó, lo hizo acompañada de un maletín de aceites y ungüentos, Abel ya había desvestido por completo a su amigo. Sin embargo, la herida estaba en la parte derecha del vientre, cerca de la ingle, y lo había tapado hasta donde había podido, solo dejó a la vista el feo boquete de bala. Por suerte, sus partes nobles habían quedado ocultas bajo la sábana para no incomodar a Norma.

La viuda inspeccionó la herida, pidió a Abel que volteara a su amigo, solo quería comprobar si había orificio de salida.

—Ha habido suerte, la bala entró y salió. Si hubiera estado dentro se hubiera tenido que sacar en un hospital por profesionales.

—¿Eso quiere decir que podrás curarlo?

Abel aguantó la respiración, ella lo miró.

—Sí, no hay hemorragia interna, me encargaré de lavarle la herida y desinfectarla, eso sí, necesitará un par de puntos.

Abel dejó salir el aire en un gran suspiro.

—¿Ha hecho esto alguna vez? —preguntó Cobra.

Norma desvió la mirada al herido, fue mala idea, no pudo evitar admirar su cuerpo musculoso y sintió calor. Notó como se sonrojaba, Cobra se dio cuenta y, a pesar de no estar en condiciones, no pudo evitar reír con atrevimiento, como si la retara a que lo contemplara de arriba abajo. A ella no le gustó y apartó la mirada y se dispuso a buscar lo necesario en su maletín.

—Llámame Norma, por favor, y a su pregunta: sí, lo he hecho muchas veces, suelo curar a mis animales.

Cobra rio a carcajadas, dejó de hacerlo cuando la herida se tensó y le produjo dolor. Aun así le gustaba el descaró de esa mujer.

—Eso me tranquiliza, Norma. Yo soy Cobra.

Ella lo miró de reojo, puso un par de gasas sobre la herida.

—Bonito nombre, será la primera vez que curo a una serpiente.

A Abel se le desencajó la mandíbula, desconocía a Norma, ella era cariñosa con sus pacientes y no entendía su comportamiento. Lo atribuyó a la osadía con que Cobra la miraba, una mirada que intimidaba, pero a Norma parecía hacerle el efecto contrario. Conocía a su compañero: esa mujer representaba un reto, y a él le encantaban los retos. Meditó si había sido buena idea pedirle a Norma que lo curara, de pronto se acordó de los líderes de la comunidad. Sin duda, pondrían el grito en el cielo; desde luego que cuanto más lo pensaba más seguro estaba de que se había equivocado. Quiso arreglarlo.

—Oye, Norma, te estoy poniendo en un compromiso, no quiero que tengas problemas con los líderes. Me lo llevaría a mi casa, pero aún no he terminado de construirla. Tal vez sería mejor que fuéramos a casa de mi hermana y que vengas a curarlo allí. Sí, creo que es lo mejor.

Norma lo miró y le sonrió con afecto.

—No te preocupes, Abel, sé lidiar con esto.

—¿Estás segura?

—Segurísima.

—Puedo arreglármelas, solo necesito tu coche, Abel —intervino el herido—. Me marcharé y no os pondré en ningún aprieto.

—Ni lo sueñes —dijo Abel—. Si tengo que atarte a la cama, lo haré.

—Voy a por toallas y agua caliente —comentó la viuda, ignorando la petición de Cobra—, necesito limpiar la sangre seca de alrededor de la herida para hacerle puntos.

Abel asintió y esperó a que saliera por la puerta para hablar con su amigo.

—Estás aquí para ponerte bien, no para que ligués, ¿me oyes? —le regañó Abel.

—Esa mujer ha hecho que me olvide del dolor —bromeó desoyendo a su amigo.

—Como te atrevas a hacerle algo, te juro que voy a ser yo quien te provoque dolor.

—Te aseguro que hoy no estoy en condiciones de follármela.

Siguió bromeando, pero a Abel no le hacía ninguna gracia.

—Norma se quedó viuda muy joven y lo pasó muy mal. Ella es buena chica, por el amor de Dios, no le hagas daño, pues no lo merece.

Cobra se puso serio.

—Lo sé, lo he visto es sus ojos, no es como...

Cobra se mordió la lengua cuando estuvo a punto de pronunciar el nombre de Eli.

—¿Cómo quién?

—No me hagas caso, el dolor me está haciendo delirar. Te prometo que respetaré a Norma, ella no merece menos, confía en mí.

El cuerpo de Abel se relajó, sabía con certeza que podía fiarse de su amigo. En ese momento entró Norma, dejó la palangana con agua caliente sobre una silla y las toallas en el respaldo.

—¿Estás preparado? —preguntó ella mientras sacaba botes de ungüentos y aceites de su maletín que colocaba sobre la mesita de al lado del lecho.

Cobra los contempló como si fueran instrumentos de tortura. Su compañero aguantó la risa, tan valiente que se mostraba ante un ejército de delincuentes y tan miedica frente a unos botes inofensivos.

—Tranquilízate —dijo Abel—. Ella sabe lo que hace, conoce el poder de curación de las plantas más que nadie.

—¿Entonces eres una bruja, Norma?

—Es una maga —rectificó Abel.

—Maga, bruja... es lo mismo, ¿no?

—No es lo mismo, las brujas utilizan sus conocimientos para el mal, las magas para el bien.

—Norma, una maga... —dijo Cobra—. Tus ojos son de maga, son de un azul impresionante, enormes como dos lunas, sinceros como el día que nada oculta.

Ambos cruzaron sus miradas, ella la apartó enseguida, pues era incapaz de mirarlo a los ojos sin que se le notara que le gustaba la manera susurrante con que la hablaba.

—No hace falta que te quedes, Abel —habló ella—. Tienes cara de cansado, ya me encargo yo de él, de verdad que puedes irte tranquilo.

El aludido miró en dirección a su amigo.

—Anda, vete —concluyó Cobra—. Estaré bien, y ella también.

Abel entendió y asintió. Los miró alternativamente, Norma era una mujer que, a pesar de no ser una adolescente, seguía siendo ingenua. De hecho, le recordaba a su hermana Lucía, todo bondad e inocencia. En cambio, Cobra era un hombre con demasiada experiencia y se aprovecharía de sus debilidades si se encaprichaba de ella. Pero él le había hecho una promesa y se fiaría.

Sin nada más que hacer allí, se marchó, no antes de despedirse de Norma, darle un beso en la mejilla y agradecerle todo lo que estaba haciendo por su amigo. Ella y Cobra oyeron como él marchaba con el coche.

—¿Te duele? —preguntó ella.

—Un poco.

Ella miró la herida y tenía pinta de dolerle más de lo que estaba dispuesto a admitir.

—Más que un poco, ¿cierto?

—Duele, y mucho, por doler me duele hasta respirar.

—Pronto te sentirás mejor, te lo prometo. —Asió una botella de cristal oscuro—. En esta botella hay aceite de hierba de San Juan, es muy eficaz en las heridas recientes.

Cobra arrugó la nariz.

—No picará, ¿verdad? —A Norma se le escapó la risa y él la miró con

recelo—. ¿Por qué te ríes?

—Eres toda una contradicción, no te importa haber recibido un balazo y el dolor que conlleva y, en cambio, te asustas por si un aceite de hierbas te picará. Y no, no pica, quédate tranquilo.

Cobra sonrió y su mirada se suavizó. Ella no se daba cuenta, pero su tono de voz, suave y tranquilo, era como terciopelo acariciando los oídos, con un timbre erótico que lo revolucionaba por dentro y del que Norma no era consciente. Le gustaba esa mujer, más de lo que tendría que gustarle, es más, debería vetar sus pensamientos, pues ella pertenecía a Los Hijos de la Luz, muy diferente a las chicas a las que recurría para saciar su parte masculina.

Dejó que Norma le curara; su tacto era ligero y mimoso, una energía sorprendente lo dejó sin palabras, pues nunca había experimentado nada igual. Sentía un hormigueo cálido y calmante que empezaba en la herida y se extendía por cada centímetro cuadrado de su cuerpo. Cuando ella retiró sus manos, la magia desapareció, el hombre tuvo que esforzarse por no sucumbir a su necesidad de rogarle que siguiera tocándolo y que no dejara nunca de hacerlo. Definitivamente, esa mujer era una maga, su dolor había desaparecido de una manera inexplicable y su cuerpo había revivido, como si nunca hubiera recibido un balazo.

—¿Mejor? —preguntó ella.

Él aún estaba impactado, pero se obligó a hablar.

—Sí... —confirmó en un susurro lánguido.

A continuación, Norma depositó en un pequeño vaso un par de cucharadas de un líquido marrón oscuro.

—Bébetelo —ordenó ella alargándole un vaso.

—¿Qué es? —preguntó agarrando el recipiente.

—Hierbas suecas, te ayudarán en la cicatrización.

Cobra se lo tomó de un solo trago, no estaba bueno, pero creía en ella, y más después de haber experimentado su tacto sobre su piel. Era lo más maravilloso que había sentido jamás.

Y mientras Norma terminaba de efectuar las curas a Cobra y lo dejaba descansar, Abel estaba a punto de llegar a casa de su hermana. Vivía con ella, pero pronto se mudaría, en cuanto terminara de construir su hogar y el de Eli. Mientras aparcaba pensaba en lo acontecido esa jornada, y sí, había sido un día largo, demasiado largo y demasiadas emociones había experimentado. Por una parte se alegraba de tener a Eli en Valleverde, pero por otra parte confesaba estar preocupado, pues una mala sensación se había pegado a su cuerpo y eso lo tenía nervioso.

Solo esperaba que no fuera nada. De todos modos, sus dudas se verían aclaradas en cuanto hablara con Eli. Aun así, por algún motivo que escapaba de a su comprensión temía lo peor. Sentía que nubarrones de tormenta se formaban sobre su cabeza.

Capítulo 4

Era de madrugada. Todo cambiaba en la oscuridad: las sombras se alargaban, los silencios se hacían más intensos, los amantes se encontraban en sus camas. También la maldad prefería la oscuridad para dar vida a las pesadillas, como Veneno, que recurría a la noche para convertirse en un personaje digno de una película de terror. Porque si la maldad tuviera nombre sería ese.

Veneno quería averiguar, a cualquier precio, qué relación unía a Eli con sus dos enemigos. Estaba revolviendo su piso, un piso que él le había comprado a su chica, y no estaba encontrando nada, ni tampoco ninguna pista. Aun así no podía dejar de pensar que ella lo había traicionado y hervía por dentro.

—¡Maldita perra! —gritó arrastrando con su brazo todo lo que había sobre el tocador del dormitorio.

La fragancia a perfume caro impregnó el ambiente, escupió en el suelo, ya que ese aroma le recordaba a Eli. En aquel instante, su odio hacia ella era tan grande que se imaginaba golpeándola hasta matarla.

Sin perder un minuto más y sin decir nada a sus secuaces, que registraban otras partes de la vivienda, se fue en busca de Carla. La amiga de Eli le daría las respuestas que buscaba, por la buenas o por las malas, ella acabaría confesando. Confiaba en sus dotes de persuasión, que hasta el momento nunca le habían fallado. Sonrió con sarcasmo y su ojo bueno brilló muerte.

Veneno sabía dónde vivía Carla; de hecho, habían sido muchas las veces

que había pagado por sus servicios. Pero, cuando conoció la fogosidad de Eli, perdió el interés por la otra. Accedió a la vivienda a escondidas y sin hacer ruido, tal como lo haría un ladrón. Se encontró a la muchacha durmiendo en la habitación. La luz ocre de las farolas de la calle entraba por las rendijas de una persiana no cerrada del todo, aportando al ambiente una penumbra a fondo marino. Veneno sacó su navaja automática, un ligero clic anunció su sed de sangre. Su víctima se removió por efecto del ruido, pero no se despertó. Se acercó a ella y se sentó a horcajadas sobre su vientre, tapándole la boca con la mano libre.

Carla se despertó de golpe y, entre claros y sombras, reconoció a Veneno, incluso con la poca luz el diamante de su ojo de cristal refulgía con vida propia, sentenciándola a muerte. Carla miró la brillante hoja de la navaja mientras él la paseaba por delante de sus narices. Abrió los ojos como platos y su respiración se hizo agonizante.

—Bien, veo que entiendes... —se burló él en un tono latino susurrante—. Solo quiero platicar contigo. Si quitó la mano, ¿gritarás? —preguntó con sorna, sabiendo que no tenía alternativa, sino obedecerle.

Ella negó con la cabeza y él dejó de taparle la boca.

—Quiero saber dónde está Eli —dijo él, marcando adrede cada sílaba.

—No lo sé, hace días que no la veo...

Veneno curvó sus labios en una sonrisa que parecía la del demonio. Sus dientes blancos contrastaban en la penumbra y a ella le dio la impresión de ver los colmillos de una fiera. El asesino le volvió a tapar la boca y acercó la navaja a la cara de la mujer. Carla empezó a llorar, al instante Veneno hizo un movimiento de muñeca y le abrió la mejilla. El grito de ella quedó sofocado por la palma de la mano, la sangre caliente salió por la carne abierta y regueros rojos se precipitaron sobre las sábanas.

—¡Me cago en la verga! —aclamó su atacante muy enfadado—. Eres la comadre de Eli, siempre te lo cuenta todo, ¡no me tomes por estúpido, esa perra me ha chuleado y lo va a pagar muy caro!

Carla cerró los ojos, sabía que su vida estaba en peligro y por mucho que apreciara a Eli, salvarse era lo más importante en aquel instante, se lo recordaba el zumbido doloroso de la herida. Abrió los ojos y le rogó con su mirada castaña anegada de lágrimas.

—Bien, te daré otra oportunidad —dijo su verdugo advirtiéndole que ella se rendía—. Recuerda que por cada mentira te haré un trabajo de cirugía en tu linda carita.

Veneno notó bajo su cuerpo los temblores de ella y se sintió satisfecho. Con movimientos lentos fue quitando la mano que tapaba la boca de la mujer. Ella aspiró aire en una bocanada desesperante, el corazón le latía deprisa y le dolía en el pecho. Lo preocupante era que de verdad no conocía el paradero de Eli, pero le confesaría lo que sabía de ella, puesto que quería a ese hombre fuera de su hogar y daba por hecho que no se iría sin saber la verdad. Cuanto antes hablara, mucho mejor.

—Eli estuvo aquí porque tiene un problema.

—¿Cuál?

—Está embarazada.

La sorpresa en el rostro de Veneno fue más que evidente: arrugó el entrecejo y las cejas casi se unieron, apretó los labios con fuerza y la piel quemada de la mejilla derecha se arrugó más de lo que estaba. La idea de que el bebé fuera de Abel o de Cobra lo encolerizó por dentro.

—¿De quién es? —preguntó de mala manera.

Carla no entendía su duda, Veneno apuntó con su navaja su rostro y temió lo peor.

—¡Es tuyo, no puede ser de nadie más! —se defendió en un intento de que no la siguiera lastimando.

—¿Te lo ha dicho ella?

—Sí, pero no quiere tenerlo, por eso no te ha dicho nada, quiere abortar antes de que sospeches y vino a pedirme ayuda. ¡Por favor, te estoy diciendo la verdad!

Veneno, entonces, comprendió la nota y la desaparición de Eli. Todo encajaba, aun así necesitaba saber más.

—¿Qué relación une a Eli con Abel y Cobra?

Carla respiró entrecortadamente, estaba nerviosa, pues deducía que había descubierto la relación de Eli y Abel, y eso significaba la muerte de ambos. Sin embargo, no era su problema, sino el de su amiga y Abel. Había sido Eli la que se había metido en tamaño lío, a pesar de sus advertencias. A partir de ahora ella sola debería lidiar con las consecuencias de sus actos.

—No conozco a Cobra, Eli nunca me ha hablado de él, pero sí de Abel.

Por cómo la miraba, Veneno supo que le decía la verdad.

—Dime todo lo que sepas de Abel.

Carla suspiró.

—Es su prometido.

—¿Y dónde vive ese perro maldito?

—¡No lo sé, te lo juro, no estoy mintiendo! —exclamó entre llantos la mujer.

Veneno recordó en el *parking* a Abel vestido de una manera extraña, muy diferente a las ropas que llevaba cuando lo conoció en el bar nocturno de Cobra.

—Te creo...

Dicho esto, Veneno hizo un movimiento rápido con la navaja y la degolló. Sabía cómo efectuar un corte para seccionar la tráquea, impidiendo que su víctima pudiera gritar. Lo había hecho demasiadas veces, tantas que había perdido la cuenta. El hombre salió de encima de la mujer y se sentó a su lado, besó sus labios mientras ella se tapaba la herida de por donde borboteaba sangre a raudales.

—Entiende que no te podía dejar viva; las putas como tú no son de fiar y no puedo dejar cabos sueltos —dijo él acariciando su frente—. Agradéceme que te haya dado una muerte rápida.

Carla boqueó como pez fuera del mar, su cuerpo se convulsionó, entre tanto

Veneno miraba con expectación como aquellos sus ojos se vaciaban de vida.

Después se marchó, uno de sus esbirros lo había seguido y lo esperaba fuera. Conocía a su jefe, y la sonrisa de satisfacción que mostraba le decía que había matado.

—¿Llamo al limpiador? —preguntó el esbirro.

—No.

El limpiador era un hombre que Veneno tenía en nómina. Se encargaba de hacer desaparecer cadáveres y limpiaba los escenarios de sus crímenes a fin de no dejar ninguna huella. Pero esta vez Veneno decidió dejarlo todo como estaba. Con un poco de suerte, ese asesinato saldría en los medios y Eli lo vería. Quería que supiera que Carla estaba muerta y que iba a por ella. Debido a su embarazo tenía que cambiar de planes, pues deseaba al hijo que llevaba en sus entrañas, le pertenecía y, como se atreviera a lastimarlo, lo pagaría muy caro. Ya una vez le arrebataron a Baby, no habría una segunda vez.

De momento tenía que dar con el paradero de Abel, Cobra y Eli. Ellos tenían los días contados, sin embargo, ella viviría hasta dar a luz, después sería carne para las pirañas de su jardín.

Francisco Viña, el líder de más edad de la comunidad de Los Hijos de la Luz, se enteró de que Norma cuidaba a un hombre herido en su hogar, un hombre desconocido con un nombre que decía demasiado. El temor por que Norma estuviera en peligro lo preocupaba, por lo que decidió hacerle una visita y analizar la situación.

Se acercó a casa de la mujer en su pequeño carro tirado por un caballo, su medio de transporte desde siempre. Aunque muchas de las normas se habían flexibilizado, como la de tener un vehículo que ayudara en la tarea del campo, había costumbres que no cambiaban para los de más edad.

Francisco era un hombre muy mayor, tan mayor que su rostro lleno de

arrugas daban fe de su avanzada edad. Su mirada sincera y su apariencia amable evocaban confianza. Era apreciado por todo el mundo, no solo por los integrantes de su comunidad, y siempre tenía un buen consejo a mano para hacer más fácil la vida de sus conocidos. Su estatura baja, cabello canoso y barba blanca con matices grises, evidenciarían que podía tratarse de un anciano frágil, pero no era el caso. A pesar de haber trabajado toda su vida en el campo de sol a sol, se mantenía ágil.

A él no le gustaba que lo vieran como a un líder, sino como a un integrante más; consideraba que todos en la comunidad eran líderes, líderes de sus vidas y de su crecimiento interior. Si bien reconocía que su avanzada edad lo había dotado de más sabiduría adquirida de la experiencia diaria, a él le gustaba compartir sus conocimientos con sus gentes, o con quien se lo pidiera, perteneciente o no a Los Hijos de la Luz.

Francisco entró en la casa de Norma después de que esta lo recibiera con amabilidad. Se quitó el sombrero y lo dejó en la percha de pie que había junto a la entrada. Como siempre, lo invitó a café y a un buen trozo de bizcocho casero, pero él no estaba allí para hacerle una visita cordial, sino para advertir a Cobra que Norma no estaba sola y que la comunidad la protegería de cualquiera que quisiera lastimarla. Tenía claro que, si su sexto sentido percibía que ella estaba en peligro, se la llevaría con él a su casa. Por nada del mundo la dejaría sola con alguien en quien no confiaba.

La viuda lo acompañó al dormitorio donde estaba instalado el herido. El anciano se encontró al paciente recostado sobre unos mullidos cojines; la ventana, que estaba paralela a la cama, vestía unas cortinas blancas de ganchillo que había tejido Norma. La luz del día entraba en la estancia, por lo que Francisco pudo vislumbrar la semidesnudez de Cobra. Todo ese hombre exudaba peligro y su mirada rasgada de serpiente aún lo intranquilizó más de lo que estaba.

—Buenos días, señor —saludó amablemente el líder—. Soy Francisco Viña, amigo de Norma.

Ya por costumbre, Cobra no solía fiarse de nadie y lo evaluó de arriba abajo. Había aprendido a analizar a las personas, pues toda su vida, por diversos motivos, sus conocidos o aquellos que decían ser sus amigos, acababan decepcionándolo o traicionándolo. El único que no lo había hecho había sido Abel, que era transparente como el aire. En su mundo había que anticiparse a los actos, pues la vida siempre estaba en juego. Concluyó que ese hombre no era un peligro, además su instinto se lo advertía. Cuanto más conocía de Valleverde y sus gentes más sorprendido estaba. No le extrañaba que su buen amigo Abel fuera una persona tan excepcional. Ya daba por hecho que Los Hijos de la Luz eran la bondad personificada, el único punto negativo era Eli, pero en todos los cestos hay alguna manzana con gusanos.

El anciano agarró con afecto las manos de Norma y le dijo:

—¿Nos puedes dejar un rato a solas?

—Claro que sí, si me necesitáis estaré preparando la comida en la cocina. ¿Quiere quedarse a almorzar?

—Gracias, Norma, pero mi esposa me espera al mediodía, en otra ocasión será.

—Otra vez será.

Dicho esto, se marchó cerrando la puerta con delicadeza.

Acto seguido, Francisco acercó una silla a la cama y se sentó.

—Si no le importa que me siente... los años no perdonan y mis rodillas se quejan.

—Claro, siéntese.

Hubo un silencio, ambos se miraban esperando que el otro empezara con la conversación. En otras circunstancias lo hubiera hecho Cobra, pero estaba fuera de su elemento y no tenía ni idea de cómo tratar con ese tipo de gente.

—Así que le dispararon —dijo Francisco mirando la venda que rodeaba parte de su vientre.

Cobra desvió sus ojos al mismo lugar.

—Sí —afirmó en un tono seco, mirando otra vez a su interlocutor.

Francisco meneó la cabeza.

—Hijo, las armas no son la mejor compañía.

—De donde yo vengo, un arma equivale a seguir con vida.

—¿Debo suponer que ha matado?

Cobra apretó los labios. Nunca jamás tuvo problemas para reconocer que, cuando no le quedaba alternativa, disparaba. Y sí, había matado muchas veces, no llevaba la cuenta de las muertes que había causado y la definición de asesino sería acertada para describirlo. De pronto, tuvo la necesidad de decirle la verdad.

—Sí, he matado, y no me arrepiento.

Era cierto: no se arrepentía; de hecho, no podía hacerlo, ya que, si no los hubiera asesinado, hubiera sido él el que estaría dos metros bajo tierra; tan crudo como eso.

—Mi deber es hacerle entender que matar no es la solución —dijo el anciano—. Quitar la vida a alguien es un karma que deberá pagar, en esta vida o en la siguiente.

Cobra no quería sermones.

—Pongamos el caso que yo le ataco a usted, ¿no se defendería?

—Claro que me defendería, pero no a su manera. Tengo fe, encontraría otra solución.

Cobra soltó una despectiva carcajada.

—La fe no sirve de escudo.

—Si lo piensa detenidamente, sí que es un escudo. Usted se ha convertido en lo que es porque un día dejó de tener fe. Nosotros somos imanes, atraerá violencia si actúa con violencia. Imagínese por un momento haber tomado las decisiones contrarias a las que tomó cuando dejó de tener fe.

Cobra arrugó el entrecejo, algo se removió en su interior y no le sabía dar nombre. La tripas empezaron a dolerle, recordó a su madre y hermano muertos por haber tomado la decisión de entrar en una banda callejera, porque no tenía fe en que la vida cambiaría y quería estar en el bando ganador. Se imaginó

haber tomado el camino contrario y el corazón empezó a latirle deprisa. Llegó a la conclusión de que su madre y hermano no habrían muerto tan prematuramente, cuando aún tenían mucho por vivir. Le dolía, le dolía admitirlo, no estaba preparado para reconocer una verdad que había llegado a él de manera inesperada. Su vida era consecuencia de unas malas decisiones, una detrás de otra. Cobra se escondió tras su mal carácter.

—Guárdese sus sermones para su gente, viejo.

—Siempre cuesta aceptar la verdad.

Los rasgos de Cobra se endurecieron, sus músculos faciales eran rocas duras y su mirada desprendía afilados vidrios verdes. Francisco no sintió miedo, sabía que no le haría daño; por otra parte, agradecía al cielo que sus palabras hubieran calado hondo y lo hicieran reflexionar. Normalmente, la chispa de luz que todo ser humano lleva dentro, se encendía después del impacto que suponía descubrir la realidad de sus vidas. El anciano era sabedor de la tormenta que se había desatado en el interior de Cobra. Conocer la verdad era una experiencia dura que debería asimilar, que golpeaba sin piedad, sin embargo, debía pasar por ese trance, solo tenía que cambiar su manera de pensar y ver la vida. En el fondo se trataba de librar una guerra. Había dos tipos de guerras las interiores y las exteriores. Las interiores llevaban al crecimiento íntimo y a perfeccionarse como seres humanos; en cambio, las exteriores, esas provocadas por la avaricia del ser humano, llevaban a la destrucción y al dolor.

Cobra giró el rostro y miró la ventana iluminada. Era incapaz de mirar a ese anciano y no sentirse derrotado. Si sus enemigos hubieran estado presenciando la escena, sin duda se hubieran desternillado de risa.

—Estoy cansado, no he dormido bien esta noche —dijo un Cobra pálido y perdido en la oscuridad de su interior.

Era un excusa, pretendía que Francisco entendiera que quería quedarse solo. El anciano ya sabía lo que necesitaba saber y se había hecho una idea de quién era Cobra, solo se trataba de un hombre que se había perdido en un camino

equivocado. Comprendió que necesitaba escudarse en el silencio para no sentirse expuesto a una verdad recién descubierta; sin desearlo lo había lastimado más que la bala. Aun así quería que lo viera como a un amigo.

—No estoy aquí para sermonearte, hijo —empezó a decir Francisco—. Quiero que sepa que la puerta de mi casa estará abierta.

—Gracias, pero pronto me iré. No quiero causar ningún problema a Norma, sé que no es adecuado que esté a solas con ella.

Si le quedaba algún recelo a Francisco con respecto a ese hombre, desapareció de inmediato. Que se preocupara por los demás decía mucho de cómo era en realidad. Bajo esa apariencia temeraria y criminal, se escondía un buen hombre.

—Norma es buena chica —mencionó el líder—. No lo dejaré marchar hasta que esté completamente recuperado, la conozco.

Cobra dejó de mirar la ventana para centrarse en Francisco, quería que viera que no mentía.

—Respetaré a Norma, lo prometo.

—Le creo.

—De todos modos, si no se fía de mí, puede llamar a los Mossos, estoy en busca y captura, dejo la decisión en sus manos.

Los labios de Francisco eran delgados, pues habían perdido la elasticidad que daba la juventud, aun así en su sonrisa había toneladas de sinceridad.

—No, no haré tal cosa, sus problemas con la ley son asunto suyo.

Cobra se sorprendió, hizo lo posible por disimular su alivio.

—¿Se fía de mí?

—Sí. —Se levantó—. He visto su chispa de luz brillar en esos ojos que todos temen. Ahora me tengo que ir, si me necesita, dígaselo a Norma, ella vendrá a buscarme.

El herido no sabía qué decir, en su vida no había tenido una conversación como aquella. Por lo general, estaba acostumbrado a hablar de armas, contrabando, drogas, mujeres... Se despidió todo lo amablemente que pudo,

pues las palabras de ese hombre lo habían impactado.

Francisco se fue tal como había llegado: rodeado de un áurea de sabiduría.

Eli no aguantaba más las miradas de censura de su padre, por lo que había decidido marcharse después de desayunar a ver a Abel, que vivía en casa de su hermana Lucía. A paso ligero, estaba a quince minutos de distancia, pero esta vez decidió tomárselo con calma; necesitaba del espacio y del silencio que le brindaba el camino para calmarse.

Cada rincón era un descubrimiento, la belleza se extendía a lo largo y a lo ancho del paisaje. El otoño tenía el don de sosegar su alma, era época de reflexión. Los árboles de hoja caduca estaban desnudos, aun así la belleza resultaba agradable. La humedad del amanecer los había cubierto de un delgado brillo y de algunas ramas colgaban gotas, que lentamente caían al suelo arrojadas por un silencio tranquilo. Las montañas quedaban recortadas en un cielo azul; las que estaban más lejos tenían nubes blancas aquí y allá que flotaban como algodones de azúcar. Según su padre, que observaba la naturaleza y se fijaba en las señales que esta le enviaba, esas nubes eran presagio de que las primeras nevadas llegarían al acabar el día.

Eli suspiró, allá donde mirara se desplegaba un poema visual, de esos que entran muy adentro y explotan de felicidad. Había una parte importante de ella que estaba pegada a Valleverde; añoraba su infancia, una infancia rodeada de todo lo que contemplaba y también de amor, y mucho. Sin embargo, todo cambió cuando creció y quiso ver qué había al otro lado, y su padre, en su afán por protegerla, la estranguló con sus normas hasta dejarla sin aire. Las peleas, casi diarias, convirtieron su vida en un infierno.

Pasó por delante de un charco y se vio reflejada. El abrigo gris oscuro largo, abrochado de arriba abajo, tapaba una blusa blanca y falda negra de talle clásico. Su melena rizada rubia estaba oculta dentro de una capelina. Iba

con unas botas en un diseño muy campestre, que, si bien eran fuertes y evitaban que la humedad se filtrara adentro, no tenían nada de chic. Echó de menos los zapatos y los vestidos que había dejado en Barcelona.

Saltó el charco en un intento de no verse más y siguió caminando. Cruzó una parte del bosque; el olor a tierra mojada y a yerba se filtró en sus fosas nasales y depuró toda la polución que había aspirado en la ciudad. No tardó en vislumbrar, detrás de los árboles, la casa de Lucía e Iván. Llevó su mano al bolsillo, en cuyo interior estaba la tarjeta de la clínica que le había proporcionado Carla. No había dormido en toda la noche en busca de una salida y su plan era llamar por teléfono para pedir cita. Iván y Lucía no pertenecían a la comunidad, por lo que disfrutaban de ciertas ventajas, como el teléfono. Se pondría en contacto con la clínica y recurriría a más mentiras para escaparse un par de días. Aunque no la llenaba de orgullo, mentir se le daba bien, era lo único que tenía en aquellos momentos. Por otra parte, tenía que cambiar de aspecto para pasar desapercibida en la gran urbe, tal vez se cortarían el pelo y se lo teñiría, pues Veneno ya habría puesto en marcha todo un despliegue de hombres para que dieran con ellos.

Lucía e Iván la recibieron con mucho cariño, la hicieron pasar a la cocina y la invitaron a desayunar con ellos. Eli los miró y le agradó verlos tan felices, atrás había quedado el inicio turbulento con el que habían iniciado su relación. Su amor pasó muchas pruebas y se abrió paso en un noviazgo que tenía todos los números para fracasar y a nadie le hubiera sorprendido, pero no fue así. El pequeño Pere, hijo de ambos, de casi cinco años de edad, era clavado a su padre: cabello moreno alborotado y unos ojos en un tono azul precioso. Lucía seguía tan hermosa como siempre: su cabello largo color avellana, su dulce rostro y ojos dorados tenían más de divino que de terrenal.

—Es tía Eli —le dijo con suavidad Lucía a su hijito, que no paraba de mirarla.

El niño sonrió, una sonrisa verdadera, porque los niños no saben mentir cuando todavía son inocencia.

—Parece que está contento de tener una tía —dijo desde detrás Abel mientras entraba en la cocina.

Eli sintió que se moría al ver el despliegue de comida de encima de la mesa y sus aromas. La náuseas empezaron a ponerla en un aprieto.

—Anda, siéntate y come lo que te apetezca —dijo Lucía, Iván le estaba abrochando el anorak a su hijo—. Nosotros hemos terminado, pero Abel te acompañará.

—Gracias, Lucía, pero he desayunado en mi casa.

Su cuñada asintió, por suerte no insistiría, para regocijo de Eli. Apenas se había tomado un zumo de naranja antes de salir de su casa, y lo hizo no porque le apeteciera, sino para que su familia no sospechara nada, pues las náuseas matutinas era lo que llevaba peor.

Lucía dio un beso de buenos días a su hermano en la mejilla.

—Te he dejado el desayuno preparado.

—Gracias, hermanita.

Lucía se acercó a la que ya consideraba su cuñada.

—Me tengo que ir a trabajar a la escuela, me alegro mucho que estés de vuelta, tenemos que quedar un día de estos, ¡hay que organizar una boda!

La aludida se quedó sin palabras. Todos daban por hecho que habría una boda y ella lo único que deseaba era huir bien lejos, un lugar que fuera tan alejado que nunca dieran con ella.

Lucía se marchó y Eli se quedó mirando distraídamente la puerta por donde se había ido.

—¿Eli, te pasa algo? —preguntó un preocupado Abel.

La chica volvió al presente, recordó que tenía una llamada pendiente. Había visto el teléfono en el comedor, estaba lo suficientemente lejos para que Abel no sintiera la conversación. Mientras él desayunaba, aprovecharía para pedir cita a la clínica.

—Tengo que ponerme en contacto con la universidad, mientras desayunas telefonaré.

Eli se lo dijo sin mirarlo, no le gustaba tener que engañarlo, pues su conciencia se revelaba. No entendía por qué en la ciudad le era más fácil mentir.

Abel la miró con recelo, pero asintió con la cabeza.

—¿No te apetece antes tomarte un café? —inquirió sirviendo una taza del líquido oscuro de una cafetera humeante.

Las fosas nasales de Eli se ensancharon al captar el aroma a café. Notó que el zumo de naranja se revolvía en su estómago.

—¿Me podrías dar un poco de agua fresca? —pidió ella.

El agua fresca era lo único que aliviaba sus náuseas. Abel se dio cuenta de la lividez que cubría el rostro de ella, también se percató de que tenía los pómulos más marcados debido a que había adelgazado. No pudo evitar preocuparse.

—A ti te pasa algo, ve al comedor y siéntate en el sofá. Te prepararé una infusión y hablaremos de lo que te pasa.

Eli no puso ninguna objeción, necesitaba salir de la cocina. Era como si fuera un campo de batalla y el alimento se hubiera convertido en bombas dispuestas a estallar en su estómago. Tomó asiento en el sofá y se encontró mejor al momento, vio el teléfono, pero no podía llamar todavía; Abel aparecería en cualquier momento con la infusión. Esperaría a que se sentara a desayunar, de momento tenía que convencerlo de que no le sucedía nada. Mientras esperaba, decidió conectar la televisión a través del mando a distancia. Puso el canal de noticias esperando que dijeran algo sobre el tiroteo en el *parking*.

Su rostro quedó sin vida por completo cuando vio en la pantalla la foto de Carla. El periodista explicaba que la habían encontrado asesinada en la cama con su cuello seccionado. La imagen de Veneno cayó encima de ella como una espada, partiéndola en dos. Bien sabía que había sido él quien la había matado, al igual que tenía la certeza de que le había sacado la verdad a Carla. Veneno sabía que estaba embarazada de él y estaría hecho una furia. Su

situación empeoraba.

Eli sintió que el escaso desayuno que había tomado ascendía por su garganta, corrió al baño y vomitó.

—Eli, ¿necesitas algo? —preguntó Abel desde el otro lado de la puerta.

—No, gracias, han sido demasiadas emociones, he dormido mal y parece que tengo el estómago revuelto.

—Te dejaré un momento a solas. Estoy en la cocina y ya tienes la infusión lista, ya verás que te sentirás mejor cuando te la tomes.

Eli se lavó la cara y se miró en el espejo, este le devolvió un reflejo que no le gustó. Unas arrugas de preocupación se marcaban en sus ojos, los labios estaban tan apretados que parecían dos redondeces de hormigón. La angustia se había adueñado de su cuerpo y mente. No quería reconocerlo, pero no podía regresar a Barcelona, Veneno lo sabría, pues Carla le habría dicho que pretendía abortar y, de una manera u otra, descubriría que estaba en la clínica cuando fuera a interrumpir el embarazo. Lo conocía demasiado bien, no la perdonaría y removería cielo y tierra hasta dar con ella. Por muy irónico que fuera, Valleverde era el único lugar seguro para ella. Suerte que nunca dijo a nadie, ni a Carla, que pertenecía a Los Hijos de la Luz.

Con un profundo dolor se resignó a su suerte: estaba atrapada en Valleverde, embarazada de otro hombre y pronto se le notaría. Empezó a llorar con desconsuelo, se trataba de un llanto silencioso porque no quería que Abel la escuchara. Una idea cruzó su mente y pronto las lágrimas dejaron de salir por sus ojos. Solo debía hacer creer a Abel que el hijo que llevaba en su vientre era suyo. Entonces nunca nadie sabría la verdad, Carla estaba muerta y Veneno nunca daría con ella en un lugar tan inhóspito como Valleverde. Vale, reconocía que no era muy honorable de su parte, añadiría otra mentira más a las dichas, pero no le quedaba otra solución y, tal como estaban las cosas, se agarraría a un clavo ardiendo si hacía falta.

Capítulo 5

Eli salió del baño con el cuerpo más recompuesto y con ánimos renovados. Fue a la cocina, Abel estaba desayunando, cuando este se dio cuenta de su presencia dejó de comer, se levantó.

—Anda, siéntate —dijo él ofreciéndole asiento, tal como haría un caballero; a Eli le gustó ese gesto, se sentó—. Ten, es manzanilla —añadió posando una humeante taza delante de ella—. Te asentará el estómago.

Abel tomó asiento frente a la mujer, Eli le sonrió, sus labios tomaron un aspecto jugoso, era una de esas sonrisas ensayadas que tenía en su catálogo de seducción y que utilizaba cuando quería agradar a un hombre. Abel se excitó, pero lo ocultó bajo una apariencia de normalidad. Aunque no por mucho, pues Eli ignoró la infusión, se levantó y se sentó en el regazo de Abel.

—Eli, cariño, ¿qué estás haciendo? —preguntó un perplejo Abel.

—Te he echado tanto de menos...

Eli acarició el rostro masculino con sus yemas. Resiguió su barbilla redondeada y robusta, su nariz ligeramente ancha, sus labios gruesos, que él mantenía apretados por lo tenso que se encontraba en aquellos instantes. Eli parecía una remolona gatita en la falda de su amo y, como una gatita traviesa, no tuvo vergüenza y restregó su trasero en la entrepierna de Abel.

—Eli, por lo que más quieras... no hagas eso... —rogó él con voz entrecortada, notando que perdía el control.

—Que no haga qué...

Aleteó las pestañas con seducción, otro aleteo, otro más mientras seguía frotando sus nalgas. No tardó en apreciar la erección, entonces se relamió los labios mostrando su deseo de saborear esa parte de él.

—Me gustaría que me follaras fuerte —pidió con descaro ella.

Sin embargo, Abel no se tomó bien tanto atrevimiento, no estaba acostumbrado a ver a Eli convertida en Lilith, tentándolo de una manera que no lograba comprender. Si bien sabía que había estado con otros hombres cuando tomó el mal camino en la vida, él siempre la había respetado porque consideraba que ella merecía lo mejor de él. Quería hacer las cosas bien, convertir a Eli en su mujer, en su amiga, en su amante, en la madre de sus hijos... y desconocía a la mujer que tenía ante él. Tenía claro que el día que se acostara con Eli le entregaría su corazón cuando penetrara su cuerpo dulce y sellarían su amor a cada embestida. En cambio, ella le estaba ofreciendo un momento de lujuria como los que había compartido con sus clientes en el pasado.

Abel no lo soportó, la agarró de las muñecas y la obligó a salir de su regazo. Acto seguido se levantó.

—Ya basta, Eli, esto no está nada bien por muchas razones, así que no insistas.

La mujer ocultó su enfado y su estupefacción. Nunca antes un hombre había rechazado pasar un buen rato con ella. Definitivamente, Abel no era como los demás varones. Aun así hubiera deseado que, al menos, en aquel momento, hubiera sido como la mayoría de los varones. No le quedó otra que cambiar de táctica y empezó a llorar.

—Lo siento —masculló ella con falsedad—, verme envuelta en un cruce de balas me ha hecho recapacitar, no quiero separarme nunca más de ti y necesitaba sentirte cerca.

El llanto se intensificó y Abel, compungido, la atrajo a él y la abrazó. El hombre era más alto que ella y quedó diminuta entre los brazos robustos de Abel.

—Cariño, hagamos las cosas bien —la consolaba él.

—¡Pero si nos vamos a casar! —clamó pegada a su pecho—, además sabes muy bien que no soy virgen, no tiene sentido esperar si ambos nos deseamos. Y por mis estudios de Veterinaria no te preocupes, puedo cursarlos a distancia.

—Hay muchas cosas de ti que no acabo de entender, tenemos que hablar, Eli.

La chica maldijo para sus adentros, debía actuar rápido. Levantó el rostro, sus ojos grises brillaban a consecuencia del llanto; se esforzó y exhibió el rostro de la inocencia.

—Y hablaremos, pero no ahora, yo te quiero, te quiero tanto...

Eli se colgó del cuello de su amante y lo besó con ímpetu. Sus labios se habían convertido en instrumentos de cazar y agarró a su pieza para no soltarla. Sus lenguas entraron en contacto y se enredaron con frenesí. Abel no tardó a sucumbir ante una seducción tan implacable.

Él la cogió en brazos y la llevó a su habitación sin apenas esfuerzo. Ya entre la intimidad de las cuatro paredes dejó a su chica sobre la cama. Eli desabrochó la camisa de Abel y se quedó impactada al ver su torso desnudo. Era perfecto, sus músculos duros y sus bíceps mostraban a un hombre fuerte y varonil y lo deseó como no había deseado a ninguno de sus antiguos amantes.

Abel había esperado tantos años que llegara ese momento que se sintió emborrachado de placer. Empezó a desnudar a su futura mujer y, cuando la contempló desde su altura en ropa interior y con su melena rubia esparcida por sobre la almohada, creyó ver a un hada. Ella tenía un cuerpo tan dulce, aún mejor de lo que había imaginado, y su corazón se hinchó de felicidad. Eli alargó los brazos, instándolo a que la cubriera con su pasión.

—Eli...

No había nada en el mundo que quisiera más que hacerle el amor a la mujer que amaba. Pero en el fondo sabía que se arrepentiría si dejaba que su deseo nublara su mente. Siempre se había considerado un hombre de fuertes convicciones, necesitaba la bendición del Cielo para consumir un acto que

consideraba sagrado. Cuando estuvo viviendo con Cobra descubrió una parte de la naturaleza humana que no le gustó. Personas que unían sus cuerpos solo por el mero hecho de satisfacer una necesidad. Encontraban un placer momentáneo que no los llenaba por dentro. El amor verdadero tiene la virtud de satisfacer cuerpo y alma, alcanzando una plenitud que solo unos pocos consiguen en la vida. Con Eli sabía que alcanzaría esa felicidad y, si había esperado tanto tiempo, ¿qué importaba un poco más?

Abel agarró su camisa y se la puso. Aún por abrocharla, se sentó en el borde de la cama, de espaldas a Eli, la miró de soslayo, porque no era valiente para contemplarla en ropa interior. Su deseo pulsaba rabioso en su miembro erecto y debía calmarse.

—No quiero que nuestra primera vez sea así —confesó el hombre.

Eli se arrodilló detrás de él y lo abrazó. Apoyó la barbilla en el hombro y le mordisqueó el lóbulo de la oreja.

—Te deseo, cariño —susurró la mujer en un tono seductor.

—Y yo a ti, no sabes cómo —confesó abrochándose la camisa.

—De adolescente eras impulsivo, y no eras tan puritano, siempre me presionabas, ¿por qué has cambiado tanto?

Abel se levantó y la miró a los ojos, vio enfado y desilusión, no le gustaba verla así; y saber que era por su culpa todavía le pesaba más. Al menos se explicaría, era lo mínimo después de lo que había sucedido.

—La experiencia que se coge con el pasar de los años te demuestra que el camino correcto es el que nos muestra la conciencia y no los deseos que nos gobiernan.

Eli se preguntó si ella tenía conciencia, pues nunca puso en tela de juicio sus acciones hasta el momento. Siempre creyó que el camino que debía seguir era el que llevaba a conseguir sus deseos, aunque estos fueran caros, tan caros que tuvo que buscarse un amante como Veneno para que los satisficiera.

—Antes no hablabas de conciencias, te limitabas a perseguirme como animal en celo —soltó con dureza la mujer.

Seguía enfadada, pero esta vez también con ella misma; no reconocía que él había cambiado para bien y ella para mal. Desechó tales pensamientos como si quemaran en su mente.

Él podía explicarle que vivir junto a Cobra en el pasado le mostró un mundo vicioso que le hizo cambiar, pero Eli estaba demasiado enfadada para que escuchara sus explicaciones. Procuró hallar las palabras adecuadas en un intento de destensar el momento.

—Creo que ambos hemos cambiado mucho —expresó él, ignoró su cuerpo dulce cubierto por un sujetador y braguitas negras, que lo tentaban demasiado—. A veces no te reconozco, es como si fueras otra persona, pero no me importa, yo te quiero tal como eras antes y tal como eres ahora.

Eli quiso gritarle debido a la impotencia que sentía. Sin embargo, comprendió justo a tiempo que no sería inteligente, dado que él estaba muy seguro de lo que decía y no cambiaría de opinión. Aun así se dejó llevar por su desesperación y no pensó.

—¿Qué te parece si nos casamos este fin de semana? —sugirió ella.

Abel frunció el entrecejo como dudando.

—¿Lo dices en serio?

Ella agarró su ropa y la apretó contra su pecho, como si buscara esconderse de las palabras dichas. Reflexionó en lo que acababa de proponerle: casarse era lo último que deseaba, pero, dadas las circunstancias, solo el matrimonio escondería tantas mentiras. Por otra parte, casarse con Abel haría feliz a su madre y, sin duda, mejoraría de su enfermedad. Todo eran ventajas, no había mucho que pensar, la verdad.

—Sí, lo digo muy en serio —confirmó ella—. Yo también te quiero, es hora de que formemos nuestra familia; de hecho, este siempre fue nuestro sueño.

Abel no podía creérselo. Se olvidó por completo de las preguntas que quería hacerle sobre su estancia en Barcelona. Su sueño estaba a punto de cumplirse: Eli lo amaba y quería casarse con él más pronto de lo que había imaginado.

Eli se colocó y abrochó la blusa con mucha rapidez. Cogió la falda con tanta rabia, pues estaba muy enfadada, que la tarjeta de la clínica salió del bolsillo y cayó al suelo. Mientras se ponía la ropa, empujó sin darse cuenta la cartulina de pequeño tamaño bajo la cama. Cuando terminó de arreglarse, Abel la abrazó, si bien ella seguía colérica, aceptó el contacto. No quería que él se diera cuenta de que todo aquel asunto la ponía de muy mal humor y que, en realidad, no quería casarse. Pero sentir la tibieza del cuerpo de él y su aroma varonil, que le recordaba al campo que acababa de cruzar de camino a la casa, la calmó.

—¿Entonces nos casaremos este fin de semana? —preguntó él incapaz de creerse que ella quisiera casarse tan rápido.

—Sí.

—Pediré que me ayuden a terminar nuestra casa, la tengo casi a punto, será mi regalo para ti. —Instó a que lo mirara levantándole la barbilla—. Te haré la mujer más feliz del mundo, lo prometo.

Fue en ese instante que ella se dio cuenta de lo injusta que estaba siendo. Lo estaba manipulando a su antojo, pero estaba tan desesperada... Las lágrimas se desprendieron de sus ojos; estas eran verdaderas.

—¿Cariño, por qué lloras?

—Son lágrimas de felicidad —dijo entre hipidos.

Cada vez que abría la boca era para mentir y Eli se sintió la mujer más malvada de la Tierra. ¿Acaso la conciencia a la que se refería Abel le estaba avisando? No quiso analizarlo, pues no habría perdón para ella.

Cobra estaba de mal humor y al estar acostumbrado a fumar, la falta de tabaco aún acrecentaba más ese estado de ánimo. Su crispación fue en aumento, hasta convertirse en un volcán a punto de erupcionar, cuando se enteró de que Abel y Eli se casaban el fin de semana próximo. La impotencia

por no poder evitarlo lo estaba consumiendo por dentro.

Eli, una mujer superficial, dada a la buena vida, que no medía las consecuencias de sus actos, arrastraría a su buen amigo a la infelicidad y a una muerte segura. Buena prueba de ello era el engaño al que estaba sometiendo a Abel sobre Veneno. Un tipo despreciable y demasiado peligroso, que, cuando se enterara que su fulana era, nada más y nada menos, que la prometida de Abel, lo mataría lentamente. Veneno era del tipo de hombre machista que recurriría al asesinato para vengar la infidelidad. Si a eso se sumaba la muerte de Baby, todo lo que había hecho para mantener a Veneno alejado de Abel y que centrara su venganza en su persona se había ido al traste. Y todo por culpa de Eli. ¡Maldita mujer!

Solo un milagro impediría que Abel se uniera en matrimonio con Eli. Tal vez habría una oportunidad si se enteraba de la verdad. Su deber era contárselo; los buenos amigos son sinceros y debía hablar claro con él y contarle todo lo que sabía. Por encima de todo tenía que hablar con Abel, por lo que le pediría a Norma que lo fuera a buscar. Conversaría con él de su futura esposa, tal como tendría que haber hecho en el piso de Eli. De acuerdo, reconocía que sería como clavarle un punzón en el alma, pero más valía eso que una soga en el cuello de por vida. Un matrimonio que se sustentaba en mentiras nunca sería dichoso. Por otra parte, reconocía que su plan, quizá, no saliera bien y sería como querer taponar una herida de arma blanca con una tirita. La furia de un hombre engañado le podría hacer tomar el camino de la venganza, y por nada del mundo quería convertir a Abel en un asesino. Aun así, su buen amigo no era como él o como Veneno, que encontraban en la muerte la solución a los problemas. De todos modos, ya no se echaría atrás, sin embargo, no se precipitaría y tantearía a Abel, decidiría sobre la marcha si contarle la verdad o parte de ella.

Un golpe ligero en la puerta sacó al hombre de su ofuscación. Sabía que se trataba de Norma, que le estaba avisando que estaba a punto de entrar; era su manera de evitar encontrarlo desnudo sobre el lecho. A consecuencia de la

herida en el costado, le era difícil llevar ropa interior o algún tipo de pantalón, por lo que debajo de las sábanas estaba completamente desnudo. Ya habían sido varias veces que había sorprendido a Norma mirándolo con demasiado interés. No era que le molestara, al contrario, pues le gustaba demasiado, el problema era otro: se excitaba más de la cuenta. Cuando notaba que su entrepierna tomaba forma y se endurecía, se apresuraba a cortar cualquier mal pensamiento. Había prometido respetarla, ella era una mujer deliciosa, en otras circunstancias la hubiera seducido para llevársela a la cama y saciar el deseo que sentía por ella. Sin embargo, Norma no era mujer de un par de noches como a las que estaba acostumbrado.

Esta entró portando una bandeja con todo lo necesario para hacerle las curas. Lo hacía varias veces al día, le untaba la herida con sus aceites, de tanto en tanto usaba cataplasmas. Lo cierto era que se estaba curando tan deprisa que Cobra no salía de su asombro, mejor incluso de lo que lo hubiera hecho en un hospital al cuidado de médicos y enfermeras. Ya no tenía duda alguna de que Norma tenía un don como curandera y parecía haber heredado la sabiduría ancestral de magos y magas.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó ella.

—Muy bien, no me duele, creo que pronto podré marcharme.

—Todavía es pronto, de momento tendrás que quedarte aquí.

—Está bien, te haré caso. Quiero pedirte un favor, necesito hablar con Abel, es importante.

—Le avisaré.

—Gracias.

La mujer dejó la bandeja en la mesita y se sentó en el borde del colchón para curarlo.

—Tienes mejor cara, eso es bueno.

—Gracias a ti, reconozco que estoy impresionado, no entiendo por qué no trabajas en una clínica.

—Ya estuve una vez en un hospital y no tengo buenos recuerdos... —confesó

con voz pesarosa.

Cobra entrecerró sus ojos verdes de serpiente, quiso saber más de ella.

—¿Y qué hacías en un hospital? ¿Estabas enferma?

—No, estuve por mi marido.

—Sé que murió, me lo contó Abel. Lo siento, no quería ponerte triste.

—Tranquilo, fue muy duro, pero lo superé. Cuando le cayó el árbol encima enseguida supe que era demasiado grave. Lo llevamos al hospital.

Ella suspiró con resignación.

—¿No pudieron curarlo?

—Se fracturó el cráneo y tuvieron que operarlo de urgencia, pero a los pocos días murió.

—Es raro que una mujer como tú que cura a tanta gente crea en los médicos.

—Creo en la formación que reciben los médicos, pero no en sus egos. Recurrí a sus conocimientos cuando los míos no podían hacer nada por mi marido.

—Es loable lo que dices, reconoces no saberlo todo.

—Nunca se sabe bastante, siempre necesitamos de los demás para salir adelante. De igual modo que una casa necesita un arquitecto, un albañil, un carpintero, un electricista, y un largo etcétera, la medicina es un conjunto de estudios y necesita de todas esas sabidurías para llamarse como tal. Pero los médicos de hoy en día se creen estar por encima de todos y rechazan cualquier conocimiento que no venga de sus libros. No quieren abrir su mente y, por culpa de su tozudez, muere gente y desprecian y humillan a quien quiere ayudar a mejorar la vida de los demás.

—¿Alguna vez te han humillado?

—Bastantes veces, cuando curo a alguien que sus medicinas no han podido curar, entran en cólera. Les es más fácil odiarme que preguntarme cómo lo he hecho.

Cobra sintió rabia hacia todos esos médicos, no podía aceptar que alguien humillara a una mujer como Norma.

—Estúpidos... ellos se lo pierden, eres una gran maga, no dejes que nadie te diga lo contrario.

—Por suerte no todos los médicos son iguales, hay muchos de ellos dignos de llamarse médicos. Conozco a uno que merece todo mi respeto.

Cobra sintió celos, pero los escondió.

—¿Quién es ese magnífico médico?

—Se llama Javi, es amigo de Abel, Iván y Lucía. Nos ayudamos mutuamente.

—Hablas de él con mucho cariño...

Norma entrecerró los ojos al notar que su tono sugería algo más, cuando comprendió, soltó una risa.

—Javi y yo somos amigos. Además, ¿por qué te interesa tanto?

Él la miraba con interés y dedujo en su mirada de maga que había dicho la verdad. Era tan transparente y de una inocencia tan abrumadora que lo conmovía. Le sobrevino el sentimiento de protegerla de todo el mal que había en el mundo, tesoros como esa mujer había que protegerlos.

Ella al sentirse tan observada se puso nerviosa. Esos rasgados ojos verdes cortaban como el mejor de los filos, a pesar de ello no se sentía amenazada.

—Yo te doy las gracias por curarme, espero devolverte el favor algún día —dijo Cobra que aprovechó para cambiar de tema.

Se sintió estúpido, normalmente no era amable, pero con Norma tenía la necesidad de serlo.

—Estás resultando ser un buen paciente —dijo con alegría ella, arrancándole una sonrisa a él.

—¡Me está costando lo mío, te lo aseguro! —bromeó el herido.

—Ya basta de cháchara, es necesario que te cure.

Él asintió y Norma apartó un poco la sábana para practicarle las curas, solo lo justo para ver la herida. Empezó a hacer su trabajo, pero Cobra al sentir las manos de ella dio un respingo, la sábana se deslizó un poco más hacia abajo y ella pudo apreciar el pelo púbico rizado, oscuro como sus pensamientos. La

mano le tembló, ella se removió inquieta provocando que perdiera el equilibrio y sin querer se apoyó en la entrepierna de Cobra. Aunque la quitó enseguida, el vientre de cobra se contrajo debido a la sensación placentera que experimentó, eso hizo que la sábana se apartara, dejando a la vista su miembro medio erecto.

El hombre se apresuró a cubrir esa parte de su anatomía, que lo delataba con tanto descaro. Estaba pasando por un mal rato, no solo él, sino que ella había visto su deseo en su parcial erección, pues estaba roja como un tomate, delatando su inocencia. Eso hizo que la deseara todavía más y provocó que su miembro se alzara por completo. Estaba a punto de perder la cabeza, y lo peor era que, si lo hacía, rompería la promesa que le había hecho a Abel y al líder de la comunidad.

—¡Márchate! —gritó de golpe.

Cobra, hasta el momento, no se había mostrado rudo con ella, pero estaba a punto de cometer una locura y sus modales eran lo que menos le importaba en aquel instante. Agarró entre sus puños la sábana en un gesto inconsciente, como si buscara en esa acción agarrarse a algo que le impidiera saltar sobre ella.

—Aún no he terminado —se quejó ella—, no puedo dejar la herida de esta manera.

—¡Basta! —Tomó aire y lo expulsó con rabia—. Márchate si no quieres verte tendida de espaldas en esta cama con la falda arremangada hasta la cintura y yo follándote como un animal.

Norma, nada acostumbrada a tales comentarios, se asustó. En su precipitación por salir corriendo la bandeja se cayó al suelo emitiendo un gran estruendo. Pero tal estropicio no la detuvo y terminó huyendo, tal como lo hubiera hecho un conejo perseguido por un perro de caza. Si Cobra no hubiera estado tan excitado y tan enfadado consigo mismo, hubiera estallado en carcajadas. De acuerdo, no había estado nada acertado en su comentario para hacerla marchar, no obstante, había sido eficaz. La verdad era que no

lamentaba su estallido, al menos en ese instante, porque, aunque resultara doloroso reconocerlo, esa brusquedad estaba protegiendo a Norma de un hombre sin escrúpulos como él. Más tarde, cuando se calmara, le pediría disculpas, aunque después de lo que había pasado no sabía si ella se atrevería a entrar en la habitación.

—¡Mierda, mierda, mierda! —gritó él.

Una vez que le gustaba de verdad una mujer y no podía tocarla. Qué decepción, Norma estaba fuera de su alcance, cuanto antes se mentalizara, mejor para todos, sobre todo para él. No sabía que era más frustrante: si permanecer en la cama como un ocioso o ponerse duro cada vez que ella lo miraba o lo tocaba con sus dedos mágicos.

Debía marcharse cuanto antes. Presentía que su fuerza de voluntad acabaría haciendo agua y terminaría por seducir a Norma. Rompería su promesa, y su palabra era todo lo que tenía y todo lo que le podía ofrecer a la buena gente de Valleverde.

Abel se estaba preparando para otra jornada, pero esta no era como las demás. No cabía en sí de felicidad, ya que su sueño se cumpliría en unos pocos días: se casaría con Eli, la mujer que siempre había amado. Aún no podía creerse que el enlace fuera tan pronto, pues siempre había dado por hecho que aún tardarían en casarse, porque Eli debía acabar sus estudios y adaptarse a su nueva condición de veterinaria. Él no hubiera objetado nada, consciente de que ella tenía sus propios sueños, sueños que él había ayudado a realizar.

Eli no había puesto ningún impedimento a que Lucía la ayudara en la organización de la boda. La hermana de Eli, Cris, a pesar de ser muy joven también quiso colaborar, entre todas se encargarían de los detalles y no sería ningún problema que tuvieran tan pocos días. Fue un alivio para el novio, que

poco sabía de bodas y no quería meter la pata.

Abel se agachó a coger sus botas de trabajo de debajo la cama. Le llamó la atención un pequeño cartón; por instinto lo cogió y le echó un vistazo por si había algo escrito que fuera importante. Se dio cuenta de que se trataba de una tarjeta, no recordaba que nadie le hubiera entregado ninguna. Cuando leyó que se trataba de una clínica donde se practicaban abortos, se vino abajo y tuvo que sentarse en la cama. Recordó cuando Eli estuvo en su habitación, no podía ser de nadie más y se le debía haber caído.

No le costó mucho llegar a la conclusión de que estaba embarazada y que pretendía abortar. No entendía nada, o mejor dicho: lo entendía todo, no era estúpido. La Eli fogosa, esa que había querido intimar con él a toda costa, tenía un objetivo: hacerle creer que era el padre del bebé. Como no lo había conseguido había decidido adelantar la boda. Sus ganas enormes de casarse eran para esconder una mentira y él se había creído que se casaba porque lo amaba.

Abel empezó a ponerse nervioso. Se levantó, no podía respirar y caminó de un lado a otro, preso de un desconcierto que nunca había experimentado. Por un instante, sus suposiciones le resultaron demasiado duras para creérselas, pero luego comprendió que eran ciertas, tan ciertas que rompieron su corazón en pequeños pedazos. No entendía cómo Eli había cambiado tanto y cómo tenía el valor de manipularlo como si fuera un títere en sus manos. Siempre tuvo un carácter alocado, pero no era excusa para proceder de aquella manera tan ruin y desconsiderada, escapaba a su entendimiento. Siempre había sido comprensivo con los pecados de los demás, porque él también tenía los propios y juzgar, creyéndose mejor que el otro, no estaba bien cuando todavía había mucho por aprender de la gente que le rodeaba. Pero las mentiras de Eli no las podía pasar por alto, y menos cuando la vida de un infante aún por nacer estaba en peligro.

Era tal el nudo que tenía en su estómago y tan altas las voces que clamaban venganza en su cabeza que tuvo que esforzarse en calmarse e hizo lo posible, y

más, por contener su ira. Cuando consiguió templar su cuerpo, un pensamiento le cruzó de arriba abajo. En Barcelona encontró a Eli con Cobra... ¿Acaso su amigo era el padre y entre los dos se estaban burlando de él? Hizo verdaderos esfuerzos por reprimir esa parte animal que lo instaba a matar a su compañero.

De hecho, lo que más le dolía era el engaño, las falsas promesas de amistad de Cobra y de amor de Eli. Abel tenía claro que no podía disimular no haber visto la tarjeta y casarse con una sonrisa. Debía hablar con Eli y con Cobra y exigirles la verdad.

Salió de la habitación a pasos apresurados. Cuando bajaba los escalones a la carrera, se topó con su hermana Lucía.

—Precisamente te estaba buscando, tengo que hablarte sobre unos detalles de la boda...

La mujer quedó muda en el acto y ahogó el grito que pugnaba por salir de su boca. Su hermano tenía la misma mirada ambarina, triste y vacía de vida, que vio cuando su padre murió dejándolos huérfanos. Por aquel entonces, algo dentro de Abel se rompió para dejar paso a un adolescente enfadado y rabioso que lo llevó a prisión. Tardó mucho tiempo en volver a ser el mismo.

—Abel, ¿qué te sucede?

A su hermano le tembló el labio inferior, aun así arrancó fuerzas de su interior para contestarle.

—Nada.

—Eso no es cierto.

Abel echó a correr y la dejó con la palabra en la boca. Cerró la puerta de entrada dando un portazo, Iván salió de la cocina atraído por el ruido. Vio a su mujer petrificada sobre un peldaño, a mitad de las escaleras, mirando preocupada la puerta de entrada, ya cerrada.

—¿Te has peleado con Abel? —preguntó su marido, intentando encontrar una explicación al portazo y al estado de su mujer.

Lucía desvió la mirada y se encontró con los ojos azules de su marido.

—No —le contestó—. Pero se acercan problemas, y graves. ¡Ojalá me

equivoque! —expresó compungida hasta la médula mientras descendía.

Iván conocía a su cuñado, era un buen hombre de grandes valores, pero también de fuertes impulsos si se le provocaba o si lastimaban a alguien amado. Lo había comprobado en el pasado en sus propias carnes cuando se había obsesionado con su hermana. Abel la defendió a pesar de su juventud, y su afán de protección le llevó a cometer errores. Fue una época convulsa, él quería a Lucía y se comportó como un desgraciado. Abel quiso vengarse y cometió una trastada de adolescente que aprovechó para chantajear miserablemente a Lucía. Demasiados errores cometieron los dos, lo importante era que se habían dado cuenta a tiempo, antes de que el orgullo los devorara a ambos.

—¿Sabes a dónde a ido? Iré tras él —dijo el hombre.

—No me ha dicho nada, estoy preocupada —farfulló ella agarrándose a su marido.

—Haremos una cosa, quédate en casa con el niño y dale el desayuno, que yo iré a buscarlo. Valleverde no es tan grande y daré con él.

—Gracias.

Capítulo 6

Abel estaba a punto de llegar a casa de Norma. Se la encontró dando de comer a las gallinas. Cuando esta vio el coche, dejó la tarea y fue a atenderlo. Las ganas del hombre de entrar y patear la cabeza de su amigo eran poderosas, pero se obligó a ser cortés ante una mujer que de ningún modo merecía que montara una escena en su hogar. Así que dejó que le diera dos besos de bienvenida y él mostró su mejor sonrisa.

—¡Qué alegría verte, Abel! Precisamente dentro de un rato quería hacerte una visita, me has leído el pensamiento.

Norma parecía más contenta de lo normal y le agradó a Abel, eso actuó de bálsamo en su monumental enfado.

—Me alegra verte de buen humor, Norma, me acabas de alegrar el día.

Ella lo agarró amablemente del brazo y ambos entraron en la casa. El cambio de temperatura fue considerable, afuera hacía mucho frío, una pequeña capa de nieve había cambiado por completo el paisaje otoñal. Dentro estaba la chimenea encendida, grandes llamas quemaban varios troncos de encinas.

—Tengo café recién hecho y he cocinado unas ricas magdalenas, ¿te apetece?

—Suena delicioso, pero otro día, tengo que hablar con Cobra de algo importante.

—¿Cómo sabes que Cobra quería hablar contigo?

—No lo sabía, supongo que ha sido casualidad, no hace falta que me

acompañes.

—De acuerdo, aunque no sé si estará durmiendo.

—Gracias, lo despertaré, ya va siendo hora, ¿no crees? Se ha vuelto un holgazán.

Ella asintió mientras soltaba una carcajada.

—Estaré en la cocina pelando verduras, por si me necesitas.

Abel no le prestaba atención, ya subía los escalones de dos en dos y entró en la habitación de Cobra sin llamar. Este estaba acostumbrado a vivir con los sentidos en alerta, por lo que se despertó en el acto y tomó una actitud violenta, como si quisiera defenderse de un enemigo. Pero en cuanto reconoció a Abel, se relajó; aun así se sorprendió al verlo tan tenso, con su rostro cubierto de una rabia que solo había visto cuando estuvo en la cárcel. Cobra encendió la lámpara de la mesita, pues el día estaba nublado y necesitaba verlo mejor. No fue buena idea, pues el contraste de luces y sombras intensificaron la rabia grabada en su rostro y ojos, una rabia que parecía estar dirigida hacia él.

El herido se recostó en el cabezal de la cama, algo sucedía y mucho temía que era por culpa de Eli. Esa mujer era peor que un dolor de muelas.

—Adelante, habla, sin miedo —inquirió Cobra.

Abel siempre había admirado el estilo directo de su amigo. No se andaba por las ramas, de modo que él haría lo mismo e iría directo al grano. Que Dios se apiadara de ambos si la respuesta era sí.

—¿Eres el padre del hijo que espera Eli?

Cobra profundizó su mirada de serpiente, no tardó ni un segundo en darle su respuesta.

—No. Y me duele que pienses lo contrario.

Abel fue consciente de lo estúpido que estaba siendo. Su amigo no era el padre, lo conocía lo suficiente y no mentía. Cobra apreciaba y honraba su amistad, se lo había demostrado muchas veces, incluso casi pierde la vida, pues lo había salvado de Veneno y Baby. Tales verdades hubieran sido

suficientes para no acusarlo con tal deslealtad y se avergonzó de haberlo hecho.

—Lo siento, tenía que preguntártelo, la duda me estaba matando —dijo llanamente Abel—. Os encontré juntos en Barcelona, ¿qué querías que pensara?

—Sí, estaba con Eli, pero para traerla de regreso a Valleverde, no por lo que tú te imaginas.

—¿Ella quería regresar?

Cobra bufó; a su pregunta decidió responderle la verdad.

—No, de hecho la tuve que amenazar.

Abel apretó los labios.

—Sabes, en el fondo no me sorprende. Eli siempre ha sido muy rebelde, pero su rebeldía no ha hecho otra cosa que equivocarla de camino. No aprende de los errores.

Se sentó en la cama y miró el suelo con aire perdido.

—Eli no es buena para ti. Mira en lo que te conviertes cuando la tienes cerca. No te cases con ella, no te hará feliz.

Abel lo miró, si bien lo había escuchado, ignoró su consejo.

—¿Tú sabes quién es el padre? —preguntó Abel.

Cobra no tenía ningunas ganas de mentirle, pero tampoco de decirle la verdad, porque si Abel ya estaba destrozado, ¿qué haría cuando supiera que el padre era Veneno y que ella lo había engañado desde que vivía en Barcelona? Se puso en su lugar y supo que mataría a Eli y a Veneno. Por nada del mundo convertiría a Abel en un asesino, pues una vez que cruzara esa línea nunca podría regresar atrás y borrar lo hecho. De acuerdo, había decidido contarle la verdad de Eli, sin embargo, no sabía que ella estaba embarazada. Pensó deprisa; de hecho, Abel ya había descubierto que Eli le mentía, que era su objetivo cuando tomó la decisión de hablar con él. Por otra parte, el mismo Abel tenía que sacarle la verdad a su prometida para creérsela. Con un poco de suerte no se casaría con esa mentirosa.

—Pregúntaselo a ella después de decirle que no te vas a casar hasta saber la verdad.

—La amo.

Cobra gruñó entre dientes, se sentó a su lado; se encontraba mejor y podía levantarse.

—Te salvé de morir de un balazo. No cometas la gilipollez de dejarte arrastrar por una mujer que miente más que habla. Te matará lentamente.

Abel lo miraba con tanta pena que Cobra supo que su interior estaba hecho papilla. No pudo evitar maldecir a Eli entre dientes.

—Hablaré con ella —sentenció Abel—. Le pediré que me diga la verdad.

Se avecinaban problemas, y de los que llevan a cometer errores.

—No pierdas los nervios y mantén la cabeza fría en todo momento. Estaré aquí por si me necesitas.

Lo decía con una preocupación tal que Abel supo que algo escondía.

—Tú sabes más de lo que me cuentas, no te has sorprendido cuando te he contado que Eli estaba embarazada —dijo este.

—Puede ser, pero, para que te creas la verdad, debe salir de la boca de ella, no de la mía.

Abel supo que no le diría nada, aunque reconocía que tenía razón. La verdad solo se la creería saliendo de la boca de ella. Abel se marchó y Cobra lo miró por la ventana mientras se alejaba en su furgoneta combi. Eli lo destrozaría, pero más valía que se enterara de sus mentiras ahora que no cuando estuvieran casados.

En ese momento tocaron su puerta, Cobra arrancó la sábana y se cubrió sus partes enrollándosela en la cintura, como si fuera una toalla.

—Entra —dijo él.

Norma así lo hizo y, al ver al enfermo junto a la ventana, se sintió feliz. Sus curas habían resultado eficaces, se lo debía agradecer a la Madre Naturaleza, que siempre le daba todo lo necesario para sanar.

No pudo evitar admirar a Cobra, ese hombre era pura fibra, sus carnes

apretadas emanaban virilidad y se excitó. Intentó imaginarse cómo sería ser poseída por un varón como él y se sonrojó de pies a cabeza. Vetó a su mente, pues nunca antes la habían asaltado tales pensamientos. Se casó virgen, solo había conocido la intimidad entre hombre y mujer con su marido, y no duró mucho debido a su prematura muerte. Desde entonces, esa parte que toda mujer tiene se había mantenido escondida y ahora con la presencia de Cobra todo su cuerpo parecía revivir.

—En el baño tienes todo lo necesario para asearte.

—Gracias. Quiero agradecerte todo lo que estás haciendo por mí, sé que a veces no te lo he puesto fácil por culpa de mis estallidos. Espero que me disculpes y no me lo tengas en cuenta.

—Disculpas aceptadas.

—Estoy mucho mejor, pronto podré irme.

La mujer no ocultó su desilusión, Cobra se dio cuenta y no supo qué pensar.

—Puedes quedarte el tiempo que quieras.

—No quiero molestar.

—No me molestas...

Ella quiso confesarle que le gustaba tenerlo en su casa, la hacía feliz, pero se abstuvo porque no sería correcto.

—Si algún día puedo devolverte el favor, me lo dices, Abel sabrá cómo dar conmigo. Te debo la vida.

A Norma se le ocurrió una idea.

—Me vendría muy bien una ayuda en unas reparaciones que debo hacer en la casa con urgencia.

—Está bien, me gusta esta manera de devolverte el favor.

A Norma le vinieron a la mente muchos trabajos que hacer y sonrió cuando pensó que le llevaría varios días.

—Empezarás por arreglar algo sencillo que no requiera mucho esfuerzo. ¿Sabes arreglar interruptores?

—Sí, algo de electricidad sé.

—Perfecto, tengo un interruptor en la cuadra que no me funciona, siempre tengo que utilizar la linterna.

—Me ducho y le doy un vistazo, estoy harto de estar en la cama.

Ella asintió y ambos sonrieron. Cobra esperó a que ella se fuera para asearse, pero Norma lo miraba con tanto interés que no quiso dar un paso. La cercanía de la mujer lo excitaba y no deseaba que ella lo notara. Por suerte la sábana era holgada y la prueba erecta quedaba bien oculta.

—¿Algo más? —preguntó el hombre con doble intención.

Norma captó la indirecta, se sintió avergonzada.

—Eh, no. —Carraspeó—. Te dejo solo para que te asees con tranquilidad.

Norma se fue a la planta baja; cuando escuchó el agua de la ducha, no pudo evitar subir y abrir la puerta lo justo para que un ojo lo abarcara todo. Se dijo que solo lo espiaría unos segundos, sin embargo, no cumplió su promesa. La cortina de la ducha era blanca pero lo suficientemente delgada para ver la silueta del hombre. El solo era una sombra, tan perfecta que le arrancó un gemido. Su mundo interior explotó en el momento en que él cerró el grifo y descorrió la cortina y pudo apreciar a Cobra completamente desnudo. El vaho existente en el baño no fue suficiente para esconder al hombre entre su blanco vaporoso, tenía el aspecto de un guerrero saliendo de una ligera niebla. Todo él formaba un conjunto de músculos bien pegados a un esqueleto robusto. Debajo de la herida logró ver la cabeza de una cobra tatuada, que junto a sus ojos verdes rasgados daban al hombre un aire peligroso. Pero Norma veía un peligro placentero que no podía arrancarse de las entrañas y era incapaz de seguir mirándolo sin caer en la tentación.

Cerró la puerta con cuidado y descendió por las escaleras sin hacer ruido, convencida de que no había visto nada tan magnífico en la vida. Supo que esa imagen se había grabado en sus retinas para el resto de su existencia.

Abel no se fue directamente a casa de Eli, sino que aparcó el coche cerca del río y estuvo dando una vuelta en busca de que el aire frío le aclarara las ideas. Algunos tramos del río donde el agua quedaba quieta estaba congelado, al igual que la poca nieve que cubría el paisaje. Ese año el invierno riguroso había hecho acto de presencia en pleno otoño. No era algo fuera de lo normal, pues la gente más mayor hablaba de episodios parecidos años atrás. Pero teniendo en cuenta que venían de un verano caluroso, que se había alargado más de la cuenta, resultaba curioso.

No quería entrar en el hogar de Eli dominado por su furia, la familia de ella no lo merecía. Tampoco era su intención comportarse como un animal herido con Eli, por lo que se tomó su tiempo. Paseó y paseó sin ver un paisaje repleto de belleza. Cuando consideró que su estado de ánimo mejoraba y que ya no era preso de su rabia, decidió que era hora de enfrentarse a las mentiras de su prometida.

Abel aparcó el coche frente al hogar de Eli. Como siempre, el primero que lo recibió fue el perro, que movió la cola con frenesí buscando una caricia como recompensa. El hombre no se la negó, y pasó su palma una y otra vez por la cabeza peluda mientras el animal ladraba con alegría.

Entre tanto, alrededor de la gran mesa de la cocina almorzaba la familia de Eli al completo. El alegre chisporrotear del fuego en la chimenea caldeaba el ambiente, un ambiente tenso, pues Eli y su padre se recriminaban con la mirada cada vez que sus ojos se encontraban. María y Cris se daban cuenta, pero disimulaban, pues decir algo hubiera sido como echar gasolina en llamas descontroladas. Pere, Carles y Ferran comían a bocados grandes, ajenos a todo; sus cortas edades y la inocencia que conlleva la infancia impedían que vieran la tensión.

Miquel oyó los ladridos del perro, dio por hecho que había alguien. Se levantó y salió, Abel se acercó hasta su altura.

—Hola, Abel —saludó su futuro suegro—, llegas justo a tiempo para almorzar con nosotros, podremos hablar de la boda, quedan cosas por decidir

y poco tiempo.

—Gracias, Miquel, pero no tengo hambre. He venido a hablar con Eli, me urge.

El tono áspero del hombre inquietó al anciano, no tuvo reparo en decir lo que pensaba.

—¿Qué ha hecho esta vez Eli?

Abel miró al que sería su suegro. Sus ojeras mostraban a un hombre cansado, Eli era su tristeza, su frustración. Todos conocían la mala relación de Eli y su padre, eran como aceite y agua y eso le quitaba horas de sueño. No lo juzgaría, pues la bondad abundaba en el carácter de Miquel y le dolía no llevarse bien con su hija. Al fin y al cabo, ambos sufrían, y no era justo para ninguno de los dos, ni para el resto de la familia esa tipo de relación tan tóxica. Tanto uno como el otro debían poner de su parte si se quería llegar a una solución.

Aunque la procesión iba por dentro, Abel intentó suavizar la tensión, por lo que utilizó un tono más suave.

—No te preocupes —dijo Abel, le apretó el hombro en un gesto amable—. Solo quiero hablar con ella.

En ese momento apareció Eli detrás de su padre.

—¡Hola, menuda sorpresa!

—Tengo que hablar contigo.

Eli sabía que no era correcto quedarse a solas con Abel, había que guardar las formas. A su madre le gustaba que sus hijos tuvieran cierto decoro y teniendo en cuenta que solo deseaba hacerla feliz, no dijo nada y dejó que su padre se quedara. Sin embargo, este sabía, por el rostro demacrado de Abel, que lo que tenía que hablar con su hija era muy personal, por lo que se lo puso fácil.

—En el comedor podréis hablar tranquilos —sugirió Miquel.

Abel asintió.

—Gracias —dijo este con las vísceras revueltas por lo que se avecinaba.

—Espero que esta vez no sea muy grave lo que hayas hecho —aseveró el padre mirando a la hija con ojos acusadores—. Tu madre no aguantará otro disgusto —añadió entre dientes, conteniendo las ganas de regañarla con más intensidad.

La mirada de Eli se llenó de lágrimas, le dolía que su padre aprovechara cada situación para culparla de la enfermedad de su madre. Abel se compadeció de ella, pues veía sufrimiento en su bonito rostro, y tal sufrimiento era el suyo propio. Por otra parte, se escudó en su fuerza de voluntad para no sucumbir ante aquellos ojos grises llenos de lágrimas. Porque no era una chica inocente sin culpa alguna, si acaso lo contrario y lo iba a averiguar enseguida.

Eli fue al comedor y Abel la siguió, cuando estuvieron dentro, él cerró la puerta, Eli se encargó de encender la luz, pues el cielo nublado impedía que el ambiente fuera muy luminoso. Después, Abel se colocó frente a su prometida, ella lo miró con ojos dubitativos, como calibrando preguntarle el motivo de su visita. En un primer momento, él no le dijo nada, se limitó a entregarle la tarjeta que había encontrado bajo su cama.

—Supongo que es tuya.

Eli reconoció la tarjeta y tembló en sus manos, comprendió al instante que Abel había sacado sus propias deducciones por la expresión de dolor de su rostro. Pensó deprisa.

—No es mía, se la guardaba a Carla —explicó con una voz quebrada y con la mirada fija en la tarjeta.

Él supo que mentía, pues era incapaz de mirarlo a los ojos.

—¿Me crees idiota?

Eli alzó la mirada, se encontró con los ojos ambarinos que la acusaban con una dureza que jamás le había mostrado. El miedo la paralizó y fue incapaz de encontrar una excusa convincente, por lo que guardó silencio. Toda ella era una masa de carne temblorosa y fría.

—¿No dices nada? —preguntó él furioso—. ¿Puedo dar por sentado todo lo que he pensado cuando he visto la tarjeta?

Eli tragó saliva.

—¿Qué... qué has pensado?

—Que estás embarazada y pensabas abortar.

Ella cerró los ojos, como si en esa acción buscara esconderse de la verdad. Suspiró resignada y dijo:

—Sí.

Fue un sí sin fuerza, sin vida, susurrado como si fuera un eco casi imperceptible. Abel se descomponía en pequeños trozos, la verdad todavía dolía más saliendo de la boca de ella. Tontamente había esperado una explicación convincente, pero tal milagro no había sucedido.

—¿Quién es el padre?

Eli se dio la vuelta, no podía enfrentarse a él cara a cara, en ese sentido era una cobarde, pues tenía miedo y tampoco deseaba hacerle daño. Sin embargo, Abel no se lo permitió y la agarró por los hombros dándole la vuelta con brusquedad. Concentró su mirada en la de ella, deseaba ver en la profundidad de sus ojos una verdad que se le resistía.

—¡No, ni lo sueñes, no se te ocurra darme la espalda para contarme una sarta de mentiras!

—Por favor, no grites, mi madre...

Abel estaba tan fuera de sí que no había caído en ello, se prometió ser más cuidadoso, no obstante, no soltó a su prometida y siguió agarrándola con fuerza.

—Habla... la verdad —exigió entre dientes en un tono tan furibundo que no admitía réplica.

Con todo, Eli no podía contarle que el padre era Veneno. Nunca lo había visto tan enfadado y, tal como estaba, se volvería loco y cometería una atrocidad.

—El padre no es nadie que conozcas. Cometí un desliz, solo eso.

—Un desliz... —se mofó él soltándola de su agarre—. Dime una cosa: ¿hay algo de cierto escrito en las cartas que me enviabas?

Eli intentó agachar la cabeza, pero él seguía implacable y le agarró la barbilla obligándola a sostenerle la mirada.

—¿Qué quieres que te diga? —musitó ella llena de miedo.

—¡La verdad...! —Cuando se dio cuenta de que gritaba, bajó el tono—. La verdad, Eli, solo la verdad... si es cierto que estudiabas; qué hacías con el dinero que te enviaba; hay muchas cosas en ti que no cuadran y necesito saber hasta qué punto me has mentado, porque no tengo duda alguna de que me has mentado en muchas cosas.

La tensión estaba haciendo mella en el cuerpo delgado de la mujer. Se mareó y empezó a tambalearse como una peonza. Abel maldijo por lo bajo, la cogió en brazos y la tumbó en el sofá. Ella no objetó nada y se quedó quieta con los ojos cerrados. Mientras, su prometido abría la ventana para que entrara un poco de aire fresco, lo justo para que ella se recompusiera, después la cerró.

Cuando Eli abrió los ojos, se encontró a Abel justo a su lado de pie, la luz de la lámpara colgada en el techo quedaba justo detrás de su silueta y su sombra se cernía sobre ella como una nube de tormenta y su mirada la acuchillaba de todas las maneras posibles. Sabía que no lo dejaría estar hasta sacarle la verdad.

—Sigo esperando, Eli —exigió él.

Esta se sentó, es ese instante le apetecía quedarse sola para hundirse en su miseria, una miseria que ella había sembrado con sus actos.

—Creo que sabes la verdad —farfulló Eli—. Se me ocurrió lo de la carrera de Veterinaria para escapar de Valleverde. No tuve el valor suficiente para decirte que no quería quedarme aquí.

Abel se acercó a la mesa y dejó caer todo su peso en sus brazos. Sus sueños habían caído del firmamento como estrellas que dejan de brillar. Siempre había creído que Eli deseaba lo mismo que él, pero nunca había sido así. Las ganas de estrangularla eran tan grandes que notaba cómo un cúmulo de energía circulaba por sus venas hasta sus manos. Tuvo que recurrir a su fe, a la piedad,

al perdón y la comprensión, virtudes de las que hablaba la divinidad, para no matarla.

—¿Por qué, Eli, por qué? Yo te amo... —dijo en un hilo de voz.

—Me gusta la ciudad, los lujos, las fiestas y aquí no tengo nada de eso.

Él se aclaró la garganta a fin de recuperar su voz.

—¿Mi amor por ti no es suficiente?

Eli era consciente del amor sincero de Abel. No podía dejar que la verdad saliera del comedor, porque, si su madre se enteraba, no lo superaría; su corazón estaba demasiado débil. De modo que se acercó a él y lo abrazó desde atrás.

—Yo también te quiero, cometí un error, pero podemos arreglarlo. Abortaré y más adelante tendremos nuestros hijos.

Abel se soltó de ella y se dio la vuelta.

—¿Abortar? —Sacudió su cabeza con ímpetu—. Los problemas no se solucionan arrancándolos de cuajo. Además, ¿qué culpa tiene ese bebé de que su madre sea una...?

Guardó silencio al instante, porque insultándola no encontraría la paz que buscaba. Eli no se lo tuvo en cuenta, dadas las circunstancias.

—Por favor, Abel, no quiero este hijo.

El hombre se retorció de rabia. La vida era un milagro y un regalo que el cielo ofrecía y no entendía cómo ella, una mujer que había crecido rodeada de buena gente, poseedores de grandes sentimientos, que conocían la delicadeza de una vida que empezaba, una vida que había que cuidar y amar para que creciera fuerte, despreciara a un ser indefenso que necesitaba de su protección. Si fuera por él, rompería el compromiso y se alejaría de Eli, pues no era la Eli que creía conocer. La ciudad y sus vicios la habían convertido en una persona que se estaba vaciando por dentro.

Por su parte, Eli veía la desilusión en el rostro del hombre y quiso convencerlo de que podían ser felices en cualquier otro sitio que no fuera Valleverde.

—Tu hermana se casó con Iván, a pesar de no pertenecer a la comunidad, y viven felices. Nosotros podemos hacer lo mismo y mudarnos a la ciudad.

—¿Te estás escuchando, Eli?

Cuanto más hablaba ella, más desilusionado estaba Abel.

—¿Qué hay de malo en evolucionar?

—¿Llamas evolución a la manera de vivir que tiene la civilización de hoy en día? No lo llares evolución, porque es lo contrario.

—¡La gente vive feliz en la ciudad!

—Feliz es la palabra clave, llamas felicidad a poseer riqueza, vivir bien, que el sexo sea instintivo y no un acto de amor. Conozco a gente sin nada más feliz que el hombre más rico del mundo.

—No todo el mundo es feliz sin nada.

—Tú crees que no tienen nada, pero lo tienen todo. Tu problema es que contemplas la vida a través del dinero, vives en una fantasía que no te deja ver más allá. ¿Acaso no ves los estandartes de la sociedad? Al honrado se le cuelga la etiqueta de tonto y al ladrón de listo, la involución está en cada esquina, no existe la empatía, ni la generosidad, ni el amor sincero, y tampoco hay intención de cambiar.

—¿Entonces qué vamos a hacer?

De pronto el hombre tuvo claro lo que iba a hacer. Eli se había equivocado y el hijo que esperaba no merecía pagar las consecuencias de una madre irresponsable y mentirosa.

—Nos casaremos como tú habías planeado para esconder la paternidad del padre del bebé.

Eli no supo cómo tomarse aquellas palabras, pero sonaban a amenaza.

—¿Por qué lo haces, por qué cargar con el hijo de otro, por qué casarte con una mujer que te ha decepcionado y mentido descaradamente?

—Me caso por el hijo que esperas y por tu madre. Seré el padre de ese niño y lo amaré, porque al amor verdadero no le importa los lazos de sangre.

A Eli le conmovió que él tuviera un corazón tan bondadoso, reconocía que

los hombres con los que había estado eran todo lo contrario. Si antes no le importaba que estos no fueran como su prometido, porque lo único que le interesaba era el dinero de sus carteras, en aquel momento agradeció que Abel fuera especial y la ayudara. Además, sabía que guardaría su secreto; lo admiró con todos sus sentidos y se preguntó por qué ella no podía ser como él, capaz de amar sin condiciones. Quiso acercarse a Abel y besarlo con devoción, pero el hombre se resistió y la apartó.

—Abel..., no me trates así, por favor —susurró ella, entendiendo que, quizá, lo había perdido para siempre.

—Este domingo a las doce del mediodía nos casaremos ante la comunidad, me prometerás fidelidad y me aseguraré de que así sea. Me convertiré en tu karma, Eli.

Dicho esto, se dio la vuelta y se marchó. Miquel lo vio salir, estaba expectante, pues había escuchado los gritos. Abel se despidió de la familia y el anciano fue consciente de lo forzada que resultaba su sonrisa de despedida. Lo vio marchar lleno de rabia, como nunca antes lo había visto. Su esposa estaba sentada en la cocina y no había podido evitar que se diera cuenta de que algo no iba bien. Cris se sentó al lado de su madre y le rodeó los hombros en un abrazo que pretendía consolarla.

—Mamá, no te preocupes, todo va a salir bien, ya lo verás.

Ni ella se lo creía, pero no cambiaría nada reconociéndolo y su madre necesitaba una dosis de fe.

—Rezaré para que así sea, hija.

El tono empleado, débil y triste, advirtió a Miquel que sus fuerzas eran escasas, un disgusto podría ser mortal para ella a esas alturas. Apretó los labios, su respiración se intensificó y sus pies lo llevaron al comedor. Halló a Eli sentada en el sofá, con los codos hincados en las rodillas y las palmas tapando su rostro. Su cuerpo se sacudía en pequeños temblores, era evidente que lloraba. Se compadeció de ella y la furia de momentos antes menguó, no así sus ganas de avisarle.

Miquel se colocó delante de ella, esta notó su presencia y alzó el rostro. Cuando sus miradas se cruzaron, él dijo:

—No quiero saber qué has hecho esta vez, pero no vas a huir de tus errores y asumirás las consecuencias de tus actos. Ya no eres una cría, cuando tus travesuras acababan en una regañina y todo quedaba en el olvido. El domingo te casarás y aceptarás a Abel como tu marido. ¿Te ha quedado claro?

A ella le seguían cayendo las lágrimas, no tenía fuerzas para rebelarse, porque tenía razón. Se había hecho mayor, ya era una mujer y no podía esconderse de sus errores, o escapar como solía hacer en el pasado, de modo que asintió.

—Bien —dijo el padre dándose por satisfecho.

Se dio la vuelta para marcharse y vio que Cris estaba en el umbral de la puerta, por su cara de tristeza dedujo que lo había escuchado. Ella siempre había defendido a su hermana, a pesar de todo, pero esta vez guardó silencio, cosa que agradeció hundiendo los hombros. El ambiente estaba revuelto y prefirió salir de allí y dejarlas solas para que hablaran.

Cris se acercó a su hermana, se arrodilló y la abrazó. Eli agradeció tenerla como amiga, la verdad era que tampoco se lo merecía. También la había lastimado alejándose de ella y dejándole la responsabilidad que conllevaba ser la hermana mayor. Hasta ese momento no se había dado cuenta de lo egoísta que había sido con todos los seres que la amaban. Su padre y Abel tenían razón: debía asumir las consecuencias de sus actos. Si bien sus ganas de escaparse bien lejos eran enormes, sería fuerte. Cambiaría y empezaría el domingo cuando se casara con Abel.

Mientras, en el exterior de la casa, Abel se encontró con su cuñado que suspiró aliviado por haber dado con él.

—Abel, tu hermana está muy preocupada.

El aludido abrió la puerta de su vehículo.

—¡No tiene por qué, ya soy mayorcito, no necesito niñera! —dijo de mala manera.

Iván no se amedrentó y lo agarró del brazo antes de que subiera al coche y lo volviera a perder de vista.

—Si tienes algún problema, nosotros podemos ayudarte.

Abel giró el rostro, sabía que no estaba siendo justo, pues estaba pagando su mal humor con la gente que lo quería.

—Lo siento, Iván, no quise ser brusco. Dile a mi hermana que estoy bien, ahora me voy a mi casa, ya sabes que tengo que terminarla antes del domingo y esta tarde vendrán a ayudarme.

—De acuerdo, se lo diré. Y cuenta conmigo, yo también te ayudaré.

Abel quería decirle tantas cosas, pero no sería justo preocuparlos con asuntos que no tenían solución; Eli lo había decepcionado y no quería desilusionar a nadie más. Miró a su cuñado; Lucía y él se amaban con locura y recordó que ellos no lo habían tenido fácil para que su amor prosperara. Pero la diferencia entre ellos, él y Eli, era que Eli lo había traicionado de la manera más miserable posible, porque, en el fondo, no lo amaba como él a ella. Siempre había querido tener lo que tenían Iván y Lucía, pero, desgraciadamente, la realidad le había abierto los ojos y le había enseñado que tal deseo nunca sería posible.

—Gracias, Iván.

Abel se marchó e Iván contempló como se alejaba. No era estúpido y sabía que él y Eli tenían problemas. No obstante, debía respetar la decisión de su cuñado de no querer contarle nada a él y a Lucía.

Capítulo 7

El día del enlace llegó rodeado de tristeza y lágrimas. Dentro de los corazones de los novios reinaba la oscuridad, aún así ambos sabían que estaban haciendo lo correcto porque así lo sentían. Por el contrario, el día no se conjuró con el estado de ánimo del futuro matrimonio, pues el sol colgaba en un cielo immaculado. Aunque no calentaba, parecía querer bautizar a la pareja con su energía, para que recurriesen a ella cuando los días fueran oscuros. Los invitados agradecían que ese día fuera tan radiante, y más cuando los anteriores habían sido grises, con frío y con alguna débil nevada.

Como cualquier pareja de la comunidad, la boda se celebró al aire libre. Era la manera que tenían Los Hijos de la Luz de compartir con la Madre Naturaleza la dicha del nacimiento de una nueva pareja, que prometería cuidarla y honrarla. Sabían de la importancia de las tierras que pisaban, pues sin ellas no serían nada, solo podrían aspirar a ser unos robots de una sociedad manipulada y encorsetada de ideas equivocadas. La libertad de sus almas y su crecimiento espiritual estaba ligada al aire que respiraban, a los alimentos que se llevaban a la boca, en los remedios que conseguían de plantas seleccionadas, de las aguas puras de las que bebían y regaban. De ahí la importancia de estar conectados a una tierra que se lo daba todo y ellos, a cambio, la protegían y cuidaban.

Eli llegó vestida con una túnica blanca, se trataba de un vestido sencillo, carente de adornos. Una corona de flores blancas culminaba un atuendo sobrio

de gran significado. Por su parte, Abel vestía una túnica negra, debajo llevaba unos pantalones del mismo color. De este modo representaban el yin y el yang, tan presente en todo lo que rodeaba al ser humano, haciendo honor al dicho que unidos los son todo y nada por separado.

A pesar del frío, los novios se casarían descalzos, de este modo conectaban mejor con el interior de la Madre Naturaleza, que transferiría energía a los novios para que el día saliera como cabía esperar. Abel estaba de pie a la espera de que llegara la novia, cuando la vio aparecer su corazón se contrajo de emoción. Era la viva imagen de la inocencia, pero bien sabía él que no tenía nada de inocente. Toda su vida había esperado que ese momento llegara y era incapaz de sonreír; sus labios se mantenían tozudamente pegados y formaban una línea recta adusta.

Eli se colocó al lado de Abel, no tardó en aparecer Francisco Viña, el líder los agarró por los codos con cariño y los instó a que se miraran y se agarraran de las manos. A continuación, se sacó un hilo rojo del bolsillo y empezó a enrollarlo alrededor de las manos enlazadas de los novios mientras decía:

—Este es el hilo rojo del destino que mantiene unido a Abel y a Eli desde que nacieron. A veces se podrá tensar, o enredar, pero jamás se romperá porque están predestinados a unirse en divino matrimonio para crecer espiritualmente.

El líder guardó silencio, extendió los brazos hacía arriba mirando al cielo, era el momento de que la pareja hablara.

—Yo, Abel Olmos, juro amarte y serte fiel hasta el fin de mis días.

Lo dijo con tanta tristeza que los invitados se miraron unos a otros. Eli también notó esa pesadumbre y empezó a temblar. Las lágrimas amenazaban con brotar de unos ojos que evocaban desconsuelo, pero hizo de tripas corazón y asumió su papel.

—Yo, Elisa García, juro amarte y serte fiel hasta el fin de mis días.

El líder posó sus manos sobre las cabezas de los recién casados y los bendijo. A continuación, llegó el momento del beso, Abel tenía que besar a la

novia para sellar el pacto; titubeó, pero terminó por besarla. Eli esperaba un contacto intenso, dado que sabía que la amaba y, a pesar de sus engaños, tal sentimiento no había cambiado. Pero fue lo contrario: el beso fue frío y rápido, sin emoción ninguna. La novia se sintió decepcionada, un sentimiento de pérdida se apoderó de ella y quiso gritar de frustración. Aun así dejó a un lado sus sensaciones y se recompuso rápido.

—Os felicito, Abel y Eli, con vuestra unión hacéis más grande la comunidad —dijo el líder mientras quitaba el hilo rojo que mantenía unida a la pareja de las manos. A continuación extrajo del bolsillo una cruz, que entregó a los recién casados—. Con esta cruz sagrada os bendigo.

Abel y Eli acunaron la cruz en sus manos. Para Los Hijos de la Luz, la cruz era un símbolo erótico que representaba la unión entre hombre y mujer. La línea vertical emulaba un falo y la horizontal el sexo femenino, la cruz no era otra cosa que la unión sexual. De esa unión, nacida del amor y no de la perversión, se creaba un solo individuo perfecto por el cual circulaba energía sagrada, necesaria para crecer espiritualmente. Con este acto buscaban la iluminación. Los Hijos de la Luz anhelaban regresar a la Luz Divina para toda la eternidad, porque ellos eran luz.

Acto seguido, las hermanas de los recién casados se acercaron para ayudar a la pareja a calzarse. Después los abrazaron y los felicitaron, pero ni Abel ni Eli devolvían los abrazos con alegría, más bien se dejaban llevar por los gestos automáticos de sus cuerpos, como si estuvieran programados para mostrarse educados y agradecidos. Sin embargo, Lucía y Cris se daban cuenta de que no eran dichosos.

—Abel, sé que os sucede algo, me lo dicen todos mis sentidos —dijo Lucía mirándolos alternativamente.

—Es cosa nuestra —dijo el hermano.

A Lucía le impactó la dureza de su tono.

—Abel... —rogó Cris también sorprendida al darse cuenta que su cuñado había cambiado tanto.

—Tranquila, no le haré daño a tu hermana, si es eso lo que te preocupa.

Lucía quiso preguntar, pero los demás invitados se acercaron a dar la enhorabuena. En ese instante apareció Javi, amigo de la familia; Abel se relajó y sonrió tímidamente, estaba tan destrozado por dentro que tenía que esforzarse.

—¡Felicidades, compañero! —dijo Javi mientras abrazaba a su amigo con efusividad.

—¡Me alegro de verte!

—Jamás me perdería vuestra boda —afirmó mirándolos alternativamente—. Eli, felicidades —añadió dándole un beso en la mejilla.

—Gracias por venir —mencionó la novia.

—Te aseguro que no ha sido ningún esfuerzo, me encanta Valleverde.

Era cierto, a él le gustaba el ambiente que se respiraba en aquel lugar alejado de la civilización. La sensación de vivir en un mundo justo, puro y lleno de amor le daba esperanzas y lo ponía de buen humor. Incluso, a veces, había rumiado con la idea de hacerse de la comunidad, pues Valleverde era como volver a los orígenes, antes de que la humanidad se perdiera en sus egos.

—Por cierto, has cambiado mucho —comentó la esposada.

Esta lo observó de arriba abajo, y lo cierto era que no quedaba nada del hombre delgado y alto de antaño, pues se había convertido en un varón corpulento muy atractivo. Incluso su cabello rubio oscuro, peinado pulcramente hacia atrás que le añadía años y seriedad, había desaparecido y lucía una ligera melena muy masculina que favorecía su rostro y daba profundidad a su mirada gris.

—Espero que para mejor —dijo con humor Javi.

—Ya lo creo que sí.

Javi miró a la chica que Eli tenía al lado.

—¿Es tu hermana? —le preguntó.

—Sí, se llama Cris, ¿cómo lo has adivinado?

—Os parecéis mucho, ambas sois preciosas.

Cris enrojeció y notó sus mejilla arder. Javi se arrepintió de haber dicho tal cosa, pues no sabía si era correcto hacer cumplidos a las mujeres de Los Hijos de la Luz. Se sintió incómodo cuando percibió que Cris lo miraba con cierta adoración, Eli también se dio cuenta y creyó ver en los ojos de su hermana la flecha de Cupido. «Problemas» fue la palabra que brotó en la mente de la mujer.

Por su parte, Javi no quiso acaparar a la pareja, ya que los demás invitados querían hablar con ellos, por lo que se despidió y fue en busca de Iván y Lucía para celebrar el enlace.

Alejado del grupo estaba Cobra, que observaba con preocupación a los recién casados. Era de la opinión que Abel había cometido un error casándose con Eli. Había supuesto que una vez que se enterara de la verdad, la rechazaría, pero para su sorpresa había sido lo contrario. Abel era demasiado honrado, digno y con un sentido de la decencia y la responsabilidad admirable y, también, poco común. Intuía que todo unido había provocado que se sintiera responsable de Eli y del hijo que esperaba. No quería que su amigo sufriera y no dejaría que esa mujer lo lastimara más de lo que lo había hecho.

La celebración también tuvo lugar a campo abierto, con el cielo de techo, y duró hasta que anocheció, que fue pronto, y como hacía frío la gente se recogió en sus hogares. A pesar de que los recién esposados habían intentado disimular su tristeza, no lo habían conseguido y a esas horas todos en Valleverde sabían que algo no funcionaba en la pareja. Para la madre de Eli fue demasiado y terminó en la cama debilitada y nerviosa. Le hizo prometer a los demás que no le dirían nada a Eli ni a Abel, pues, si tenían problemas nada más casarse, no quería añadirles la preocupación por su estado de salud.

Abel llevó a Eli al nuevo hogar que compartiría la pareja. Estaba ubicado a las afueras de Valleverde; por suerte Abel había recibido mucha ayuda para terminarla a tiempo. Se trataba de una casa de madera de troncos gruesos y estaba cerca de un pequeño lago, en invierno se congelaba y se podía patinar

por la superficie. A Abel le resultaba práctico tener ese depósito natural de agua para poder regar su huerto y campos durante el verano. La electricidad la proporcionaban paneles solares instalados en el tejado, que a su vez recargaba una batería ubicada en el sótano. De este modo tendrían electricidad siempre, no solo cuando hiciera sol. El hombre no había escatimado esfuerzos en construir una preciosa casa de dos plantas con todas las comodidades.

Era de noche y Eli solo pudo verla iluminada por los faros del coche. Reconoció que era bonita, pero nada que ver con la mansión en la que ella había soñado vivir cuando se estableció en Barcelona. No quiso pensar en lo que había dejado en la gran urbe y se centró en el presente.

Abel abrió la puerta del vehículo y la ayudó a salir, él notó la mano femenina helada.

—¿Tienes frío?

Eli salió del coche al tiempo que prestaba atención a la pregunta. La verdad era que tenía mucho frío y, dado su estado de ánimo, ni siquiera se había dado cuenta.

—Sí.

—Tengo la chimenea preparada, solo hace falta encenderla y conectar la calefacción.

Eli asintió y le reconfortó saber que pronto entraría en calor. Entraron y, en cuanto Abel encendió las luces, Eli comprobó que el interior estaba dotado de todas las comodidades posibles. El salón-comedor estaba unido a una cocina muy *vintage* y amplia. La zona quedaba separada por una barra de desayunar. A Eli le gustó que fuera una estancia práctica, además la habían decorado con gusto. El estilo *patchwork*, tan típico de las mujeres de Valleverde, se desplegaba en cojines, fundas, adornos... Sin duda, Lucía había confeccionado tan bonitos detalles.

—Veo la mano de Lucía, ¿te ha ayudado? —preguntó ella.

—Sí, hace años que estoy trabajando en esta casa y mi hermana fue confeccionado cosas poco a poco. —La miró fijamente—. Te creí cuando me

dijiste que volverías siendo veterinaria y entonces nos casaríamos. Esta casa era mi regalo par ti.

Su tono estaba falto de emoción se escuchaba vacío.

—Estoy aquí y me he casado contigo —farfulló ella temblando de frío, intentando endulzar el ambiente, pero le salió mal.

Abel estaba arrodillado frente al fuego y soltó una sonora carcajada.

—No me hagas reír, ambos sabemos que esta casa y yo te importamos bien poco. Tú prefieres otra cosa, pero ahora es tarde para todo.

Las pequeñas astillas de debajo los troncos ardieron, en minutos se prendería un buen fuego. Entonces, Abel se levantó, se puso frente a ella, la miró y no le gustó que su esposa se encogiera de miedo ante su presencia. Una parte de él se entristeció, pues nunca llegó a imaginar que su primera noche con Eli sería de aquella manera. Sin embargo, otra parte de él se reveló, ella lo había engañado de una manera demasiado dolorosa y tenía derecho a estar enfadado.

—Te prepararé una infusión. Mi hermana nos ha abastecido la cocina de todo.

Eli suavizó su mirada y relajó sus facciones; que él se preocupara por ella le daba esperanza. Abel dedujo sus pensamientos y quiso sacarla de su error.

—No te hagas ilusiones —dijo con desdén—, solo me importa el bebé que llevas en tu vientre. Que caigas enferma no sería bueno para él... o ella.

Eli sintió que el corazón se le rompía en pedazos, optó por sellar los labios, no sabía si algún día se acostumbraría a la dureza con que la hablaba. Se sentó en el sofá de tres plazas, estaba frente al hogar y el calor de las llamas llegaba a ella y calmó su frío. A su espalda escuchaba a Abel en la cocina, no tardó en aparecer con una taza humeante.

—Es poleo —informó él ofreciéndole la taza.

Eli abrió los ojos, como si estuviera sorprendida.

—Todavía te acuerdes que de todas las infusiones el poleo es mi preferida.

Abel se acercó a la chimenea y se dio la vuelta quedando de cara a ella.

—Detrás de la casa hay una pequeña zona donde sembré poleo, te estás tomando la recolección del verano pasado.

Eli miró el líquido caliente, agarró con ambas manos la taza y entraron en calor rápidamente, sintió un gran alivio. Era evidente que Abel siempre había pensado en ella y había tenido el deseo de cuidarla. Saberlo aún la desesperaba más, porque, poco a poco, se estaba dando cuenta del daño tan profundo que le había causado.

Dio un sorbo a la infusión, estaba endulzada con un poco de miel y eso la hacía más sabrosa. Entre el fuego y la bebida caliente sus mejillas tomaron un tono rojizo muy tentador, fue en ese instante cuando se dio cuenta de la mirada de deseo de su marido; la estaba evaluando de arriba abajo y sabía que se la estaba imaginando desnuda. Eli le sonrió de manera pícaro, tal vez el sexo suavizaría un matrimonio que había empezado con mal pie. Por experiencia, sabía que no había hombre que no se amansara después de una buena sesión de sexo, y Abel era un hombre con necesidades que la amaba con locura.

La mujer se inclinó y dejó la taza sobre la mesa auxiliar que había al costado derecho del sofá. Después se levantó y se acercó a su marido; sus pasos insinuantes marcaban sus intenciones, aun así él no la detuvo y cuando ella estuvo a su altura, se puso de puntillas y con la punta de la lengua resiguió los labios apretados de Abel. Este no tardó en relajarse, la tentación ganó la partida y terminó por asaltar la boca de su esposa.

El beso se profundizó, se hizo descarnado y visceral, Eli sabía cómo devorarlo y lo tentó hasta desesperarlo cuando por debajo de la túnica acarició su erección. Su mano abierta presionaba la dureza del interior de sus pantalones y Abel gimió de placer. La quería desnuda, que rodeara su cintura con sus piernas mientras la penetraba como un loco. Eli se atrevió a más y metió su pequeña mano dentro de los pantalones. No tardó en dar con el miembro caliente y lo acarició de arriba abajo, imitando la danza del amor que ella deseaba sentir entre sus piernas.

Hasta entonces solo habían tenido sus momentos privados: besos, abrazos y

algún que otro toqueteo íntimo. A Abel le resultaba tentador que ella tomara la iniciativa, le gustaba que fuera osada, pero no podía olvidarse que eso mismo se lo había hecho a otros mientras él pensaba que estaba estudiando en Barcelona. La traición era bilis en su boca, rechazo en su corazón y rabia en sus pensamientos.

El hombre se sentía demasiado herido y no pudo continuar, puso fin al beso y la separó de él agarrándola por los hombros.

—La habitación de matrimonio está en la segunda planta, a mano derecha en la última puerta del pasillo. Desnúdate y métete en la cama, subo en cinco minutos, ¿entendido?

Era una orden y Eli supo que debía obedecerlo si no quería provocar una discusión. Su seducción no había funcionado y se sintió frustrada, no entendía qué era lo que él quería, por lo que se lo preguntó.

—¿Acaso lo que te estaba haciendo no te gusta? Dime qué es lo que quieres para poder complacerte.

Los ojos de Abel eran punzantes, aun así Eli le sostuvo la mirada.

—Quiero disfrutar del cuerpo de mi mujer a mi manera.

—¿Y cuál es tu manera?

—Sin amor, un trámite, tal como estás acostumbrada.

Eli quiso abofetearlo, pues sus palabras dolían, pero se reprimió y aceptó su desprecio como un castigo a sus mentiras.

—No mentías cuando me dijiste que te convertirías en mi karma.

—¡Justo acabamos de empezar!

A esas alturas, Eli sabía que no le permitiría acercarse a él a fin de recuperar la camaradería que habían tenido en el pasado. Su marido había levantado muros y eran tan fuertes y gruesos que no dejaban espacio para la esperanza. Se preguntó qué podía esperar de su matrimonio y supo que la amargura se haría dueña de su día a día.

Eli subió los escalones como si los pies le pesaran toneladas. La segunda planta parecía ser tan hogareña como la primera, pero no se detuvo a

contemplar los detalles, pues no estaba de humor. Entró en el dormitorio y abrió la luz de las lámparas que había en las mesitas a ambos lados del lecho. Se encontró con una estancia presidida por una enorme cama de hierro fundido, con adornos dorados, pegada a la pared del fondo. El lecho estaba cubierto por un edredón de *patchwork* en tonos malva, grises y azul cielo con sus cojines a juego. Perpendicular a este estaba la ventana vestida con unas cortinas de ganchillo, debajo se hallaba un baúl muy antiguo. Eli recordaba haberlo visto en casa de los padres de Abel cuando estaban vivos, por lo que dedujo que se trataba de una reliquia familiar.

El suelo era de parqué, igual que el de la planta inferior y, aunque era cálido, había una alfombra de grandes dimensiones cubriendo la zona donde se encontraba el armario ubicado en la pared opuesta del lecho. En un rincón, cerca de la ventana, se hallaba un sillón orejero tapizado en terciopelo gris.

El dormitorio desprendía calidez y supo que sería su refugio en el caso de que Abel continuara tratándola con tanto desprecio. Sin perder más tiempo, se quitó la ropa y la dejó bien doblada sobre el baúl. Luego, apartó el edredón y las sábanas, los justo para meterse dentro y cubrirse. Eran tan comfortable que no pudo evitar gemir de satisfacción. Se hubiera quedado dormida en el acto, pero era consciente de que Abel no tardaría en subir y reclamaría su cuerpo. Después de lo que había sucedido frente a la chimenea no sabía qué esperar. De hecho, Abel nunca le había hecho daño, no temía que la golpeará, pero la podía lastimar de otras maneras, ya se lo estaba demostrando.

Los pasos ruidosos de su marido llegaron a ella. Abel entró, su rostro pálido y contraído daban fe de la batalla que se libraba en su interior. Luchaba por no sucumbir ante una mujer pasional que lo había sorprendido con sus eróticas caricias. Sabía cómo tocarlo, cómo tentarlo, pero no iba a dejar que lo engañara con caricias que ella daba con facilidad si la recompensa era buena.

Abel se desabrochó la túnica y se la sacó por la cabeza. Su torso quedó descubierto. Eli se incorporó un poco apoyándose por los codos y abrió los

ojos de par en par, se quedó fascinada ante aquellos músculos demasiado perfectos. El trabajo en el campo, casi diario, había esculpido a su marido de una manera muy viril, casi tenía la apariencia de un guerrero escocés.

El hombre siguió desvistiéndose hasta quedarse completamente desnudo. La mujer contempló la enorme erección alzarse entre una mata de vello claro y rizado. Él era magnífico, nunca había estado con un hombre tan atractivo y provocó que sus ansias de mujer despertaran como nunca antes. Lo deseaba de verdad, más de lo que nunca hubiera llegado a imaginar.

Mientras él se acercaba al lecho, ella lo seguía con la mirada como si estuviera hipnotizada. Su esposo la destapó con brusquedad y su cuerpo dulce quedó a la vista. Su mujer poseía unas formas delicadas, aunque sus pechos eran grandes, estaban muy bien formados, coronados por unos pezones que resaltaban en su piel blanca como dos caramelos de café con leche. En el vértice de sus piernas había una pequeña línea de pelo púbico, tan escasa que no escondían los pliegues de su sexo y se le antojaron deliciosos. Luchó contra la atracción que sentía por aquel cuerpo desnudo, nunca creyó que fuera tan hermosa.

En realidad, ella le pertenecía, podía hacer lo que le viniera en gana, si quería saltar encima de ella y follársela sin piedad a modo de venganza podía hacerlo. La idea le gustó y a punto estuvo de sucumbir, pero su fuerza de voluntad lo mantuvo quieto en el lugar. Los integrantes de Los Hijos de la Luz no eran despiadados con quienes los herían, no existía la venganza en sus corazones, sino el perdón, porque quien no perdonaba, moría por dentro y veía el futuro sin esperanza. Pero no podía perdonarla cuando el dolor eran dientes que se clavaban en su corazón, un corazón que sangraba bilis a raudales.

El hombre llevó su mano al pene. Si ella fuera virgen se hubiera tomado su tiempo, porque era pequeña y él grande, pero no era el caso. Eli sabía muy bien de lo que iba, de modo que no perdió el tiempo. Se colocó encima de su mujer, le abrió las piernas y se ubicó entre ellas. Su sensible glante entró en contacto con el sexo de su esposa, percibió su calidez y humedad y, a pesar de

haber estado con otras mujeres en el pasado, tuvo la sensación de que era la primera vez que tenía esa experiencia. La miró a la cara, todo su rostro hablaba de deseo, era evidente que le gustaba como hombre.

Eli hizo amago de querer acariciar el torso de su marido, pero él la detuvo agarrándola con violencia de las muñecas, que le sujetó por encima de su cabeza. Eli no se debatió y reunió valor para mirarlo a los ojos, contuvo un grito de pánico al descubrir en la oscuridad de sus pupilas lo que él pretendía antes de que se lo dijera.

—No hace falta preliminares, ya sabes de que va —dijo Abel con toda la dureza que pudo reunir en su interior deshecho—. Conmigo no tendrás que fingir que te gusta follar, algo a lo que te debes haber acostumbrado.

—Por favor, es nuestra primera vez, no lo conviertas en un momento amargo. Yo deseo lo contrario...

Tal vez fuera su tono suplicante o su mirada gris desvalida, o todo junto, pero sus palabras lograron filtrar muy adentro del hombre. Abel dejó de agarrarle la muñecas y ella suspiró al sentirse liberada. Hundió sus pequeños dedos en el cabello de él y lo acarició con mimo. Eli miró los labios masculinos con anhelo, pero no se atrevió a besarlos, temía que la rechazara y no podría soportarlo.

Abel restregó su hombría en el sexo de ella y una corriente poderosa circuló por ambos cuerpos. Entró en ella centímetro a centímetro, resbalando por un canal húmedo, tan estrecho y delicioso que le arrancó un gemido descarnado. Ella aceptó su tamaño, lo agarró de los hombros y se arqueó en busca de una cópula profunda mientras la penetraba con ímpetu.

Abel empezó a moverse con fuerza, sus testículos chocaban en la carne caliente de ella, las pelvis danzaban con impaciencia. Él acercó el rostro al de su mujer, quería olvidarse del engaño y besarla hasta quedarse sin aliento, despertarse de su pesadilla y hacerle el amor durante toda la vida. Pero no pudo y se sostuvieron la mirada mientras la embestía con más dureza. Ella no se quejó, al contrario: su vagina pareció tensarse entorno a su miembro,

aquello fue demasiado y un siseo parecido a un gruñido salvaje escapó de la boca del hombre.

—Abel...

Había una música erótica en el modo en que había pronunciado su nombre; Abel la asaltó a empujones, con fuerza y sin pausa, y rogó por que no le gustara tanto. Pero ya era tarde y fue lo contrario: quedó enredado en un placer jamás experimentado. La mujer que tenía debajo era ardiente y se lo estaba dando todo, la notaba tan mojada que era imposible que fingiera y no pudo hacer otra cosa que disfrutar de aquella humedad mientras entraba y salía de su cuerpo.

Eli se agarró a los antebrazos de su marido, el placer que experimentaba la tenía fuera de sí. Su pene la llenaba por completo y sentía su carne erecta exquisitamente caliente, resbalando por todo su sexo arrancándole gemidos intensos.

Hasta que una ola profunda no sacudió a la pareja de arriba abajo no dejaron de jadear con frenesí. Era agradable perder la cordura y recuperarla con las ganas de perderla de nuevo. Pero una vez que todo volvió la normalidad, el dolor y los engaños se interpusieron en la pareja e hizo desaparecer el sabor delicioso que les había dejado la unión en sus corazones.

Sin decir una palabra, Abel se levantó y se dirigió a la puerta con intención de abrirla y marcharse, pero ella lo detuvo.

—¿Adónde vas?

El hombre ladeó el rostro, lo justo para mirarla.

—A otra habitación.

Eli se sentó en la cama, disimuló su desolación.

—¿No dormiremos juntos?

Abel agarró con fuerza el pomo de la puerta, ella vio odio en sus ojos ambarinos, como si lo que hubiera sucedido entre ellos lo hubiera ofendido. Había creído que dormirían abrazados, que algo había cambiado mientras habían estado unidos por sus sexos. No obstante, era evidente que, para él,

había sido una cópula más.

—No necesito tu compañía para dormir —habló él.

—¿Va a ser siempre así?

—Peor.

Abel salió y cerró la puerta de un golpe; estaba desnudo y sintió el aire frío en su cuerpo, pero lo ignoró. Mientras se alejaba escuchó cómo ella estallaba en un llanto desgarrador. Se detuvo a medio pasillo y apretó los puños. Le dolía en lo más profundo que ella llorara, porque la amaba. Qué fácil sería todo si pudiera arrancarse tal sentimiento de su alma. Nunca imaginó que amar íntimamente a Eli fuera algo tan maravilloso. Sus cuerpos se habían fusionado como si siempre hubieran estado destinados a estar unidos. En el fondo, castigándola a ella, se castigaba a sí mismo, pero no podía hacer otra cosa cuando la furia ardía bajo su piel.

Capítulo 8

Hacía frío, el paisaje blanco y la nieve cuajada era un lienzo invernal de silencios. La naturaleza estaba en pausa, dormitaba tranquila, a la espera de una primavera que aún tardaría en llegar.

Era veinticuatro de diciembre al mediodía. Por la noche, todas las familias de Valleverde se reunirían en una cena navideña, pero antes de eso la comunidad, cada año en el mismo día, se reunía en la pequeña plaza del pueblo, para compartir sus alimentos con la gente que debido a las circunstancias pasaban por malos momentos.

Los Hijos de la Luz habían cocinado pan, bizcochos, pollos que habían criado en sus granjas, truchas que habían pescado en el río, boniatos y patatas al horno cultivados en sus huertos. Se trataban de manjares sencillos, pero estaban cocinados con mucho amor. Con su acción deseaban por encima de todo alegrar los hogares en unas fechas tan especiales.

Los hombres de Valleverde habían ubicado mesas en el centro de la pequeña plaza y empezaron a repartir los alimentos. Vino tanta gente que temieron que no hubiera para todos; comprendieron con tristeza que había más gente que otros años pasando por dificultades para alimentarse, sobre todo en las ciudades. La sociedad nunca era justa, siempre había quien tenía en exceso y quien no tenía nada.

Estaban repartiendo las últimas reservas cuando una ligera nevada hizo acto de aparición. A Eli le encantaba ver caer los copos, en otras circunstancias

hubiera reído y hubiera estado ansiosa por que el paisaje se cubriera con nieve nueva, que le permitiría hacer un muñeco y jugar junto a Abel, como hacían cuando eran niños. En aquella época eran felices y nada impedía que se pasaran ratos enteros jugando en la nieve, y no paraban hasta que sus manos quedaban moradas y sus narices rojas.

Sin embargo, Eli estaba lejos de la felicidad, tan lejos que ni siquiera se estaba dando cuenta de que los copos caían sobre su capelina. Estaba entregando la última hogaza de pan y, cuando le dieron las gracias, levantó la vista. Se encontró con un hombre de mediana edad que puso cara de asombro cuando creyó reconocerla.

—Creo que te conozco, tu rostro me resulta familiar —dijo el desconocido.

Ella arqueó una ceja y se centró más en el forastero, se sintió morir cuando recordó: se trataba de un antiguo cliente, de los tantos que complació cuando se escapó a Barcelona aun siendo una adolescente. Por aquel entonces estaba perdida y Abel la rescató de una decisión equivocada. Eli maldijo las casualidades, porque ya era casualidad que en un lugar tan remoto como aquel hubiera acudido un hombre al que conocía por su trabajo. Lo hecho, hecho estaba y no podía borrar un pasado que ahora sentía pesado en sus espaldas.

Eli bajó la vista en un intento patético por que no la reconociera, aun así fue tarde.

—¿Elisa, eres tú? —preguntó el sujeto.

—Disculpe, señor... —Eli casi se atraganta con su propia saliva, se aclaró la garganta antes de continuar—. Creo que se ha equivocado.

El individuo se dio por satisfecho, porque no daba crédito a que una prostituta perteneciera a Los Hijos de la Luz, casi parecía surrealista, imposible del todo.

—Lo siento, la confundía con una...

El forastero se autocensuró en el momento en el que iba a pronunciar puta, de modo que lo dejó estar. Sacudió su cabeza riéndose de su propia estupidez y se marchó dándole las gracias a todo el mundo. Sin embargo, lo que acababa

de ocurrir no había pasado desapercibido a Abel y María.

—¿Por qué has mentido, Eli? —preguntó su madre—. Ese hombre te conoce, te ha llamado por tu nombre.

—No he mentido.

A Eli le temblaba la mandíbula debido a la tensión, pues seguía mintiendo porque consideraba que no tenía alternativa. Decir la verdad era causar dolor, algo de lo que no había sido consciente hasta que había regresado a Valleverde de nuevo, porque su plan había sido quedarse en Barcelona y desligarse de su pasado. Sintió unos ojos clavarse a su espalda y giró el rostro. Se encontró con la mirada acusadora de su marido, nunca antes en la vida sus ojos ambarinos la habían rechazado como en aquel momento. Un latigazo doloroso sacudió sus entrañas, lo peor de todo era que su madre se estaba dando cuenta de la situación entre ellos. Abel, consciente de ello, optó por irse para evitar que María sufriera, en su estado era lo que menos necesitaba.

Al principio quiso marcharse de allí e ir a dar un paseo por los alrededores en busca de tranquilidad. Últimamente, los paseos en solitario le resultaban eficaces, era la única manera de mantener a raya su mal humor. Pero tenía que esperar a Eli para llevarla a su casa, ya bastante preocupados estaban en Valleverde, no hacía falta mostrarles que su vida matrimonial no era feliz.

A esas alturas todos en el pueblo sabían que Eli estaba embarazada. Lo que no entendía la comunidad era que la llegada de un hijo no hubiera hecho dichosa a la pareja. El día de la boda muchos se habían dado cuenta de que algo iba mal y todos estaban preocupados. Algunos miembros de la comunidad intentaron, en varias ocasiones, acercarse a ellos con afán de ayudarlos, pero la pareja siempre evitaba hablar del tema.

Abel se dio la vuelta y vio a Cobra que estaba ayudando a Norma. Habían terminado y estaban recogiendo las mesas y cacharros que colocaban en un carromato tirado por dos caballos. Lo observó unos minutos, nunca había visto a su amigo comportarse con tanta caballerosidad y arrugó el entrecejo. Abel se

acercó a ellos.

—Gracias por tu ayuda —dijo Norma mirando a Cobra; en ese instante vio que entraba en su campo visual Abel y giró el rostro en su dirección—. Hola, Abel, hemos terminado justo a tiempo, ahora puede nevar lo que quiera.

—Cierto, creo que estas Navidades van a ser blancas de verdad. —Miró al cielo gris brevemente y los copos cayeron sobre su cara—. Creo que la nevada será abundante.

—Eso espero, los campos lo agradecerán; si me disculpáis, voy a despedirme de los demás.

Cobra la siguió con la mirada, dejó de hacerlo cuando Abel le golpeó el cogote, tal como le hacía a él.

—¡Eh, chavalote! ¿A qué viene eso?

—La vas a desgastar de tanto mirarla.

—No puedo evitarlo, además hace que me olvide de mis ansias por un cigarro, puedo afirmar que he dejado de fumar.

—Hace tiempo que no veo a Norma tan feliz. Creo que a ella también le gustas.

—No le he puesto un dedo encima, si es eso lo que te preocupa, prometí respetarla.

—No esperaba menos, sé que eres un hombre de palabra.

Cobra se apoyó en el carromato.

—Hace días que tendría que haberme marchado, pero prometí ayudarla en la casa. Reconozco que me gusta demasiado, pero tenerla cerca nos hace más mal que bien.

—Ven a mi casa si quieres, siempre tendrás una habitación para ti.

—Tú y Eli tenéis problemas, yo solo empeoraría las cosas, tú mereces algo mejor que Eli y te lo recordaría a cada momento.

—Ella es mi mujer y...

—La amas, no te preocupes ya acabo yo la frase.

—Sí, la amo, pero eso ya lo sabes.

Cobra le golpeó en el cogote mientras decía:

—Idiota, ¿es esto lo que querías vivir, en la amargura?

—¿Tanto se ve?

—A kilómetros de distancia, chavalote, te gusta torturarte.

Abel ya tenía suficiente, no le gustaba que le recordaran lo infeliz que se sentía.

—Eli es mi problema, no el tuyo.

—Vale, entendido, capto la indirecta: no quieres hablar más del tema.

—No.

—Está bien, pero ten cuidado, mi olfato huele problemas.

Cobra estaba logrando preocupar a Abel, este arqueó una ceja.

—¿Qué quieres decir?

—No lo sé con exactitud, pero tengo un mal presentimiento. Me siento observado y temo que Veneno haya dado con nosotros.

A Cobra ya hacía días que le perseguía dicha sensación. Desde que se había enterado del embarazo de Eli, la situación había cambiado a peor. Él tenía conocimiento de que ella no le había confesado a su compañero que su último amante había sido Veneno, que sería con toda probabilidad el padre, por lo que Abel estaba en peligro tanto como él mismo. Conociendo como conocía a esa sanguijuela de Veneno, y sabiendo de los recursos de los que disponía, casi apostararía su culo que sabía del embarazo de Eli y que dicho hijo era suyo. Su sed de venganza aún se habría hecho más grande en su negro corazón y habría puesto todos sus efectivos en marcha para que dieran con ellos.

—Mantendré los ojos abiertos —dijo Abel.

—Cuando esté seguro de que nada malo os puede ocurrir, me entregaré a la policía.

Abel se quedó mudo debido a la impresión, pero recuperó la voz rápido y no tuvo reparos en decir lo que pensaba.

—¿Estás loco? Te meterán en la cárcel y Veneno atentará contra ti hasta matarte. ¡No lo permitiré!

—¡Joder, tengo que hacerlo!

—¿Por qué te juegas la vida de esta manera?

—Por Norma.

—¿La amas?

—Joder, chavalote, amar es una palabra muy fuerte.

—Ya sabes que si te interesa Norma es para llevarla al altar. Nadie, ni ella, aceptará otra cosa, la lastimarías sin pretenderlo.

—No me digas lo que ya sé, soy consciente de ello.

Abel abrió los ojos como platos, incapaz de creerse que su amigo pensara en casarse.

—¿Estás seguro de que es lo que quieres? Valleverde y Norma son lo opuesto a lo que siempre has tenido en la vida, no sé si te acostumbrarás.

—Hasta que no conocí a Norma y Valleverde no supe que me había equivocado de camino. Tantos años perdidos, tanta sangre, tanto dolor...

Cobra escuchó sus propias palabras en voz alta. El Cobra del pasado se hubiera reído, en cambio el del presente lo cubría una sensación de paz que nunca imaginó que existiera. Miró a su amigo, después a la gente de su alrededor, todos miembros de Los Hijos de la Luz, a cada una de esas personas podía darle la espalda sin temer por su vida. Vivir de aquella manera era como tocar el cielo con las puntas de los dedos. Luego miró a Norma entre los copos de nieve, estaba abrazando a Eli y dedujo que se estaba despidiendo. Sin dejar de mirar a aquella maravillosa mujer, dijo:

—Sí, es lo que quiero. Me entregaré a las autoridades, les ofreceré mi ayuda en la resolución de ciertos asesinatos sin resolver, les mostraré cómo blanquean dinero las principales mafias de la ciudad. A cambio pediré que no me acusen de delitos graves.

—Entiendo, buscas que te reduzcan la pena.

—Exacto, pagaré por mis pecados, me redimiré para ofrecerle a Norma lo mejor de mí.

—Javi, antes de ser médico, fue un excelente abogado, él te ayudará,

hablaré con él.

—Gracias.

—Aún no me las des.

—Para bien o para mal, nada está escrito, solo nosotros nos forjamos el futuro con nuestros actos presentes.

Abel alzó las cejas, su compañero empezaba a hablar como un integrante de Los Hijos de la Luz. Agradeció que Cobra le brindara esos momentos de felicidad, que eran escasos. Miró en dirección a Eli, incluso vestida con un abrigo negro, que la tapaba por completo, y una capelina, que mantenía oculta su espléndida melena rizada, estaba hermosa. La recordó desnuda y su miembro reaccionó, la erección resultó ser dolorosa, porque la deseaba como un loco, de todas las maneras posibles. Desearla con aquella ferocidad tan impropia de él le provocaba la sensación de haber perdido la batalla más importante de su vida. Su semblante cambió por completo, la oscuridad cubrió sus ojos y su sonrisa desapareció para dejar paso a la frustración. Nunca llegó a pensar que amar a Eli doliera tanto.

Las Navidades se terminaron y dejaron paso a un nuevo año. Eli estaba en la cocina intentando preparar una comida decente para mediodía. Ciertamente, sus dotes de cocinera dejaban mucho que desear; desde que estaba casada era Abel quien se encargaba de preparar la comida, limpiar la casa y poner la lavadora. A decir verdad nunca le habían interesado las faenas domésticas, a duras penas sabía coser un botón. Y no se trataba de que su madre no hubiera querido enseñarle, sino que ella siempre se había escapado cuando su progenitora la instaba a formarse.

Mientras pelaba patatas, se arrepentía de no haber querido aprender ni siquiera a freír un huevo. Su vergüenza era todavía mayor por el hecho de que su marido se estuviera encargando del trabajo doméstico. Reconocía que no

era justo y muy egoísta por su parte, por lo que había decidido aprender sobre la marcha.

Eli se estaba poniendo una tirita en un pequeño corte, que se había causado cortando las patatas, cuando escuchó el ruido de un coche. Corrió a la puerta y la abrió, se trataba de sus padres, Abel estaba retirando la nieve de alrededor de la casa y Miquel se quedó ayudándolo. Su madre entró, Eli la ayudó a quitarse el abrigo y lo colgó en el perchero de la entrada.

María contempló el comedor y su rostro mostró sorpresa, pues todo estaba limpio y ordenado. Además, en la chimenea ardía un buen fuego.

—Me alegro, hija, que lo tengas todo tan ordenado, vivir en Barcelona te ha hecho espabilar.

Eli no dijo nada y dejó que creyera que había sido obra suya cuando, en realidad, había sido Abel quien había limpiado, ordenado la casa y encendido la chimenea. El bochorno que sentía por dentro se la comía viva y se prometió hacer todo lo posible por cambiar.

—Mamá, siéntate en el sofá, ¿te preparo una infusión?

—Sí, me apetece un té, ¿tienes?

—Creo que sí.

—Si no tienes, cualquier otra cosa me irá bien.

Eli se fue a la cocina y empezó a calentar el agua mientras registraba en el armario, por suerte había té negro. Cogió una bandeja en la que depositó un bote de miel, azúcar moreno, dos cucharillas y dos tazas en las que colocó sus respectivas bolsitas, echó el agua hervida.

Regresó al comedor, su madre agarró una taza a la que añadió un chorro de miel. Eli se sentó a su lado, se descalzó para sentarse cómodamente en el sofá con los pies doblados y recogidos bajo la larga falda. Miró a su progenitora pensando en lo mucho que la amaba. Ahora que estaba embarazada, se detenía a reflexionar sobre ser madre. No sabía si su hijo o hija la amaría, dado que había renegado de él desde el primer día. Quiso dar un sorbo a su bebida, pero quemaba demasiado y empezó a remover el líquido con la cucharilla.

—¿Cómo te encuentras, mamá?

—Muy bien, hija, pero no vengo a hablar de mí, sino de ti, de Abel y de vuestro matrimonio.

Eli se inquietó, no era un tema del que quisiera hablar, y menos con su madre. Se levantó, se volvió a calzar y se acercó a la chimenea, dejó el té en la repisa y le dio la espalda a María, pues era incapaz de mirarla. La madre supo que su hija no estaba predispuesta a ponérselo fácil. Pero ya llevaba demasiados días preocupada por la tristeza que veía en los ojos de la pareja.

María se levantó, se acercó a su hija y dejó la taza junto a la otra. La agarró con cariño de los hombros y le dio la vuelta.

—Eli, sé que os sucede algo; si no me lo explicas, no podré ayudarte.

—No nos sucede nada, mamá. Abel y yo somos muy felices.

—No me mientas.

Qué difícil se le estaba haciendo a Eli aquella visita, casi prefería que no la hubieran encontrado en casa.

—¡Hasta vamos a tener un hijo! ¿Por qué no íbamos a ser felices? —insistió Eli.

—Un hijo siempre trae felicidad al matrimonio, pero no parece ser vuestro caso.

—Mamá, en serio, déjalo ya, me gusta que vengas a verme, pero no para interrogarme. Cambiemos de tema, por favor.

Era evidente que Eli se sentía agobiada, no sabía cómo gestionar aquel momento.

—En fin... —expresó su madre, sabiendo que no le arrancaría la verdad a su hija—. Algún día tendrás que hablar de ello. No es bueno guardarse tanta pena en el interior, acabará haciéndote daño, y a mi futuro nieto también.

—Si algún día necesito hablar con alguien, prometo recurrir a ti.

Eli en eso decía la verdad, la necesitaba para desempeñar su papel de madre cuando naciera su bebé. La mujer se relajó aliviada porque su progenitora no seguiría presionándola.

—Habrá que preparar el ajuar de mi nieto, o nieta. ¿De cuánto estás?

—De cuatro meses.

María arrugó el entrecejo, aunque tenía tantas arrugas que apenas se percibió. La anciana reflexionó que apenas hacía dos meses que estaba casada, y que cuatro meses atrás ella estaba en Barcelona. No le costó mucho llegar a la conclusión que la tristeza que embargaba a la pareja era debido a eso. María empezó a quedarse blanca y Eli se dio cuenta. En un primer momento no entendió, pero no tardó en comprender que había cometido un desliz al informarle del tiempo de gestación. Los nervios por el interrogatorio de antes le habían jugado una mala pasada. Quiso arreglarlo de inmediato.

—Mamá, me he equivocado, no me hagas caso.

La profunda mirada gris de su madre penetró muy adentro de Eli.

—¿Hará falta que traiga un médico para que confirme de cuánto estás?

Eli tragó saliva, empezaba a asustarse de verdad.

—¿Harías eso?

—Te has pasado la vida mintiendo, siempre disimulé no darme cuenta, pero esto es demasiado grave para ignorarlo. ¡Quiero saber la verdad!

—¡No hay nada que contar!

—¡Mentira! —María la agarró con fuerza del brazo y la sacudió—. ¿Qué has estado haciendo en Barcelona?

—¡Mamá, suéltame, me haces daño!

Madre e hija gritaban tanto que las voces se escuchaban desde el exterior. Abel y Miquel entraron en la casa, se encontraron a María increpado a su hija exigiéndole la verdad a voces mientras la zarandeaba. Abel fue el primero en reaccionar y las separó, se interpuso entre ellas.

María miró a su yerno con ojos suplicantes.

—Abel, necesito saber qué pasa entre vosotros, aunque lo intuyo. ¿De quién es el hijo que espera Eli?

—Es mío —contestó rápidamente Abel.

—Oh, Dios, ¿tú también vas a mentirme? —farfulló con tristeza, se tapó la

cara con las manos y empezó a llorar.

Miquel, viendo que la situación empeoraba a cada segundo que pasaba, se acercó a su esposa y le dijo:

—Vamos a casa, ya hablaremos con ellos otro día.

María se limpió las lágrimas y se enfrentó a todos.

—¡No pienso irme hasta que me digan la verdad! Eli nos ha engañado a todos, no ha tenido piedad...

Fue terminar de hablar y María empezó a encontrarse mal, no era más que el preludio de un nuevo ataque. Si no hubiera sido por su marido, que la sostenía en un abrazo, se hubiera caído al suelo.

—Me ahogo... —dijo la anciana en un hilo de voz—. Me duele el pecho.

La tumbaron en el sofá, Abel se dio cuenta enseguida de que era grave.

—Tenemos que llevarla al hospital ya. Voy a por el coche.

Dicho esto salió como alma que persigue el diablo. Eli se acercó a su madre y se arrodilló, la agarró de las manos.

—¡Mamá, mamá!

Pero ya era tarde, las palpitaciones de su corazón, un corazón cansado, que ya venía anunciando hacía días que ya su final estaba escrito, daba sus últimas pulsaciones cardíacas. María apenas era consciente de nada, ya no escuchaba, solo sentía que una luz brillante y cálida la abrazaba y la hacía flotar. Las campanas celestiales sonaron en su interior.

—Aguanta un poco... —dijo su esposo, miró en dirección a su hija—. No has parado hasta matar a tu madre.

Eli se levantó y dio varios pasos atrás, impactada por las palabras de su padre, que habían hecho mella en ella. Se llevó las manos a la boca, era incapaz de hablar, el brazo de su madre colgaba del borde del sofá y su pecho ya no subía ni bajaba: había dejado de respirar. De pronto el crudo invierno entró en aquella casa.

Veneno salió de la ducha y, aún mojado, se miró en el espejo de su lujoso baño. Se sentía orgulloso de que su ojo de cristal provocara pavor. Se lo sacó y a la vista quedó un agujero cóncavo que aún daba más repelús. Sin embargo, él veía belleza, porque encontraba en la destrucción su inspiración.

Se secó rápidamente y se dirigió al cuarto. Su humor cambió cuando vio a la prostituta que había contratado la noche anterior durmiendo en la cama. Se habían emborrachado y se la había follado toda la noche, pero después de saciar sus instintos más animales, le molestaba verla en su cama cubierta con sábanas de seda. Consideraba que esas sábanas valían más que la mujer que cubría.

Se acercó a ella, cogió la botella medio llena de tequila de la mesita y se la vació encima de la cara. La chica se despertó de golpe.

—Vieja, lárgate de una puta vez.

La mujer se levantó sin quejarse y agarró rápido su ropa del suelo. Como tenía resaca, salió dando tumbos de la habitación y no cerró la puerta, cosa que lo enfureció todavía más. Veneno quiso matarla allí mismo golpeándole la cabeza contra la pared, hasta que sus sesos salieran del craneo. Sin embargo, decidió no hacerlo, ya que se ensuciaría de sangre y no le apetecía bañarse de nuevo.

Veneno no tenía consideraciones hacía las mujeres en general, a las que comparaba con trozos de carne. A su madre la mató con sus propias manos cuando se enteró de que quería ingresar a su hermano Baby en un centro para enfermos mentales. Fue fácil; que le hubiera dado la vida a él y a su hermano no le daba derechos. Baby era la única persona a la que había querido y su muerte no quedaría sin castigo.

Sin embargo, ahora tenía un aliciente para vivir, pues Eli esperaba un hijo que, con toda seguridad, debía ser suyo. Cuando naciera, se aseguraría con una prueba de ADN que le pertenecía, si era el padre, nadie lo separaría de él y quien lo intentara acabaría con sus huesos en el cementerio. Tenía grandes planes para su hijo, quería que fuera como él y que, con el tiempo, se

convirtiera en su mejor aliado, tal como lo fue Baby.

Cogió su móvil y miró las fotos que tenía de Eli desnuda. También ella merecía morir, como su propia madre, por traicionarlo. Nunca había mimado tanto a una mujer como a Eli, pero la chica lo valía, pues era muy pasional y a él le encantaban las mujeres fogosas. Pero ya no le interesaba la pasión de Eli, solo la mantendría viva hasta que naciera el bebé que llevaba en su vientre.

Por suerte ya había dado con su paradero. No había sido fácil descubrir que formaba parte de una comunidad religiosa en Valleverde. Había tenido que recurrir a los informes policiales cuando Abel fue a prisión. Además, que Iván Mayer estuviera casado con Lucía le había dado mucha información, pues las revistas cotillas habían llenado páginas enteras de cuando el rico empresario la trajo a vivir a Barcelona.

En un primer momento había decidido asaltar el pueblo y arrancarle a golpes a los Hijos de la Luz el paradero de Eli. Pero después de mucho meditarlo, sus pensamientos mutaron y comprendió que la muerte de Baby merecía una venganza que estuviera a su altura y que sirviera de ejemplo a los que tuvieran pensamiento de traicionarlo.

—Buenos días —dijo un hombre mulato muy grande postrado en el umbral de la puerta sin cerrar.

Veneno se estaba poniendo los pantalones, miró en dirección al sujeto y levantó la mano a modo de saludo.

—Ey, *brother*, ¿traes algo nuevo? —preguntó el delincuente mientras se abrochaba la bragueta.

—Sí.

Se acercó y le entregó un sobre a Veneno. Este lo abrió, se trataba de fotos, sacó unas cuantas y las miró. Eli, Abel y Cobra salían en ellas.

—Buen trabajo —dijo satisfecho Veneno.

Hubo una foto en la cual salía Cobra y una mujer que él no reconoció, que le llamó mucho la atención. Le extrañó la mirada de adoración de Cobra y dedujo que sentía algo por aquella fémica. Sonrió.

—¿Sabes como se llama esta mujer? —le preguntó al mulato, enseñándole la foto en cuestión.

—No, pero podemos averiguarlo.

—Ponte enseguida. Cuando sepamos quién es, pondremos el plan marcha.

—Le palmeó el hombro con efusividad—. ¡Nos vamos a divertir, *brother*!

El aludido sonrió y quedó a la vista su dentadura blanca, que parecía más blanca debido a su tez oscura. Veneno terminó de vestirse, el día empezaba bien. Pronto la zorra de Eli estaría en su poder y Cobra y Abel pagarían por matar a su hermano.

Capítulo 9

A la madre de Eli la enterraron en el cementerio de Valleverde. No se trataba de un cementerio tradicional; Los Hijos de la Luz seguían su propio instinto y llevaban sepultando a sus difuntos de la misma forma durante siglos, porque creían en la vida después de la muerte.

En un ataúd de pino sencillo se hallaban los restos de María. Francisco Viña inició la ceremonia con un discurso emotivo sobre una mujer que lo dio todo en vida. El líder hizo hincapié en que la muerte del cuerpo nada tenía que ver con la del alma. Esta sería puesta en otro cuerpo hasta llegar a las ciento ocho existencias, ofreciéndole la oportunidad de seguir su trabajo espiritual hasta alcanzar la maestría divina, que la llevaría a unirse con la luz celestial.

Después de las palabras siempre sabias de Francisco, llegó el turno de la familia y los demás integrantes de Los Hijos de la Luz. A través de versos o frases expresaron su amor hacia una mujer que todos echarían de menos.

Abel y los demás hombres del pueblo cavaron una tumba en una tierra que tuvieron que descongelar prendiendo fogatas. Todos ellos eran varones jóvenes y fuertes y no tardaron en conseguir sus objetivos.

A continuación abrieron el ataúd, la difunta estaba envuelta en varios velos blancos y la depositaron en el hoyo, entre cantos espirituales. Luego, todos los habitantes, sin excepción, empezaron a cubrir a paladas la tumba. Cuando casi estaban, el grupo de personas se hicieron a un lado para dejar paso a Francisco. Llevaba un pequeño roble en las manos que depositó en el hoyo

aún por llenar de tierra.

El roble quedó plantado, crecería y se haría fuerte a pesar de las inclemencias meteorológicas. A ese árbol se le bautizaría con el nombre de María, como un recordatorio de que en Valleverde vivió una Hija de la Luz que brilló para todos. Seguidamente, se rezó un Padre Nuestro en honor a todos los robles que había en aquel campo. Cada cual tenía su nombre y representaba el esfuerzo que había hecho la persona en vida por mejorar como ser humano. Una tarea nada fácil cuando en la cabeza de cada individuo había tantas voces que los llevaban a transitar por el mal camino. Los Hijos de la Luz siempre predicaban que había que aprender a pensar con el corazón y a sentir con la mente.

Todo terminó y las gentes de Valleverde se marcharon a sus respectivos hogares. Antes de meterse en sus camas, rezarían una última oración, con la esperanza de que la difunta apareciera en sus sueños para que pudieran despedirse de ella.

Ciclos que terminaban y otros que recién habían empezado. Eli era consciente del ser que llevaba en su seno. Nunca hasta entonces había tomado tanta conciencia de la vida y la muerte, sobre finales y principios. Su dolor era grande, y más teniendo en cuenta la manera en que había muerto su madre. Sin duda, a partir de ese momento el tiempo se le haría más largo y duro porque se sentía culpable. Solo le quedaba llorar por la pérdida y reír por los recuerdos que le había dejado. También podía vaciar su corazón y cerrar los ojos al amor, o abrirlos por la nueva vida que se abría paso en sus entrañas. Estaba segura de que su madre querría que no le diera la espalda al futuro, y eso haría, no podía venirse abajo.

Eli y Abel decidieron quedarse un rato más en la casa familiar de la difunta. Sus hermanos pequeños llevaban mal la muerte de la madre y les haría falta tiempo para hacerse a la idea. Cris, siempre tan hacendosa, preparó chocolate caliente para todos. Eli se acercó a su padre, la necesidad de consolar su dolor era nuevo para ella, pues siempre había estado más pendiente de sus

necesidades que de la de los demás. Le sirvió una taza de chocolate.

—Papá, Cris me ha comentado que no has probado bocado desde ayer. Toma esto caliente, te sentará bien.

Miquel ignoró a la hija, estaba sentado frente a la mesa. Sus brazos descansaban sobre la superficie y tenían pegada la mirada en el mantel que había cosido su esposa. Acarició los bordados con infinita delicadeza, tuvo la sensación de que la tocaba a ella. Recordaba haberla visto delante de la chimenea en las largas tardes de invierno confeccionando tan exquisita pieza.

—Papá, por favor... —insistió Eli.

Su progenitor pareció tomar conciencia, se levantó de golpe y la miró como si quisiera estrangularla. No podía evitarlo, no era correcto tener tales pensamientos, porque Eli era su hija e iba en contra de la bondad de Los Hijos de la Luz desear el mal. Además su corazón se rebelaba contra un sentimiento más propio del demonio. Pensar en ello logró calmarlo, pero sus ganas de perderla de vista eran enormes.

—Vete ahora mismo de esta casa, no quiero verte más.

Lo dijo tan duramente que Eli palideció, era evidente que la culpaba, pero haciendo honor a la verdad no podía recriminárselo. Fue demasiado para el corazón de su madre enterarse de que su hija estaba embarazada de otro.

Abel fue consciente de una situación tan tensa que el aire parecía espesarse y pesaba sobre sus cabezas. Se interpuso entre padre e hija, no con intención de desafiar a su suegro, más bien porque quería proteger a su mujer de un dolor que Miquel había focalizado en su hija erróneamente. Abel decidió intervenir, deseaba, por encima de todo, que el anciano razonara antes de que fuera tarde y el odio echara raíces en su persona.

—Nadie tiene la culpa de la muerte de María, le llegó su hora. No intentes buscar un culpable como si de un asesinato se tratara, porque te estarás sentenciando a ti y a todos tus hijos a un futuro amargo.

Miquel escuchaba con atención, agradeció sus palabras, aunque no se lo dijo, puesto que su dolor era demasiado grande y no tenía ganas de nada, salvo

de quedarse solo para librar una batalla. Una de esas batallas silenciosas donde no había balas, pero que destrozaba por dentro. Admitía que María llevaba días que no se encontraba bien, era como si su cuerpo se hubiera estado preparando para exhalar el último aliento. Pero no podía evitar echar la culpa a su hija, porque cuando veía a Eli recordaba el momento exacto en que su esposa se había derrumbado para siempre. Con todo, no quería que el odio se apropiara de él, por lo que se dio la vuelta y se marchó a la habitación.

Eli aguantó las lágrimas, ella y Abel ayudaron a Cris a preparar la cena para Pere, Carles y Ferran, pero ese día todos parecían tener el estómago cerrado. Después de lavar los platos, Eli y Abel se marcharon a su hogar. Ella no dijo ni una palabra durante el trayecto, mantenía sus puños cerrados sobre su regazo en un gesto tenso. Además tenía la vista fija, al frente en la oscuridad del paisaje. A Abel le dolía verla tan derrotada y perdida.

—Tu padre necesita tiempo, no se lo tengas en cuenta —dijo él sin apartar la mirada de la conducción.

Hubo unos segundos de silencio.

—¿Decías la verdad cuando le aseguraste a mi padre que nadie tiene la culpa de la muerte de mamá?

—Claro que sí —respondió de inmediato.

—Entonces, ¿por qué no puedo dejar de pensar que por mi culpa ha muerto? —Un suspiro largo y pesadoso salió espontáneamente de su boca—. Me gustaría regresar a nuestra infancia, los problemas no existían por aquella época, solo pasárnoslo bien haciendo travesuras.

—Todo tiene un principio y un final. La vida hay que afrontarla, no la evites.

—Lo sé, solo que si pudiera regresar al pasado no cometería los mismos errores...

Abel la miró de reojo unos segundos y apreció las lágrimas descender por su bonito rostro. Se trataba de un llanto silencioso, sin aspavientos, de esos

que te rompían por dentro. Estaba seguro de que ella pensaba en las veces que se había peleado con sus padres, o cuando se escapó y terminó ejerciendo la prostitución, o cuando mintió sobre sus estudios con el fin de vivir una vida de lujo en Barcelona. Decisiones erróneas que ahora le pasaban factura, aun así era bueno que ella tomara conciencia de lo que había provocado no solo en sí misma, sino en la gente de su alrededor.

Abel detuvo el coche dentro del cobertizo que había pegado a la casa, Eli abrió la puerta y salió tan deprisa que él no pudo detenerla. La observó correr y él la siguió. Entró en el mismo momento en el que escuchaba un portazo que venía de la planta superior y supuso que se había encerrado en el dormitorio. Llevado por lo que sentía, subió y entró en la habitación, una habitación que no había vuelto a pisar desde la noche de bodas. Se encontró a su mujer boca abajo en la cama llorando con desconsuelo. Se acercó y se sentó a su lado y ella, al percatarse de su presencia, se incorporó y abrazó a su marido como si fuera un salvavidas. Abel se quedó impresionado, dejó que ella derramara lágrimas de tormenta sobre su hombro.

Eli necesitaba un pecho donde llorar y eso le ofreció su marido. Cerró los ojos y rememoró el pasado cuando Eli y él estaban unidos y ella huía llorosa de su casa porque su padre la había regañado por no ayudar a su madre en las tareas domésticas. Y él la abrazaba como en ese momento, pero por aquel entonces sus lágrimas eran de rebeldía, en cambio, el llanto que escuchaba en ese instante eran lágrimas que derramaba un corazón roto. En parte se sintió culpable, era consciente de que él la estaba castigando a diario con su silencio por sus mentiras.

Abel desvistió a Eli y la metió en la cama, ella lo agarró por los antebrazos.

—Por favor, quédate conmigo, no quiero estar sola esta noche. Te necesito.

El hombre asintió, esa noche sería el marido que siempre había querido ser para Eli. Se desvistió y se metió en la cama junto a su mujer y la abrazó. Ella siguió llorando, necesitaba purgar su dolor, hacerse a la idea de que nunca más vería a su madre.

Un día soleado de invierno entraba a chorros por la ventana del dormitorio. Los rayos de sol con movimientos lentos alcanzaron el lecho de Abel y Eli. La mujer se desperezó estirando su cuerpo al máximo y bostezando a pierna suelta. Palpó a su costado buscando a su marido y su lugar estaba vacío. La noche anterior ella estaba deshecha por el dolor y él la abrazó, consolando sus lágrimas, tal como haría un hombre enamorado. Abrió los ojos de golpe, suspiró decepcionada porque él no estaba. Supuso que se había levantado pronto porque debía ordeñar las vacas y las cabras.

Miró hacia la ventana que era un rectángulo de luz perfecto. Su mirada se perdió en aquella claridad capaz de iluminar las sombras del alma. Pensaba en las mentiras dichas. Pensaba en el sufrimiento causado. Pensaba en las imprudencias cometidas. Pensaba en el amor de Abel y lo poco que siempre lo había valorado. Sí, pensaba en el pasado, ese pasado que ella no podía borrar y que le pesaba, lo reconocía, y pensar en ello le hacía daño, porque se daba cuenta de la Eli superficial en la que se había convertido.

Eli empezó a vestirse meditando en el cambio interior que estaba experimentado casi sin darse cuenta. Mucho tenía que ver Abel, pues la amaba de verdad y ella lo había decepcionado. En su defensa podía alegar que nunca había creído en el amor perfecto, pero su marido le estaba demostrando que sí existía y que no se trataba de una quimera.

A toda costa quería recuperar lo que había perdido y solo conocía una manera: seduciéndolo con sus caricias. No sabía si funcionaría, pues la verdad era que Abel tenía derecho a mantenerla alejada de su corazón por la manera en que había tratado su amor. Sin embargo, tenía fe, porque sus caricias serían verdaderas y no fingidas como siempre había hecho con sus amantes.

Ya casi estaba lista para salir de la habitación y plantarle cara a un nuevo día. Se miró en el espejo, su vestido negro y su capelina no la dejaban ser una mujer sensual, y temía que no fuera suficiente para conquistar a Abel. No

quiso pensar en la posibilidad de fracasar, pues se angustiaba. Se acordó de su madre y en lo mucho que necesitaba sus consejos ahora que quería hacer las cosas bien. Qué estúpida había sido al no aprovechar el tiempo mientras estuvo viva, pero aún le quedaba su padre y no quería cometer el mismo error. El día anterior le dolió que su progenitor la odiara con la mirada, aun así, verlo destrozado por el impacto de perder el amor de su vida, le había hecho comprender lo valioso que era amar y sentirse amado. Desde luego que no le recriminaría su ataque de furia en contra suya y se esforzaría por comprenderlo y amarlo, tal como era, con sus defectos y virtudes.

Eli se sorprendió, pues la Eli del pasado se hubiera enfadado con su padre, lo hubiera odiado para siempre, hasta el punto de no querer verlo en lo que le quedaba de vida. Contuvo el aliento, le gustaba esa manera nueva de pensar y deseaba que siempre fuera así, le proporcionaba equilibrio mental y tranquilidad interior, pues su conciencia le advertía que iba por buen camino. Tomó la determinación que su nueva vida empezaría en ese momento y la Eli del pasado la desterraría para siempre.

Eli bajó los escalones y se encontró la chimenea encendida, el ambiente se había caldeado. Sonrió, Abel era un amor y tenía ganas de sorprenderlo también, por lo que fue a la cocina dispuesta a prepararle un buen desayuno. Pero sus esfuerzos no se vieron recompensados por falta de práctica y por falta de conocimientos. Las tostadas le quedaron quemadas y las tortillas no tenían aspecto de tortilla, sino que parecían unas gachas mal hechas a las que le había echado excesiva sal; comérselas equivaldría a que la tensión se disparara. El bizcocho de coco no estaba esponjoso, si acaso parecía que le había pasado el rulo de una apisonadora por encima. Ella intentó unir los trozos, pero ni con eso quedó algo decente y terminó tirándolo a la basura. Lo único que gozaba de perfección era la mesa con su mantel bordado —regalo de su difunta madre—, platos, cubiertos y vasos.

—Al menos sé poner la mesa —dijo con desánimo.

Se dio la vuelta y la cocina tenía un aspecto desolador. Cacharros sin lavar,

cascaras de huevos, leche derramada, harina por el suelo, la sartén quemada, y un largo etcétera de desorden en estado puro. Eli estaba probando la hiel del fracaso y se desanimó. Se sentó en el sofá y se dejó caer en la mullida superficie, hundió el rostro en un cojín sintiéndose la mujer más desastrosa del mundo. Casi al instante notó que una mano acariciaba su espalda, se incorporó, estaba tan absorta que no había escuchado que su marido acababa de entrar en el hogar.

—¿Eli, qué te pasa?

—¿Acaso no lo ves? —dijo señalando la zona de la cocina—. Yo quería darte una sorpresa preparándote un buen desayuno, pero soy un desastre.

Abel miró la cocina, parecía que había estallado una bomba, hizo una mueca torcida y ella lo interpretó como un gesto de rechazo. Empezó a llorar de nuevo, incapaz de arreglar el desastre que había originado.

—No te lo tomes tan a la tremenda, en serio que me siento complacido que quisieras darme una sorpresa, lo que vale es la intención.

Eli se sonó la nariz, él la contempló y lo miraba con tanta culpabilidad, como si no saber cocinar fuera lo más grave del mundo. Le vinieron ganas de reír, tuvo que esforzarse en que no se le escapara las carcajadas.

—Quiero aprender —dijo ella.

—Y lo harás, yo te enseñaré. Si no me muero de inanición antes, claro —afirmó con humor mientras miraba los platos vacíos de la mesa.

Eso provocó que Eli dejara de llorar y riera, en un gesto instintivo abrazó a su marido, este acarició la espalda de su mujer con cariño. Eli se echó para atrás con intención de mirarlo a los ojos, en el brillo ambarino de su mirada se reflejaba el deseo. La mujer pensó que aquel momento sería bueno para seducirlo y ganarse su perdón.

Eli tomó la iniciativa y acarició el rostro de Abel, su mano pequeña y tibia fue descendiendo por el torso en un ligero vaivén seductor, y no se detuvo hasta llegar al ecuador de su anatomía. Se colocó de rodillas, entre las piernas de él. Este no la detuvo, no escondió su sorpresa y su agrado, que le sirvió a

Eli para ser más audaz. Poco a poco sacó el miembro de su marido, que ante la expectación ya esta duro como el acero. Eli pudo apreciar las venas surcarlo de arriba abajo, su glande se había hinchado y tenía un color violáceo brillante. Eli sonrió ante aquel miembro tentador, el problema era su tamaño, pues temía que no le cupiese entero en la boca.

Eli lamió la punta con exquisita devoción, enseguida pasó su lengua por el glande una y otra vez, un sabor salado y agradable inundó su paladar. Abel echó la cabeza hacia atrás y gimió de placer como respuesta a lo que su mujer le hacía. Eli se introdujo la punta y él movió sus caderas adelante, penetrando en la boca de ella centímetro a centímetro. Cada jadeo del hombre provocaba en ella un ansia de querer comérselo entero y, lejos de retirarse por su gran tamaño, abrió la boca hasta el límite y logró abarcarlo en toda su totalidad.

Eli tomó aire y agarró el miembro desde la base, lo acarició imitando los movimientos del apareamiento, entrando y saliendo de su boca húmeda. Abel la ayudó y movió sus caderas a un ritmo lento, pero sin detenerse. Todo él sudaba, lo cierto era que luchaba por controlarse, pues tenía la necesidad de agarrarla de la nuca como un salvaje y enterrarse hasta su garganta. La lengua de su mujer estaba hecha de miel caliente y cada embestida era una delicia que le ponía la piel de gallina y le tensaba los testículos produciéndole un dolor placentero.

Darse cuenta que ella tenía tanto poder sobre él, solo con utilizar sus manos y su lengua le asustó sobremanera. Quiso levantar muros y, en un acto de defensa, salió de su boca y se levantó. Fue hacia el fuego y le dio la espalda mientras se abrochaba los pantalones y recuperaba la respiración. Analizó lo que acababa de suceder: la verdad era que siempre había soñado que Eli le diera placer con su boca. Pero no podía sacarse de la cabeza las mentiras y en las circunstancias en las que se habían casado. Su esposa era una mujer con experiencia, se lo acababa de demostrar, y comprendía con dolor que ella utilizaría su erotismo para manipularlo, tal como había hecho en el pasado, que había logrado engañarlo sin que sospechara nunca nada.

—Solo quería darte placer... —dijo ella en un susurro al comprender que él huía de ella; se levantó—. No te ha gustado, lo siento.

Abel quería gritar de impotencia, su rostro se ensombreció ante la evidencia. Si ella supiera lo mucho que le gustaba y que lo estaba volviendo loco con su boca, estaría perdido y sabría que podría hacer con él lo que quisiera. Abel necesitaba quedarse solo y recomponerse, quería olvidarse del placer que Eli provocaba en sus entrañas. Debía buscar la tranquilidad que había perdido y salió de la casa sin mirarla siquiera, decidido a trabajar hasta la extenuación. Era la única manera de dejar de pensar en Eli, en lo mucho que la amaba y en el placer abrumador que ella le proporcionaba.

Entre tanto, Eli se quedó unos minutos más de pie, mirando la puerta cerrada por la cual su marido acababa de salir. Le dolía su silencio, que la ignorara y se sintió estúpida por creer que la seducción sería su arma, la única capaz de atraerlo a sus brazos. Definitivamente estaba fracasando y darse cuenta de ello la hundió en un pozo oscuro y frío. Estaba perdiendo a Abel.

En un acto desesperado corrió detrás de su marido. Se lo encontró en el cuadra de las cabras, les estaba renovando la paja seca para que durmieran secas y calientes. Abel se dio cuenta de su presencia, pero la ignoró.

—Me duele que me rechaces, dices que me quieres, pero no es cierto, porque el amor no causa dolor.

—Quiero estar solo.

—Y yo necesito que me escuches.

Abel dejó de apilar paja y se acercó a ella.

—Está bien, pero que sea rápido.

Eli se sentó en una bala de alfalfa.

—Quiero cambiar, ser una buena esposa para ti, pero me lo pones difícil.

—¿Cómo sé que no estás mintiendo? ¿Cómo sé que tus caricias, tus palabras son verdaderas?

—No miento, huyes de mí como si de la peste se tratase y no me dejas demostrarte que podemos ser un matrimonio de verdad. Quiero que tengamos

lo que teníamos antes, te echo de menos, echo de menos nuestra complicidad.

A ella se le llenaron los ojos de lágrimas, intentó contenerlas respirando hondo.

—Déjalo, Eli, resulta doloroso recordar los tiempos felices y la manera en que los destrozaste con tus mentiras. Prefiero mantenerte alejada por mi propia seguridad.

—Pero ¿por qué? No lo entiendo.

Abel se sentó a su lado.

—Si hubiera sido yo el que te hubiera engañado, ¿te fiarías de mí?

Eli torció la boca, decidió decirle la verdad.

—No.

—Entonces no hay nada más de que hablar.

Se levantó dispuesto a dar la conversación por terminada.

—¡Ah! —gritó Eli al sentir un movimiento en su vientre.

Cruzaron sus miradas, los ojos de asombro de la mujer preocuparon aún más a Abel.

—¿Te encuentras bien, Eli?

Ella no podía creerse que ese ligero cosquilleo que percibía en su barriga fuera el bebé que se movía. Una sensación de plenitud la cubrió de arriba abajo y quiso compartir esa maravillosa experiencia con su marido.

La mujer tiró de la mano de Abel, obligándolo a sentarse de nuevo a su lado; le posó su palma sobre su vientre.

—Se mueve... —dijo emocionada.

Abel notó en la palma de su mano unos ligeros vaivenes. Era tan maravilloso percibir la vida agitarse que se quedó sin palabras.

—Lo siento tanto —dijo ella en un susurro quebrado—. Nunca creí que fuera tan maravilloso.

Abel vio en la mirada de su mujer un arrepentimiento profundo.

—¿Tú crees que el Cielo y el bebé me perdonaran por haber deseado que no naciera?

Abel acarició la mejilla de Eli con sus nudillos. Era la primera vez en mucho tiempo que contemplaba la verdad brillar en los ojos de su mujer. Empezaba a creer que ella estaba cambiando, que todo lo que había pasado desde que llegó a Valleverde la había hecho madurar y comprender que las mentiras hacían daño.

—Claro que sí que te perdonarán, seguro que ya ni se acuerdan —dijo con humor en un intento de quitarle tensión de encima—. Serás una mamá maravillosa, y muy guapa, por cierto.

El amor de madre a floraba en el corazón de Eli, dos soles relucientes se habían instalado en sus pupilas.

—Seré mamá —habló Eli, tomando conciencia en su boca de la enorme dimensión de la palabra «mamá»—. Y tú serás un padre excelente.

Abel sonrió de felicidad, ese hijo era de ambos, porque el amor no conocía de lazos de sangre, el amor se sentía con todos los sentidos y dejaba una huella que jamás desaparecería. Ese pequeño milagro, que crecía en las entrañas de su mujer, era su hijo y muy pronto formarían una familia. En aquel instante, Abel se sintió feliz junto a su esposa compartiendo un momento tan íntimo, quiso saborearlo y no dejó que ningún mal pensamiento lo azotara. La sombra del engaño pronto lo cubriría de nuevo y necesitaba unos minutos de fe de donde agarrarse.

Era casi de noche, una ligera nevada caía en Valleverde. Los copos de nieve se posaban en silencio en un suelo blanco. El paisaje era una colcha blanca que deslumbraba por su pureza. Aquella paz inspiraba y renovaba las mentes más crispadas, Cobra respiraba aquella tranquilidad con la certeza de que nunca se había sentido mejor. Hasta entonces no se había dado cuenta de que su capacidad para soñar se había marchitado por la vida que había decidido llevar. Con sorpresa experimentaba una renovación interior de la fe perdida

casi milagrosa, hasta el punto de creer que su vida podía cambiar para mejor si tomaba las decisiones correctas.

El hombre no tenía la intención de entrar en casa hasta terminar de astillar toda la leña. Le encantaba ayudar a Norma, y sentía que aquella vida era todo lo que él había estado buscando sin saberlo. Sin embargo, reconocía que no podía dejar su pasado criminal sin más, pues ese mismo pasado lo perseguiría y pondría en peligro a Norma y a Abel.

Para evitarlo estaba decidido a entregarse a la policía, Abel le había presentado a Javi y, para su sorpresa, su primera impresión había sido muy buena. Teniendo en cuenta que su estima por los abogados era nula, que hubiera uno que empezaba apreciar por su sinceridad y porque era buena persona, le daba esperanzas. Javi le había garantizado que empezaría a revisar su caso, solo quedaba decidir cuándo se entregaría. De todos modos, no pensaba hacerlo hasta saber con certeza que, si se marchaba, nada malo les sucedería a las personas que quería.

Haber vivido entre delincuentes toda la vida y haber sobrevivido, muchas veces, por los pelos lo habían dotado de una intuición asombrosa. Y esta vez su olfato de criminal le advertía que algo no iba bien, pues demasiada tranquilidad había a su alrededor y conocía a Veneno lo suficiente para saber que estaría removiendo cielo y tierra para dar con él, y por ende con Abel y Eli. No era descabellado pensar que las ganas de Veneno por vengarse serían tan grandes que estaría urdiendo algún plan, de ahí su silencio. Antes de hacer aparición querría tenerlo todo atado y bien amarrado para no fallar en su venganza.

Cobra terminó de astillar el último tronco, se aseguró de que no hubiera ninguno demasiado grande, pues quería que Norma no tuviera problemas en el momento de trasladarlos a la chimenea. Luego, con premura, ya que casi estaba oscuro, los apiló en el leñero que él mismo había construido. De esta manera, aunque nevara o lloviera, los leños se mantendrían secos.

El hombre entró en la casa, ya estaba oscuro y la nevada había aumentado

de intensidad, lo recibió el aroma delicioso a sopa de verduras. Con una sonrisa en la boca reconoció que Norma era una mujer muy hacendosa. Sabía cocinar y coser como si fuera una experta costurera, le había arreglado ropas que eran de su difunto marido para que cupiera en ellas. No sabía cómo había logrado que prendas pequeñas se adaptaran a su gran cuerpo. Además resultaban muy confortables, casi podía asegurar que nunca había llevado ropa más cómoda que esa.

Se dirigió a la cocina y la halló amasando un sencillo pan que cocería rápido en una sartén. Ella levantó la vista y se encontró con los ojos rasgados de Cobra. A pesar del tiempo que había pasado desde que lo conociera, aún esa mirada la hipnotizaba.

—Ya he terminado, tendrás leña lista y seca para muchos días.

Ella le sonrió sin dejar de amasar.

—Gracias.

Se dio cuenta de que tenía la camisa de franela empapada y supuso que se trataba de una mezcla de sudor y nieve desecha. Norma se limpió las manos y se acercó a él.

—Oh, tienes que cambiarte la camisa si no quieres coger una pulmonía.

—No tengo frío, al contrario, después del esfuerzo y de sudar, me encuentro de maravilla.

—No te hagas de rogar y hazme caso.

Norma desabrochó la camisa y, cuando observó su piel desnuda, su deseo de mujer se abrió como una flor de loto. Sus miradas se cruzaron y ella acarició el torso del hombre, notó cómo él aguantaba la respiración. Él barajaba la posibilidad de detenerla, pero no pudo, pues le gustaba demasiado sentir sus pequeñas manos sobre su piel.

Norma empujó la camisa hombros abajo, la prenda cayó al suelo. En un momento de valentía ella se puso de puntitas y rozó la piel de sus labios delicados con los de él. Se tomó todo el tiempo del mundo, no había prisa, pues deseaba saborear el momento como si de un manjar se tratara. La punta

de su lengua acarició la boca de él y consiguió arrancarle un gemido.

Él no estaba acostumbrado a tanta delicadeza, a que un beso fuera obra de un artista, por lo que su instinto de hombre tomó el control: la pegó a la pared y la apretó con su musculoso cuerpo, deseando enterrar su miembro en el sexo de ella. Cobra se abrió camino en la boca femenina, entonces las lenguas se enredaron, jugaron, se volvieron salvajes, entraron en combustión. El beso de él era más carnal, más desenfrenado, más húmedo y electrizante.

A Norma nunca la habían besado de esa manera, pero no huyó. Estaba aturdida, pues le parecía extraño que el eco de esa fiereza se acumulara en su vientre en cosquilleos que se repartieron por todo su cuerpo. Nunca antes un hombre la había conmocionado tanto. Cobra se apretó más a ella y esta pudo apreciar su erección, la expectación por lo que le haría la mantuvieron quieta en el sitio. Aunque su cuerpo lo deseaba con todas sus fuerzas, en aquel instante no pudo controlarlo y empezó a tiritar de emoción.

Cobra se detuvo en cuanto percibió sus temblores y tomó conciencia de lo que estaba haciendo. A pesar de que Norma había estado casada, ella estaba reaccionando como si fuera su primer vez. Saber que era tan inocente y tan pura como sus espléndidos ojos azules mostraban lo sacudieron con fuerza; cada fibra de su ser quiso poseerla. Sin embargo, Norma era una mujer para hacerle el amor, no para follársela como si no hubiera mañana.

Cobra estaba seguro de que acabaría marchándose tarde o temprano y no sabía si podría regresar. Todo estaba en el aire, pues no tenía la certeza de cuánto tiempo se pasaría en la cárcel y no deseaba condenarla a una espera eterna.

El hombre le acarició la mejilla y ella respondió apoyándose en la palma de la mano, su expresión era de confianza, como si se le estuviera ofreciendo sin palabras. Maldijo para sus adentros; el Cobra de antes la hubiera tumbado en la mesa de la cocina y la hubiera poseído por delante y por detrás. Pero el Cobra de ahora, ese que por primera vez había conocido a una mujer por la que valía la pena luchar, se negaba a tratarla como a una cualquiera. Además,

había hecho la promesa de respetarla a Abel y a Francisco y eso también contaba, pues era hombre de palabra.

—Norma, debemos parar.

—No quiero parar, no pares, por favor.

—Entiéndelo... —Hizo una pausa—. Soy la serpiente del Edén, no voy a corromperte.

—No soy virgen, estuve casada, ¿lo recuerdas? —dijo con ironía, mirándolo con sus enormes ojos azules.

A Cobra le dolía ver la decepción en su rostro. Tomó la decisión de explicarse, ella no merecía menos.

—Llegará el día que tendré que marcharme y no sé si podré regresar, ¿comprendes lo que quiero decirte? Es mejor así, Norma, no quiero darte esperanzas de nada.

—No intentes protegerme, no soy una chiquilla, no me trates como si lo fuera.

Ella tenía razón, pero debía protegerla, no de él, sino de su pasado. Meditó cómo decirle la verdad sin desvelar mucho.

—Lo último que deseo en esta vida es hacerte daño, tengo asuntos graves que atender en la ciudad y esos mismos asuntos, quizá, me mantengan demasiado lejos durante mucho tiempo. No puedo ofrecerte nada, hacerlo significaría que te estoy engañando y tú mereces un hombre sincero.

Ella tuvo el impulso de ir un poco más allá.

—Sé que sientes algo por mí, lo sé, no soy estúpida.

Él no pensaba negarlo.

—Sí, siento algo por ti.

A ella se le iluminaron los ojos y él quedó atrapado, esos ojos de maga ejercían un poder inexplicable sobre su cuerpo. Ya solo por sentir esa emoción profunda había valido la pena confesarlo. Todas las terminaciones nerviosas del hombre temblaron de felicidad.

—Yo también siento algo por ti... algo muy profundo que no quiero reprimir

—soltó ella.

Norma acompañó sus palabras con una caricia en la mejilla, raspaba debido a que la barba le había crecido un poco. Pero ese cosquilleo agradó a la mujer y le sonrió, una sonrisa que evocaba esperanza.

—Me lo pones muy difícil —dijo él atrapado en su sonrisa y en sus ojos, ni un hada era más hermosa.

—A diferencia de ti sé que regresarás.

—¿Acaso ves el futuro?

—No, pero tengo fe.

—La fe no sirve de nada, Norma, solo es una ilusión que se lleva el viento, la fe no hará que mis problemas se solucionen y pueda quedarme.

—Quien no tiene fe camina ciego por la vida.

—Yo solo creo en mí mismo y en mi capacidad para enfrentarme a mis errores.

—Eso no es verdad; si no tuvieras fe y esperanza, no hubieras dejado que Abel te trajera aquí y yo te curara. —Ella esperó a que le rebatiera, pero no lo hizo y añadió—: Conocerte ha sido lo mejor que me ha pasado jamás.

—No sabes lo que dices, si supieras el daño que he causado me odiarías, no soportarías ni que te tocara. —Una mueca torcida y maliciosa se dibujó en sus labios, la miró profundo y sus ojos de serpiente adquirieron un aspecto amenazador, vio cómo ella reculaba un paso atrás, asustada—. Tal vez fuera mejor que me odiaras, así, cuando me marche para no regresar jamás, no sufrirás. Ódiame, Norma, ódiame con todas tus fuerzas, es mejor para ti.

Dicho esto, salió de la cocina. Se metió en el baño y se duchó con agua fría en un intento por apagar el fuego que Norma había encendido en sus entrañas. No hacía mucho Abel le había preguntado si amaba a Norma, él dudó y no supo qué contestarle. Pero ahora, después de probar sus labios, podía confirmar que la amaba por encima de su propia vida. Sí, la amaba, quería una compañera de viaje y esa realidad lo hacía temblar porque hasta el momento no había sentido eso por nadie.

Tal vez debía echar mano a su fe, mirar al cielo y pedir que lo ayudaran. Fe. Intentaría buscar su fe perdida.

Capítulo 10

La relación entre Eli y Abel empezaba a cambiar, no tan deprisa como a Eli le hubiera gustado, pero era todo lo que tenía y se aferraba a la posibilidad de que, tal vez, con el tiempo, recuperaría a Abel y serían un matrimonio en todos los sentidos. La futura mamá estaba aprendiendo a pensar en los demás y no solo en ella como había hecho desde hacía años, atraída por los lujos que conllevaba el dinero. Se había dejado hipnotizar por la buena vida y los hombres que se lo daban todo. Eli no quería pensar en sus errores, errores que no cometería nunca más. Se había dado cuenta de que dar, sin esperar recibir nada a cambio, la llenaba de felicidad. Ciertamente, ella estaba poniendo todo de su parte para redimirse ante sí misma y ante Abel.

Muchas cosas habían cambiado y había empezado por aprender. A ratos, iba a casa de su cuñada y le enseñaba a cocinar y a coser y, cuando llegara la primavera, le mostraría cómo cuidar un jardín de flores. Por otra parte, Norma le había prometido que le mostraría el arte de curar a través de las plantas. De momento, le había dejado libros antiguos de sus antepasados que ella devoraba. Eli se sentía útil, para ella y para los demás, y le gustaba más de lo que nunca hubiera creído. Poco a poco estaba encontrando su espacio y razón de ser, y descubría asombrada que se sentía llena y realizada.

También, se había prometido no juzgar a su padre por no entender sus sentimientos y su afán por protegerla cuando era una adolescente y, lejos de separarse, se acercó más a él. Era otra de las cosas que empezaba a entender,

pues ella pronto sería madre y como todas las mamás querría proteger a su cachorro, como si de una leona se tratara. Casi cada día visitaba a su padre y a sus hermanos, además ayudaba a Cris en el cuidado y educación de los más pequeños. En realidad, todos ponían su grano de arena para que fuera un hogar lleno de amor y comprensión, a pesar de la falta de la figura materna.

Eli estaba en la cocina ayudando a su hermana con el almuerzo. Ambas hablaban y reían. Ese era otro de los cambios en la vida de Eli: su hermana se estaba convirtiendo en su mejor amiga. Ellas estaban frente al fregadero limpiando las verduras para trocearlas. Se reían por la anécdota que habían tenido con el hermano más pequeño al descubrir que los niños no los traía la cigüeña. En ese momento, su padre entró en la cocina, este no dijo nada y dejó que rieran a carcajadas, disfrutaba enormemente de ver a sus hijas felices. Una lágrima asomó en su mirada al acordarse de su esposa y de lo mucho que le hubiera gustado contemplar aquella estampa.

Fue en ese instante que las mujeres se dieron cuenta de la presencia de su progenitor, las carcajadas cesaron y el padre alzó hasta la altura de su barbilla una cesta con huevos.

—Traigo huevos —dijo Miquel.

Eli acertó la distancia que los separaba. Su padre tenía una expresión cansada, quizá fuera por el bajón que había experimentado su cuerpo al morir su madre, incluso había perdido cabello. De hecho, aún era pronto, pero esperaba que con el tiempo se recuperara.

La mujer cogió la cesta y la dejó sobre la mesa.

—¿Y Abel? —preguntó Eli.

—Con la vaca.

—¿Aún no ha parido?

—El parto está siendo lento —dijo con preocupación.

—No nos iremos hasta que nazca el ternero.

Al padre se le iluminó el rostro, hasta sus arrugas se suavizaron y su mirada negra brilló como hacía tiempo que no lo hacía.

—Gracias, no sabes lo que agradezco la ayuda.

El padre miró el vientre de su hija, que empezaba a abultarse, ella se dio cuenta y se llevó las manos al lugar y se acarició.

—Ya se mueve —dijo ella emocionada—. Y me da unas patadas...

—Me hace mucha ilusión ser abuelo, hija.

A Eli le tembló el labio, estaba a un suspiro de ponerse a llorar de alegría. Su padre se marchó porque no quería que viera lo emocionado que estaba. Ella lo siguió con la mirada, empezaba a recuperar a su padre y se sintió orgullosa de su familia.

El día transcurrió con relativa normalidad, por fin el ternero nació. Todos celebraron la nueva vida y Abel y Eli se marcharon ya entrada la noche, una noche serena y oscura que se presentaba helada. Abel condujo con cuidado, pues en algunos tramos había placas de hielo, además, Eli se había quedado dormida y no quería despertarla.

Cuando llegó a su casa, aparcó en el lugar de costumbre, bajo el cobertizo. Cogió a Eli en brazos, ella se despezó y al notar el aire frío de la noche empezó a temblar. Aun así se sentía tan a gusto entre los brazos de su esposo que se colgó del cuello de su marido y escondió su rostro bajo la barbilla. Su aroma masculino, a bosque húmedo, la hizo flotar y no dijo nada mientras notaba cómo él subía los escalones. Al no haber podido encender el fuego en todo el día, el ambiente no era tan cálido como de costumbre, pero fue suficiente para que ella dejara de temblar.

Abel desvistió a su mujer con intención de meterla en la cama, su piel cremosa era tentadora y contuvo su excitación. Eli abrió los ojos, lo miró fijamente y le dijo:

—Hazme el amor, Abel, de la manera que siempre has querido. No se me ocurre otra manera mejor de terminar este maravilloso día. Te necesito, te quiero, por favor, no me rechaces, no lo soporto...

Abel ya no podía disimular su hambre por Eli, estaba seguro de que su rostro era la viva imagen del deseo. Tampoco tenía fuerzas para resistirse, por

lo que empezó a desvestirse con su mirada fija en la de ella. Eli se incorporó hincando los codos en el colchón. El sonido plácido de las ropas cayendo al suelo llenaron el ambiente de erotismo. Cuando estuvo completamente desnudo se acercó a ella, su pene erecto la apuntaba y la chispa del deseo prendió en su femenino cuerpo.

Eli extendió la mano y acarició el glande con exquisita ternura, apreció su textura aterciopelada, suave y tibia. No tardó en envolver con sus pequeños dedos el pene, ascendió y descendió con movimientos lentos, una y otra vez, y otra vez más, y él gimió como respuesta.

—Ya basta, cariño, o si no... —rogó él.

Abel no tenía intención de que aquello por lo que había soñado toda su vida terminara en un abrir y cerrar de ojos. Ella entendió y lo soltó, abrió sus muslos en clara invitación y el hombre se tumbó encima de su mujer, apoyándose en las palmas para no aplastar su vientre en cuyo interior había un precioso tesoro.

Ella lo abrazó por el cuello y se apresuró a besarle, su necesidad por sentirlo la volvía osada. Su lengua acarició los más profundos recovecos de su boca y Abel respondió haciéndole lo mismo con una pasión tan desatada que Eli empezó a temblar de placer.

La boca de Abel descendió por el cuello de su esposa, llegó a los senos a los que besó y adoró con su boca húmeda. Siguió hacia abajo tejiendo un camino de pequeños besos, marcando su piel con sus labios. Eli respiraba con profundidad, su deseo de mujer se abrió como flor de primavera en cuanto notó la lengua de él lamerle sus pétalos tiernos. Un dedo entró en su vagina y lo recibió una humedad dulce como si fuera la mejor de las mieles. Abel esparció el fluido como néctar en una flor y masajeó aquella línea vertical rosada mientras a ella la sacudían espasmos de felicidad.

El cuerpo de Eli estaba en llamas, se arqueó y gimió una, dos, tres veces, Abel se colocó entre sus muslos y guio su miembro en la entrada femenina. Empujó lentamente, notó cómo el interior se estiraba y amoldaba a su gran

tamaño. Se quedó quieto para darle tiempo a que se acostumbrase a la invasión, agonizó y su piel se perló de transpiración. Empezó a temblar desesperado, pues necesitaba desatar la pasión acumulada, y obligarse a no moverse era el peor de los tormentos.

Entró un poco más, quiso ser delicado, pero no pudo reprimirse y movió la pelvis con furia hasta insertarse por completo en ella. Ya no hubo marcha atrás y la embistió duramente, una y otra vez, como si en el mundo no existiera nada más importante. Ella no se quejó, aceptó su pene grueso y duro y sus embestidas profundas como si lo hubiera esperado toda la vida. Sus carnes se fusionaron de una manera tan perfecta y arrebatadora que se difuminaron e iniciaron el ascenso a las puertas de la luz.

La pasión que sentían salía de sus bocas en jadeos intensos, llegaron incluso a ser devorados por sus propias respiraciones, perdiendo la noción del tiempo y del espacio, gravitando más allá de lo terrenal. Pues el amor cuando se sentía en el alma no necesitaba de palabras, sino de suspiros y gemidos.

Embriagados por el deseo que habían estado reprimiendo durante demasiado tiempo, se dejaron llevar hasta el infinito. Y cuando todo terminó, ambos se colocaron de lado, frente a frente; él le acarició la mejilla, ella le dio un rápido beso en la boca. Se abrazaron como si fuera el único lenguaje que supieran; y, por primera vez desde que se casaron, durmieron pegados en cuerpo y alma y con unas sonrisas en sus bocas.

Norma no paraba de dar vueltas en la cama. Su cabeza era un hervidero de suposiciones, su preocupación era grande, pues temía despertarse algún día y que Cobra se hubiera marchado. Lo empezaba a conocer demasiado bien, y tenía la certeza de que cuando se fuera lo haría en silencio. Entre ellos había una química que no lograba comprender, toda ella temblaba cuando lo tenía cerca y sus desvelos y suspiros eran para él.

Reconocía que era un hombre peligroso que, sin embargo, ella no temía. Cualquier otra mujer se sentiría intimidada, pues sus ojos rasgados y amenazadores provocaban miedo y dejaban de piedra. Su deseo más íntimo era que no se marchara nunca, ya que tenía la necesidad de tenerlo cerca.

Norma se levantó y miró por la ventana. La noche era fría, las estrellas refulgían en una bóveda negra mate y la nieve blanca resplandecía a pesar de la oscuridad, y dotaban al ambiente de un tono azul añil. Cogió un chal y se lo puso por encima de los hombros; si bien el interior de su hogar se mantenía cálido, su camisón de algodón blanco no era suficiente para protegerla de frío que sintió de pronto. Además iba descalza con intención de no hacer ruido, pues Cobra dormía en la habitación pegada a la suya.

Todavía estuvo un rato más contemplando la paz nocturna, solo quebrada, de tanto en tanto, por el aullido de algún lobo solitario. Se dispuso a meterse otra vez bajo la calidez de las mantas, pero su cuerpo y su mente se resistían, deseaba sentir la tibieza del cuerpo de Cobra, y tal deseo la desgarraba de arriba abajo. Meditó que ya era hora de ponerle remedio si no quería volverse loca.

En un acto de valentía ordenó a sus pies que se dirigieran al cuarto de Cobra. Entró en silencio y abrió la lámpara de la mesita. Él se incorporó de inmediato y, creyendo que se trataba de Veneno, la agarró y la tumbó a la cama con tanta violencia que le arrancó un quejido. En décimas de segundo, la inmovilizó por completo, dejándola sin posibilidad de reaccionar. Cuando se dio cuenta de que era ella, abrió los ojos como platos.

—¡Maldita sea, Norma! —exclamó mientras la liberaba—. ¿Cómo se te ocurre entrar de esta manera? ¿Acaso pretendes que te mate?

Cobra se levantó, estaba desnudo y arrancó la sábana con furia y se la lío en la cintura. Después abrió la puerta e instó a la mujer a que se fuera. Se quedó desconcertado al ver que sus palabras y rabia no la alejaban. Su sorpresa aún fue mayor cuando observó que Norma no mostraba miedo, incluso miraba embobada su musculatura tensa. No tardó en apreciar admiración en el rostro

femenino por lo que contemplaba y Cobra se quedó sin palabras.

La mujer se sentó en la cama, se recostó hacia atrás apoyándose sobre sus codos. El chal resbaló hombros abajo.

—Quiero que me hagas el amor —le soltó ella sin vergüenza.

Cobra apretó la mandíbula y sus dientes rechinaron.

—No.

Norma nunca imaginó que rogaría a un hombre que la poseyera hasta dejarla sin fuerzas. Pero Cobra había entrado demasiado adentro de su corazón y necesitaba asegurarse que era amor de mujer lo que sentía, y no el amor de adolescente que había experimentado por su difunto marido. Ella tenía claro que no saldría de aquella habitación hasta que Cobra le diera lo que necesitaba. Se levantó y se desabrochó los lazos de su sencillo camisón. Dejó que resbalara por sus brazos y cayera por su peso. Luego hizo lo mismo con sus braguitas y se quedó allí de pie, frente a él, desafiándolo con su mirada azul.

En un primer momento, Cobra no dijo nada, se limitó a adorarla con sus ojos rasgados, veía a una diosa de ojos azules, expresivos como ningunos otros, dos ventanas abiertas al cielo. Su melena oscura caía como la noche sobre sus hombros y era poesía para sus pupilas abiertas. Él era fuerte de cuerpo y mente, nunca se había dejado intimidar por nadie, y menos por una mujer. Habían sido muchas las que habían querido tentarlo, pero ninguna se podía comparar con ella. El cuerpo de Norma tenía curvas de sinceridad, inocencia y de una dulzura que entraba por los ojos y se instalaba bajo su vientre, provocándole una erección dolorosa. Ella se le estaba ofreciendo, no solo su cuerpo, también su corazón.

Nunca antes a Cobra le habían ofrecido tan valioso tesoro, y pensó que, después de todos los delitos y crímenes que había cometido, no era justo que la vida le regalara luz en vez de oscuridad. Porque Norma era el faro que guiaba al marinero perdido entre la tormenta de la vida, evitando que se estrellase contra las rocas.

Cobra se acercó a ella y con el pulgar acarició sus labios, sintió su aliento tibio envolverle el dedo y su eco lo recorrió de arriba abajo.

—Mi bella Norma, no puedo darte lo que me pides, si lo hago te haré daño.

Ella acarició su torso y él no pudo evitar expulsar un siseo de agrado.

—Tú jamás me harías daño.

—Ya hemos hablado de esto, llegará el día que me marcharé e intuyo que será pronto. Tengo que pagar por los pecados cometidos y son tan grandes que, quizá, no me permitan regresar.

—Pues yo intuyo que regresarás y yo te esperaré el tiempo que haga falta.

—De eso se trata, no quiero que tus días se conviertan en amargos por condenarte a una espera eterna. Me lo he prometido a mí mismo.

—Y yo me he prometido no dejarte marchar sin saber lo que se siente ser poseída por un hombre como tú. Eres el único que ha logrado entrar en lugares de mi corazón que no sabía ni que existían. Ámame, te lo pido, el futuro está en el aire, este presente nos pertenece a ambos y es lo único que tenemos.

El erotismo de la voz de Norma era un torpedo en las defensas de Cobra, que fueron cayendo una a una. La promesa de su maga, sincera y transparente, lo había conquistado y se había derretido como miel caliente en su alma. Dejó que la sábana que envolvía su hombría se deslizara y se quedó completamente desnudo. Besó su boca con pasión y no dejó de hacerlo hasta que se quedaron sin aire.

Cobra estaba muy excitado, pero se prometió ser delicado, la agarró por debajo de las rodillas y la cargó en su brazos para depositarla con ternura sobre la cama. Trazó un camino entre su cuello y sus senos, se detuvo a chupar sus pezones, a morderlos con amor, a masajearlos y a pellizcarlos con sus manos hambrientas. Después su lengua siguió bajando, dibujando una línea descendente y, cuando llegó a su pubis, ella palpitéo de placer, se arqueó y abrió las piernas y él inhaló deseo puro. Sus ganas por probarla eran descarnadas, de modo que deslizó su lengua de arriba abajo. Ella gritó, no un grito de dolor, sino de placer y él siguió chupando aquellos rebordes

enrojecidos de pasión, untando de humedad aquella línea vertical que lo estaba volviendo loco.

Cobra no podía aguantarse más, notaba su glande hinchado y su dura erección tensaba sus testículos dolorosamente. La necesidad de enterrar esa parte de su cuerpo en el sexo de ella se hacía necesario si no quería morir allí mismo. Se ubicó entre las piernas de su amante, colocó la punta de su pene en posición, la introdujo un poco, pero se detuvo en el último momento, pues la humedad cálida que notó le hizo apretar los dientes y tenía miedo de lastimarla debido a su grosor si se comportaba como un bárbaro. Ella lo miró y su mirada de maga suplicó a la de serpiente.

—No quiero hacerte daño —confesó cubierto por una capa de sudor debido al esfuerzo que le suponía quedarse quieto cuando su cuerpo le pedía lo contrario.

—Por favor, Cobra —suplicó casi llorando, entre temblores de pasión—, ahora no te detengas, te deseo, poséeme con todas tus fuerzas...

Con un movimiento potente de cadera, Cobra la penetró hasta el fondo. Norma gritó ante la invasión y él se quedó inmóvil. Dejó que escapara un siseo doloroso de su boca, pues la vagina de ella envolvía su erección con la suavidad del terciopelo y era un tormento aguantar la llamada de su instinto animal.

Norma, decidida a que le diera lo que su cuerpo ansiaba, lo besó y utilizó su lengua para desatar una batalla en su boca, vaciando toda su pasión. Cuando terminó, ella le dijo:

—Todo, Cobra, lo quiero todo.

El hombre cedió al deseo de la mujer que tenía debajo y empezó a empujar con furia. La embestía con ansiada necesidad, provocando que rugiera como un animal atrapado en una trampa deliciosa. La fricción de los sexos provocaba gemidos en los amantes, la sangre hervía en sus venas, devorándolos lentamente. Por fin la unión los convirtió en uno solo, los cuerpos se liberaron de la gravedad y volaron hasta la luz del firmamento.

Después, cayeron despacio como hojas, se dejaron atrapar por la tranquilidad de amar y ser amados, sus corazones latían felicidad. Durmieron abrazados, sus cuerpos calientes fueron suficientes para aislarlos del frío intenso que hacía en el exterior.

Llegó febrero, a Eli aún le faltaba para dar a luz. Si sus cálculos no fallaban, su retoño llegaría con los primeros calores de verano. Su vientre la llenaba de orgullo; si bien no le gustaba echar la mirada atrás, pues hacerlo significaba recordar sus errores, que admitía y que se había jurado no cometer nunca más. Además había un asunto lo suficientemente grave que le quitaba el sueño: el padre de su hijo era de Veneno, un secreto que cada día le costaba más soportar.

Lo correcto sería confesárselo a Abel de una vez por todas. Habían sido varias las veces que lo había intentado, pero le había faltado valor. Más que todo porque las cosas entre ellos habían cambiado y no quería estropearlo. Amaba a Abel desde que eran unos críos, pero no había sabido valorarlo hasta que casi lo pierde para siempre por sus mentiras. Había aprendido una lección que no olvidaría nunca.

Eli estaba en el que sería el dormitorio de su bebé. A pesar de que quedaba tiempo, le hacía ilusión prepararle el ajuar y tenerlo todo listo; cuanto antes, mejor. De momento, su embarazo estaba siendo muy tranquilo y se encontraba estupendamente, pero los últimos meses siempre eran los más tediosos y no quería dejar la tarea para última hora. Lucía le había dado ropa de su hijo, como mantas y sábanas de cuna, y pequeñas prendas que le irían muy bien. Al día siguiente tenía previsto acudir junto a Norma al pueblo más cercano y compraría ropa para confeccionar sábanas y bordarlas. Además, Lucía le había enseñado a tejer con lana y también compraría madejas de muchos colores para crear pequeños jerséis.

La futura mamá estaba entusiasmada, no solo porque muchas de las prendas de su hijo estarían confeccionadas por ella, sino porque la emoción por aprender la empujaban a superarse con nuevas creaciones más complicadas. Eli miró el armario pegado a la pared, la cuna cerca de la ventana y el cambiador y una cajonera en la pared opuesta. Todo lo había construido Abel, pues con los campos y huertos cubiertos de nieve era el tiempo idóneo y su marido había aprovechado el paro invernal para crear, con sus manos, aquellos preciosos muebles con detalles de color y cenefas infantiles. A Eli le gustaba, le recordaba a un bosque mágico y se sorprendió de que Abel tuviera tan buen gusto.

Guardó con cariño las primeras prendas, había puesto bolsitas de lavanda natural y aspiró el aroma que desprendían. Cada vez que abriera el armario sería como entrar en un campo de lavanda. De pronto, escuchó unos pasos que subían por los escalones y dio por sentado que se trataba de Abel. Este no tardó en aparecer por la puerta, sus grandes manos acunaban un pequeño gatito negro, que lejos de maullar, parecía estar tranquilo.

—¿Y ese gato?

—Tu padre me ha dicho que es para ti.

Eli se acercó, cogió el animal y lo acunó en sus brazos, el gato maulló divertido cuando vio las cintas de la capelina de Eli y empezó a jugar dándoles ligeros toques.

—Es precioso.

—Es una chica, no la ofendas.

Eli soltó una carcajada.

—Entonces es preciosa.

—Tu padre me ha contado que no llevabas muy bien de pequeña ver ratones por las cuadras.

—Se ha acordado, es cierto, me asustaban.

Una emocionada Eli besó la cabecita del animal.

—Tu padre siempre te ha querido, Eli —dijo él al ver sus ojos grises

húmedos de lágrimas.

—Sí, lo sé, siempre he estado equivocada en esto. —Sonrió abiertamente—. Le prepararé un bizcocho como agradecimiento. Quiero que sepa que lo quiero mucho.

—¿No lo vas a envenenar? —dijo con humor Abel, la cocina seguía resistiéndole a su esposa—. Te veo capaz de preparar un bizcocho radiactivo.

—¿Perdona, me estás diciendo que no sé cocinar? —alegó indignada.

—A tu favor diré que el café requemado de esta mañana estaba mejor que el de ayer. Eso quiere decir que el de mañana será comestible.

—¡No estaba requemado! Solo lo dejé hervir un poco más de la cuenta, me despisté.

—Tenía un punto amargo muy peculiar.

Abel se acercó a ella, acarició el gatito que dormía confiado en los brazos de su esposa, su pelo negro brillaba y era suave al tacto. Después se centró en su mujer y la besó en los labios.

—Me acabaré acostumbrado a tu café, no temas —expuso él sonriéndole con afecto.

Ella le devolvió la sonrisa, su marido le hacía la vida muy fácil.

—Gracias... —dijo ella, tuvo la necesidad de darle las gracias por cada instante que pasaba con ella, haciéndola mejor persona—. Gracias por estar siempre ahí. ¿Te acuerdas cuando te fui a visitar a la prisión?

—Sí que me acuerdo.

Abel se acordaba demasiado bien. Eli fue a visitarlo vestida de una manera provocativa, dedujo de inmediato a lo que se dedicaba y se le ocurrió una idea que dio resultado. De eso hacía una eternidad, desde luego que él también había cometido errores, pero le habían servido para crecer por dentro y madurar.

—Ese día me salvaste —reconoció ella—. Yo iba por el mal camino, años más tarde, sin darme cuenta volví a coger ese mismo camino y tú, casándote conmigo, me salvaste de nuevo.

—Eli, te quiero desde que éramos unos críos, siempre estaré a tu lado, en los buenos y en los malos momentos.

—Yo también te quiero y te corresponderé de la misma manera, puedes estar seguro.

—Siempre nos cuidaremos, hasta el fin de nuestros días.

Eli asintió y lo besó, un beso suave, ligero como el algodón.

—Me siento feliz, Abel, pertenezco a algo hermoso y es increíble levantarse cada mañana sabiendo que lo tengo todo.

Abel nunca creyó posible que Eli alguna vez le dijera tales palabras. En aquel momento se sintió el hombre más feliz del mundo. El día que se casaron lo había dado todo por perdido, pero Eli había experimentado una transformación que nunca creyó posible. Los milagros se cumplían cuando se tenía fe en ellos.

—Siempre has pertenecido a Valleverde —dijo él—, aunque pensaras lo contrario.

—Ahora lo sé, y he tenido que lastimar a mucha gente para darme cuenta. Pero nunca más, lo prometo.

Abel llevó sus manos al vientre de su esposa.

—Este pequeñín, o pequeñina, nos hará aún más felices.

Eli no podía dejar de pensar en Veneno, era como tener una espina clavada en el corazón, una sombra sobre su felicidad. Por el amor que sentía hacia Abel debía contarle la verdad, era lo correcto, lo justo, lo más honorable. No quería que en su presente y futuro hubiera más mentiras.

—Desde que estamos casados nunca me los has preguntado... —Suspiró y reunió valor—. ¿No quieres saber quién es el...?

Abel dedujo la pregunta y la silenció posándole el índice en los labios.

—Chist... No, no lo digas, no me importa ni ahora ni más adelante, porque yo soy su padre y me esforzaré en ser un ejemplo. —No quiso hablar más del asunto, pues ya estaba todo dicho, por lo que cambió de tema—. Hay que buscarle un nombre a la gatita.

Eli sintió que un nudo en su garganta se deshacía. Abel no dejaba nunca de sorprenderla para bien. Nunca más hablaría del tema, tal como había dicho él, ya estaba todo dicho. Entonces, puso expresión de estar pensando.

—La llamaremos Negrita.

Abel no pudo reprimir sus risas.

—No te has estrujado mucho la cabeza.

—¿No te gusta?

—Claro que sí, su pelo es de un negro precioso y brillante, y Negrita le va de maravilla.

—Nos faltará un perrito para que seamos una familia completa.

—Eso está hecho, me acercaré a alguna protectora y adoptaremos uno.

—Me encanta la idea, ¿quieres un chocolate caliente? —Al ver que su marido ponía cara de circunstancia, añadió—: Tranquilo, no lo prepararé yo, es de sobre e instantáneo.

—Veo que eres una mujer de recursos, así me gusta.

Descendieron los escalones bromeando tal como habían hecho desde que eran niños. La vida era una gran carcajada que había que vivirla con una sonrisa, incluso en los malos momentos.

Capítulo 11

Eli había cogido el coche de Abel y había pasado a buscar a Norma. Ambas mujeres querían acercarse al pueblo más cercano, que estaba a unos treinta kilómetros, para hacer unas compras. El tramo por recorrer podía dividirse en dos partes: el primero era complicado por la gran cantidad de curvas que había por una carretera estrecha y obligaba a la futura mamá a circular a poca velocidad. Además, estaba llena de nieve y tuvieron que recurrir a las cadenas. El segundo tramo era todo lo contrario, pues se trataba de una carretera más transitada que unía varios pueblos de la zona.

—Es cierto eso que dicen que las mujeres embarazadas están radiantes — dijo Norma.

Eli tenía la mirada fija en la carretera.

—¿Lo dices por mí?

—¿Y por quien, si no? Nunca te había visto tan hermosa, tu rostro resplandece y tu piel se ve fresca y suave.

—Bueno, la felicidad es la mejor de las cremas.

—¿Eres feliz?

Eli no tardó ni un segundo en contestar.

—Sí, mucho, más de lo que nunca hubiera llegado a imaginar.

—Todos en el pueblo estábamos preocupados, pero veo que no era para tanto; lograsteis arreglar vuestras diferencias.

—Cuando el amor es verdadero todo tiene arreglo.

—Eres una mujer con suerte.

Eli miró a su amiga de soslayo un breve instante.

—Oye, dejemos de hablar de mí, tú también tienes cosas que contar.

—¿Yo?

—Sí, no me tomes por idiota, he visto como miras a Cobra y, entre nosotras, tus miradas no son muy castas que digamos.

Norma enrojció de pies a cabeza, nunca llegó a imaginar que se le notara tanto su deseo por él.

—No sé que decirte... —musitó aclarándose la garganta.

—Cobra también te mira de la misma manera, además hueles a sexo, a sexo del bueno, ¡ese hombre te hace ver las estrellas!

Una sorprendida Norma abrió los ojos y la boca, le dio un ligero golpecito en el hombro a su compañera a modo de reprimenda.

—¡Elisa García, deja de decir estas cosas! —exclamó escandalizada, hizo una mueca y se olió—. ¿De verdad huelo a sexo?

—Ayyy Norma, es una manera de decirte que te lo has follado, lo noto. —Contempló la cara que ponía su amiga mientras esperaba que un semáforo se pusiera verde, a veces se olvidaba de que ella no estaba acostumbrada a la jerga de ciudad, pues estaba roja como un tomate, añadió—: No es malo que desees a Cobra y que hayáis consumado entre sábanas lo que sentís.

—Pero no estamos casados y él se marchará.

—Es evidente que tú lo amas. La vida nos pone a prueba, no pierdas la fe, a veces se nos presentan oportunidades donde menos te lo esperas.

Llegaron al supermercado al que solían ir de vez en cuando los integrantes de la comunidad. Eran tantos los años que acudían al mismo lugar que habían entablado amistad con el propietario y su hijo. A pesar de que Los Hijos de la Luz eran autosuficientes, pues en época de recolección del huerto solían hacer conservas y mermeladas de todo tipo, les gustaba consumir productos frescos de tanto en tanto. Durante el invierno los huertos no solían producir gran cosa, a excepción de nabos, zanahorias, coles... La comunidad solía ganar dinero

vendiendo edredones, cojines, mantas, manteles... que confeccionaban usando la técnica *patchwork*. Con esos pequeños ingresos solían comprar los productos que necesitaban, por lo que las mujeres tenían encargos de algunos habitantes de Valleverde.

Eli y Norma cogieron un carrito cada una; uno lo llenaron de fideos, macarrones, arroz, legumbres, azúcar, café, harina y aceite de oliva; todos productos que tardaban en caducar. Por el contrario, el otro lo cargaron de productos frescos como tomates, lechugas, judías verdes, espinacas, acelgas, lechugas, pimientos y berenjenas; estos alimentos más perecederos, por lo que no se excedieron. Eli no se olvidó del chocolate a la taza instantáneo, pues todavía no había aprendido a cocinarlo de manera tradicional. Era evidente que a Abel se le daba mejor la cocina que a ella, agradecía que su cuñada le estuviera enseñando, porque o si no, se estarían muriendo de hambre, ya que sus platos eran incomibles. Su error había sido no querer aprender cuando era el momento; en fin, no quería darle vueltas, siempre había sido una niña difícil y esperaba que su retoño no heredada su rebeldía.

Terminaron con las compras en el supermercado y las cargaron en el coche. Como era casi hora de almorzar decidieron acercarse al restaurante que había en la zona comercial. Desde luego que no pasaban desapercibidas debido a su indumentaria, pero estaban acostumbradas y no se percataron de las miradas de sorpresa que les lanzaban.

Cuando estaban a punto de entrar en el restaurante, una furgoneta azul marino con los vidrios opacos se detuvo frente a ellas, interrumpiendo sus andares. La puerta de atrás corredera se deslizó con brusquedad, las agarraron y las metieron en el interior; a las mujeres no les dio tiempo de reaccionar, ni tan solo pudieron gritar. Además, todo había pasado tan rápido que nadie había advertido que las habían secuestrado.

Cobra y Abel se acercaron a la casa familiar de Eli creyendo que las mujeres estarían allí. Ambos sabían que tenían que llevarles verduras frescas y que su tardanza estaría justificada, ya que daban por hecho que se habían entretenido más de la cuenta. Pero sus deducciones cayeron en saco roto cuando Miquel les aseguró que no había visto a su hija desde el día anterior. Nudos de preocupación se instalaron en las gargantas de los hombres, al tiempo que Abel se maldecía en silencio, ya que sin quererlo estaba perturbando a su cuñada y suegro, y por ende a sus cuñados de corta edad.

—No os preocupéis —afirmó Abel intentando esconder sus propios temores—. Seguramente se han entretenido y no deben ser conscientes de la hora que es.

El tono de Abel le dejó claro a Cobra que ni él mismo se lo creía, pero no dijo nada consciente de la delicada situación. En cambio, Miquel buscó consuelo en las palabras dichas por su yerno, un yerno al que quería como a un hijo.

En ese instante les alertó el ruido de un motor, salieron con el anhelo de que fueran las mujeres, que por fin habrían llegado. Sin embargo, no eran ellas, sino que se trataba del hijo del propietario del supermercado, conocido por la comunidad, que se había acercado con un todoterreno. Se bajó rápido y se dirigió hacia la casa; no lo hizo todo lo deprisa que hubiera querido debido a que sus pies se hundían en la nieve. Hasta que no llegó al camino de acceso, que Miquel había limpiado esa misma mañana, no pudo correr.

—Buenas noches... —saludó el sujeto, se tomó unos segundos para recuperar el aliento.

Todos contuvieron la respiración, pues sabían que la presencia de ese joven era por motivos no muy agradables.

—¿Qué ha pasado? —preguntó un impaciente Abel.

—No lo sé, yo solo venía a avisaros de que el coche de Norma y Eli sigue en el aparcamiento y con las compras cargadas atrás. Pregunté en el restaurante que está al lado, pues me dijeron que se iban a almorzar allí, pero

ellas no estuvieron ahí. Me temo que algo les ha sucedido...

Abel y Cobra se miraron, la furia brillaba en los ojos de ambos, pues sabían que Veneno estaba detrás de la desaparición de las mujeres. Sin embargo, tuvieron que disimular y tragarse su desesperación, ya que no podían comentar nada delante de los presentes si no querían que perdieran los nervios.

Cris fue quien tomó las riendas del asunto e instó a su padre a entrar en el calor del hogar, dado que había salido sin abrigo. También obligó al joven a que entrara a tomar algo caliente. Abel agradeció que su cuñada se encargara de mantener a la familia tranquila.

—Cobra y yo nos vamos a buscarlas —le dijo Abel a Cris.

Ella asintió.

—Por favor, traedlas de vuelta a Valleverde —dijo con voz trémula, aguantándose las lágrimas.

—Puedes darlo por hecho —juró entre dientes un alterado Cobra.

Abel se dio cuenta de que el Cobra despiadado de antaño salía a flote. Esperó a que su cuñada desapareciera por la puerta de entrada de su hogar.

—Te conozco, la venganza y el desquite traerá más dolor —le dijo Abel a Cobra.

—¡Le arrancaré la piel a tiras y me haré un anillo con su maldito ojo! —gritó ignorando a su amigo.

—¿Recuerdas lo que me dijiste? Si quieres ser digno de Norma, no te conviertas en el Cobra de antes.

—¡Malditos todos los demonios del infierno! ¿Qué sugieres, pedirle con un «por favor» que nos devuelvan a las mujeres? ¿Pero no te acuerdas con quién estamos tratando?

—Lo sé demasiado bien con quien estamos tratando, al igual que sé que la violencia genera más violencia.

—Es la única manera de salvarlas.

—Ten un poco de fe, las salvaremos sin convertirnos en unos asesinos.

—Ni lo sueñes, Norma está en peligro por mi culpa, haré lo que tenga que

hacer.

Dicho esto se dio la vuelta y empezó a alejarse a zancadas largas y furiosas, pero Abel lo siguió y lo agarró del brazo. Cobra se enfadó, se dio la vuelta con brusquedad, lo miró con sus ojos de serpiente avisándole que estaba dispuesto a darle un puñetazo si era necesario, nadie lo detendría. Sin embargo, Abel no se dejó intimidar y lo golpeó, no con los puños, sino con las palabras, porque en muchas ocasiones, las palabras tenían más fuerza que un buen puñetazo.

—Tendrás que escoger: o violencia o fe. Y escoge bien, amigo, porque esta vez serás consciente del daño que causarás y no podrás echarte atrás cuando siembres de nuevo violencia y no puedas mirar a Norma a los ojos nunca más.

Algo en el interior de Cobra se resquebrajó, cual torre que cae por el impacto de un rayo. Conocer a Norma había supuesto darse cuenta de que había dos maneras de vivir: una era creando y la otra destruyendo. Se había pasado toda una vida destruyendo y estaba a un paso de seguir por el mismo camino. Abel tenía razón, pues, si escogía la senda de la violencia y la venganza, nunca más podría mirar a los ojos a Norma.

No dijo nada y ambos se marcharon con el sabor amargo en la boca. Volverían a emprender un camino que habían dejado atrás en el pasado y que las circunstancias lo obligaban a coger de nuevo con intención de salvar a las mujeres. Sin embargo, había una gran diferencia: Abel y Cobra no eran los mismo de tiempo atrás.

Veneno se sentía satisfecho. Había planeado el secuestro de las mujeres desde hacía semanas y, debido a su aspecto, no había pasado desapercibido por aquellos lares tan rurales. En consecuencia, se había visto obligado a instalar su base en un matadero abandonado de paredes enmohecidas que apestaban a cloaca. El lugar, dejado de la mano de Dios, era lo bastante

apartado de los pueblos de los alrededores para no levantar sospechas. Al final, Veneno concluyó que no había podido encontrar mejor lugar para llevar a cabo sus planes de venganza.

Además había instalado a lo largo del perímetro del matadero medidas de seguridad, por lo que tenía la zona completamente vigilada, por si sus enemigos querían irrumpir por sorpresa. No había dejado nada al azar, y tenerlo todo controlado le daba mucha tranquilidad. Ahora solo le quedaba esperar; Eli y Norma los atraerían a su trampa como lobos que huelen un trozo de carne envenenada. Pensaba matarlos lentamente con uno de sus nuevos venenos, uno especial que había creado para ellos y que había bautizado con el nombre de Polvo de Cobra. Se trataba de un virus que había comprado en el internet profundo y que había manipulado en su laboratorio. Cuando les inyectara la pócima mortal, sufrirían lo que nunca en sus vidas, pues esos virus los devorarían lentamente por dentro como si fueran pirañas. Les producirían terribles dolores y la agonía duraría días. Para que no tuvieran la tentación de quitarse la vida, los mantendría encadenados de pies y manos y disfrutaría de cada grito que lanzaran al aire. Sí, todo estaba listo: las inyecciones, el lugar donde los mantendría presos y las tumbas donde serían enterrados.

Veneno había separado a las mujeres nada más las trajeron en la furgoneta. Se dirigió al sótano; en una especie de cuarto estaba Norma. El delincuente pidió al vigilante que le abriera la puerta, pues estaba cerrada con llave. Cuando la batiente cedió a la fuerza del delincuente, una lámpara sucia, y de la cual colgaban unas telarañas, se agitó en el aire. Veneno cerró la puerta, sin embargo, la bombilla siguió moviéndose de un lado a otro, cada vez con más lentitud, provocando que las sombras se movieran como si fueran fantasmas. Aquello inquietó a la mujer que, agazapada en un rincón agarrándose las rodillas, miraba con miedo a un hombre que parecía haber sido engendrado por el demonio. Llevaba un parche en el ojo derecho y su mejilla tenía relieves rojizos que le aportaba un aire más siniestro a su expresión, si cabe. Ella dedujo que se trataba de una quemadura importante, aun así se esforzó por

ocultar su pavor y sus temblores.

—¡Levántate! —gritó Veneno, la mujer obedeció, se levantó arrastrando la espalda por la pared enmohecida—. ¿Tú eres Norma? —preguntó en un acento latino muy marcado.

La aludida pensó en lo estúpido de la pregunta cuando era evidente que sabía quién era. Con todo, se guardó su reflexión, pues la mirada de ese demonio le advertía que no se lo tomaría muy bien, de modo que se limitó a contestarle.

—Sí.

—La putita de Cobra.

Norma tragó saliva. No estaba acostumbrada a la violencia, ni verbal, ni física, por lo que su comentario le impactó y se abrazó como si buscara protegerse. Esta vez no pudo ocultar su miedo y empezó a temblar. Veneno se dio cuenta y estalló a carcajadas. Se acercó a ella y contempló lo maravillosos que eran sus grandes ojos azules, que brillaban a pesar de la escasa luz. Con un movimiento brusco le arrancó la capelina, entonces una cascada de hebras negras cayeron sobre su espalda. El hombre reconoció con una sonrisa que era una mujer de una belleza muy peculiar y pensó que podría ganar mucho dinero.

—¡Quítate la ropa ahorita! —gritó él pegando su cara a la de ella.

Norma decidió desafiarlo y negó con la cabeza al tiempo que empezaba a llorar.

—¡Me cago en la verga, maldita vieja! —voceó Veneno y le cruzó la cara con tanta fuerza que le dejó los dedos marcados en la mejilla—. ¡Obedece o te rajo!

Norma estaba en estado de *shock*, era la primera vez que alguien la golpeaba o, mejor dicho, que la trataba así. El instinto de supervivencia hizo que obedeciera y, como si estuviera en trance, se fue quitando pieza a pieza mientras sus lágrimas caían. Cuando estuvo del todo desnuda, giró el rostro y cerró los párpados, ya que era incapaz de contemplarlo. Pero Veneno la agarró de la barbilla y la obligó a mirarlo. Se sacó el móvil del bolsillo, dio unos

pasos atrás y le hizo varias fotos completamente desnuda. Norma sintió tanto asco por ese hombre que a punto estuvo de vomitar.

Después se guardó el teléfono y se acercó a ella. Norma cerró los párpados, al instante notó la mano de él en un seno, ella quiso apartarse, pero él la retuvo a la fuerza y le estrujo un pecho. Hasta que ella no gritó de dolor no dejó de apretar. Norma hiperventiló, el dolor era agudo y supo que le habría dejado una marca morada en el lugar. Seguía temblado y llorando, se sentía incapaz de dominar su miedo, pues aún estaba conmocionada, incapaz de creerse que aquello le estuviera sucediendo de verdad.

—Eres muy linda, hoy mismo colgaré tus fotos en la red para que se te incluya en la próxima subasta, voy a sacar mucha plata —dijo Veneno con regocijo, le divertía ver la cara de terror de ella, pues le insuflaba adrenalina—. Pero, antes de eso, me divertiré contigo unos días; Cobra será nuestro espectador.

Sin añadir nada más se marchó; otra vez la bombilla se agitó debido a la corriente de aire momentánea. Norma suspiró de alivio y se vistió a toda prisa, pero seguía asustada y con una bola en el estómago, porque no sabía qué hacer. Su mente no podía pensar a consecuencia de lo nerviosa que estaba.

Abatida y desilusionada, respiró profundo y, aunque pareciera extraño, el olor a moho aclaró sus pensamientos y analizó la situación. Fue entonces cuando se acordó de Eli y pensó que, tal vez, correría la misma suerte. Siempre había sabido que Cobra tenía un pasado tenebroso, pero nunca llegó a imaginar que lo fuera tanto. Por suerte, a esas horas sabía que Cobra y Abel estarían al tanto de su desaparición y se pondrían a buscarlas. Pensar que, quizá, cuando las encontraran fuera demasiado tarde la hizo reaccionar. Sus ojos se desplazaron de un lado a otro, todo eran paredes sucias, solo había una pequeña ventana tapiada con ladrillos. Se desesperó como nunca antes y corrió a la puerta. Por más que giraba el pomo no se abría, era evidente que estaba cerrada con llave. Dio golpes, uno detrás de otro, gritó auxilio tantas veces que casi se queda ronca y, cuando se cansó, escuchó a través del

batiente las risillas de los vigilantes que se mofaban de ella y su encierro.

Norma estaba atrapada, lejos de su hogar; se imaginó un terrible destino y le entró el pánico. Pero el pánico no la ayudaría a salir y se concentró en su fe, por lo que se arrodilló en el suelo y rezó.

Eli tampoco estaba en mejores condiciones, la tenían retenida en una especie de recinto que era lo más tétrico que había visto en su vida. En el techo había una cadena que iba de punta a punta y de la cual colgaban varios ganchos. Eli dedujo que estaba en un matadero, pues le recordaba las cintas de donde colgaban animales muertos que preparaban para el despiece.

La mujer no quiso pensar en ello, hacerlo significaba pensar en muerte, sangre y dolor y, dadas las circunstancias en las que se encontraba, se veía colgada de un gancho. Se llevó la mano a su vientre y le infundió fuerzas a su bebé. En aquel mismo momento, Eli escuchó el chirrío de la puerta al abrirse, se dio la vuelta y se encontró, cara a cara, con su pesadilla. Dio un respingo, como si la hubieran abofeteado, y la sangre se heló en sus venas. Se esforzó en mostrar una expresión neutra, conocía a Veneno y sabía que el miedo que provocaba en sus víctimas actuaba de catalizador en su mente perversa. Tampoco quería mostrarse altiva, pues lo había humillado abandonándolo y casándose con otro. Su orgullo de macho estaba herido y, si se atrevía a desafiarlo, le daría una paliza; debía pensar en su hijo. Lo más seguro sería mostrarse sumisa hasta que encontrara la manera de escaparse o que la rescataran; su corazón rezaba por que Abel la encontrara.

—Eli... Eli... —musitaba en un tono amenazante Veneno—. ¿Me has echado de menos?

—Quiero pedirte perdón... —se apresuró a decir ella en un intento por ganar tiempo—. Sé que no estuvo bien desaparecer sin decir nada.

—¡Cállate la puta jeta, tu perdón no me sirve de nada!

Eli tragó saliva, Veneno estaba enfadado de una manera punzante, lo captaba en el brillo de su ojo bueno.

—¿Y Norma? —preguntó ella temiendo lo peor, Veneno era capaz de todo y más.

—¿Desde cuándo te preocupas por los demás? Preocúpate por ti, que bastante tienes.

—Norma no ha hecho nada, déjala libre.

Veneno echó la cabeza atrás y rio con descaro.

—¿Dejarla libre? —La agarró por el cuello y la atrajo a él—. Es la puta de Cobra y quiero chingármela delante de él. Será una estampa linda verlo sufrir.

Eli notaba cómo los dedos de Veneno eran serpientes que apretaban su cuello; le faltó oxígeno, con desespero le agarró la muñeca y tiró de ella. Él apretó un poco más y, cuando consideró que le había dado una pequeña lección, la dejó libre. Eli cayó de rodillas al suelo y empezó a toser en busca de aire, aun así se recompuso rápido y levantó la vista.

—Ella y Cobra no tienen ninguna relación.

—Llevo semanas vigilando a Cobra, por supuesto que a ti y a Abel también. ¡No me tomes por estúpido!

—No he dicho que seas estúpido —afirmó levantándose del suelo.

—¡Cállate! —Levantó la mano para pegarle, pero se detuvo en el último momento—. Si no fuera porque llevas a mi hijo en tu vientre, te mataba a golpes ahorita mismo.

Eli abrió los ojos, no le reconfortaba que supiera la verdad. Había tenido la esperanza de que Carla no le hubiera contado nada antes de morir. Él pareció leerle los pensamientos, soltó una risita como si le divirtiera verla tan afectada.

—Sí, lo sé todo, tu comadre cantó como un pajarito antes de cortarle el cuello.

Eli quiso gritarle y recriminarle su acción, Carla no merecía morir de aquella manera. Tuvo miedo y retrocedió un par de pasos. Si bien siempre

había visto a Veneno como un hombre oscuro y despiadado, nunca le había importado, porque le pagaba su buena vida y sus lujos. Pensar en las veces que se había acostado con ese hombre la llenaba de pesar y remordimientos. El deseo de borrar esa parte de su pasado se hacía grande en su interior. Tuvo ganas de escupirle su arrepentimiento; con todo, debía actuar con inteligencia y no provocarle, de modo que se centró en intentar que le explicara sus intenciones.

—¿Qué me vas a hacer? —preguntó ella, notaba la bilis ascender a su boca.

El asesino entrecerró su ojo bueno, Eli palpaba la maldad en su expresión y se tensó a la espera de un golpe, que para su alivio no llegó.

—Encerrarte y mantenerte viva y sana durante el embarazo. Abel y Cobra me arrebataron a mi hermano Baby, pero no permitiré que me quiten a mi hijo.

—También es mi hijo.

—Esperaré a que nazca, me chuleaste, linda, y te torturaré hasta la muerte. Desaparecerás de la vida de mi hijo, no necesita a una madre traidora como tú.

Sin lugar a dudas, cumpliría lo que le estaba diciendo; a Eli le temblaron las rodillas y retrocedió hasta chocar con la pared. Pensó en la manera de escapar de ese monstruo, pero él era bastante más grande que ella y también más fuerte, además, estaba embarazada y no le permitía ser muy ágil. Él no dejaba de intimidarla con su expresión feroz y su ojo bueno reflejaba que de nada serviría apelar a su buena voluntad, pues jamás la perdonaría. Aun así, su parte maternal salió a flote y no pudo callarse.

—El vínculo entre madre e hijo es tan grande que nunca podrás cortarlo. — Se llevó su mano a su vientre y se lo acarició—. Él o ella sabe que lo amo y ese amor no lo podrás matar.

Veneno acortó la distancia que los separaba y la agarró de la barbilla y la apretó. Eli temió que le rompiera la mandíbula.

—Eso ya lo veremos —sentenció él.

Uno de los secuaces de Veneno apareció de pronto.

—¡Ya están aquí y vienen solos!

—¿Lo habéis comprobado?

—Sí, y están solos.

Veneno sonrió, soltó a Eli y se marchó. Ella se acarició la barbilla y movió su mandíbula de un lado a otro, por suerte todo seguía en su lugar. Su corazón se hinchó de felicidad al comprender que tal vez Cobra y Abel habían dado con ellas. Corrió a la puerta y pegó la oreja en la batiente, escuchó que Veneno daba órdenes. Si sus cálculos no fallaban él necesitaba a todos sus hombres para capturarlos, por lo que no habría ningún guardia vigilando la puerta. Era tanta su sed de venganza que estaba cometiendo errores estúpidos, como el de dejarla sin nadie custodiándola. Seguramente la creía incapaz de escaparse sin ayuda; era el momento de darle una lección.

Empezó a pensar deprisa mientras buscaba entre los escombros, que había esparcidos aquí y allá, algo que le sirviera para abrir la cerradura. Miró al techo y uno de los ganchos le serviría, pero la cadena estaba demasiado alta. Echó un vistazo y no había ninguna silla o caja en la que pudiera subirse. De pronto se acordó de su capelina, que mantenía sujeta con un par de horquillas escondidas detrás de las orejas y sonrió esperanzada. Había visto a Veneno enseñar a sus hombres a abrir cerraduras; ella nunca lo había hecho, pero se acordaba de haberlo visto hacer, solo tendría que imitar sus movimientos.

La mujer se quitó las dos horquillas y las abrió, forzándolas a que quedaran abiertas. Se acercó a la puerta e introdujo la punta de una de ellas en la parte de arriba de la cerradura y la otra en la parte de abajo. Empezó a apretar delicadamente, moviéndolas para encajarlas en las pines; estaba tan concentrada que sudaba. La suerte del principiante hizo el resto, o tal vez fuera esa fuerza divina en la que creen Los Hijos de la Luz, porque un clic la alertó de que, tal vez, había conseguido su objetivo. Dio la vuelta al pomo y empujó un poco, Eli no podía creérselo, pues la puerta se abrió. Se guardó las horquillas en el bolsillo, ya que no sabía si habría más puertas cerradas.

Un vez fuera decidió que primero buscaría a Norma, con toda seguridad

estaría encerrada. El primer problema surgió nada más empezó a buscar, pues en muchos tramos no había luz y debía guiarse palpando la pared y yendo con mucho cuidado por donde pisaba. Por suerte alcanzó un largo pasillo, ligeramente iluminado por la luz que entraba por una puerta abierta que había al final. Corrió hacia allí y se encontró con unas escaleras que accedían a un sótano del que colgaban de forma rudimentaria unos focos viejos. Dedujo que eso sería bueno porque significaba que debía haber alguna actividad.

Otro pasillo, sin embargo, este mucho más corto que el anterior. Caminó sin hacer ruido por los escalones; cuando llegó al final, se dio cuenta de que giraba a la izquierda. Sacó la cabeza, lo justo para mirar si había alguien, solo vio un par de sillas vacías y una puerta cerrada. Caminando con mucho sigilo se acercó y casi estalla en carcajadas al ver la llave puesta en la puerta. Los vigilantes no debían ser muy listos, la abrió y cuando inspeccionó su interior vio a Norma agazapada en un rincón, llorando desconsoladamente.

—¡Norma! —exclamó Eli.

Norma dejó de llorar y alzó el rostro, se levantó y corrió hacia Eli, que abrazó con auténtica gratitud.

—¿Estás bien? —preguntó Norma mirando su vientre.

—Sí, creo que Abel y Cobra están aquí, tenemos que ayudarlos.

—Pero ¿cómo?

—Ya se nos ocurrirá algo.

A Norma le gustó la iniciativa de Eli; sin duda, se trataba de una mujer fuerte. Necesitó de un par de minutos, pues el frío y el miedo le había entumecido el cuerpo y lo sentía como si fuera un bloque de carne congelada. Luego, las mujeres salieron de allí, cogieron el pasillo que habían cruzado antes Eli, siempre con sigilo y en alerta por si veían o escuchaban algo. Se encontraron con una escaleras que las llevaron a la que debía ser la zona de oficinas. El sitio estaba abandonado y lleno de polvo, con telarañas en un techo de donde habían caído placas, algunas permanecían medio colgando. Las ventanas estaban sucias, aun así se podía apreciar en el exterior que amanecía.

Cuando las mujeres se disponían a salir de allí, escucharon a lo lejos varios disparos. Eli y Norma se miraron, solo esperaban que esas balas no hubieran dado muerte a Abel y a Cobra.

Capítulo 12

Abel y Cobra solo habían tardado unas horas en dar con el paradero de las mujeres. Veneno había dejado una nota dentro del coche, que seguía en el aparcamiento del supermercado. Les daba hasta el amanecer para presentarse al matadero abandonado, o si no empezaría a enviarles trozos de sus chicas.

Abel detuvo el automóvil frente a un edificio que tenía el aspecto de haber salido de una pesadilla. La escasa luz del amanecer envolvía el lugar y proyectaba una sombra alargada y deforme en el suelo, añadiendo más tenebrosidad al lugar.

—Es aquí —dijo Abel deteniendo el vehículo.

—Reconozco que es digno de Veneno —comentó Cobra nada sorprendido—. Solo espero que tu descabellado plan salga bien.

Abel giró el rostro y lo miró, que no confiara en su estrategia lo consideraba normal dadas las circunstancias. Cobra estaba más versado en estrategias, pues en su mundo había que sobrevivir a diario y habían sido muchas las veces que había tenido que escapar de sus enemigos.

—Pareces olvidar que Eli y mi hijo también están ahí dentro, ¿te crees que no lo he meditado bien?

—Perdona, parezco un jodido insensible, son los nervios que no me dejan pensar.

—Si no estoy enfadado, sé que es difícil para ti, siempre has estado acostumbrado a llevar tú la iniciativa. Solo te pido que confíes en mí, tengo

mucho que perder, ¡ambos tenemos mucho que perder!

A Cobra se le hacía difícil confiar en un plan que no tenía ni pies ni cabeza. Tal vez Abel tenía razón cuando le comentó su plan y le dijo que el factor sorpresa les daría unos segundos de ventaja. En un primer momento no estuvo de acuerdo, pero logró convencerlo, de modo que echó mano a la fe de la que hablaba Norma y respiró tranquilo.

Abel se sintió más aliviado al darse cuenta de que confiaba en él. Antes de salir del coche repasaron la estrategia, también eran conscientes de que algunas cosas tendrían que improvisarlas y eran, precisamente, esas improvisaciones las que podían poner en peligro todo el plan. Pero no quisieron pensar en ello, Abel confiaba en su fe y en que las fuerzas divinas les echarían una mano.

Abel abrió la puerta para salir, pero se lo pensó mejor y miró a su compañero.

—Sé que el hijo que espera Eli es de Veneno.

Cobra inspiró y dejó salir el aire de golpe.

—¿Al fin te lo confesó? Eli diciendo la verdad... increíble.

—Quiso hacerlo, pero no la dejé, no había necesidad alguna de que pasara por un mal trago. Solo me hizo falta ligar cabos, era tan evidente todo que hasta un tonto se hubiera dado cuenta. Soy el padre de esa criatura, lo siento en el corazón y nada más importa, y así se lo transmití a ella.

—Eres un hombre excepcional, tomaste la decisión correcta al regresar a Valleverde. También reconozco que Eli ha cambiado, nunca lo hubiera imaginado, pero he visto su transformación y empiezo a pensar que es digna de ti.

—Siempre amé a Eli, desde niños...

Las palabras se atascaban en su garganta. A veces, no podía dejar de pensar que, tal vez, no la vería de nuevo con vida; entonces un escalofrío le recorría todo el cuerpo. Cobra se dio cuenta, le apretó el hombro en un gesto de apoyo.

—Las salvaremos, a las dos, y todo esto será un anécdota para explicar a

tus nietos cuando seamos viejos y se nos caiga la baba.

Abel sonrió, su amigo tenía el don de calmarlo. Con ánimos renovados salieron del vehículo y enfilaron a un destino incierto. Veneno había dejado bien claro en la nota que, si avisaban a la policía, las ejecutaría de inmediato. Cobra conocía la mente retorcida de su adversario, esa maldad innata tan característica en su persona, lo dotaba de una inteligencia magistral. De hecho, Abel y Cobra estaban preparados para morir, pero ambos habían hecho la promesa de no hacerlo antes de liberar a las mujeres.

Entraron en el matadero, accedieron por una gran puerta corredera, tuvieron que emplear la fuerza bruta para arrastrarla a fin de que se abriera. Nada más pusieron un pie en el interior, la muerte los envolvió en su tul frío y no pudieron evitar estremecerse. Los pelos de sus nuca se erizaron, pero el anhelo de ver a sus mujeres libres y vivas ahuyentó el miedo, al menos de momento. Escucharon un ruido y Abel y Cobra levantaron las manos en señal de rendición.

Unos focos de gran intensidad colgados en el techo se encendieron de pronto, ambos quedaron cegados por escasos segundos, oyeron unos pasos y, cuando la vista se acostumbró a aquel chorro de luz, apareció Veneno; detrás suyo estaban cinco de sus esbirros. Era evidente que se había preparado para una emboscada, pues Abel y Cobra sabían que habría más secuaces escondidos por ahí, a la espera de atacar si era necesario. Para que su plan saliera bien era necesario descubrir dónde estaban escondidos.

Veneno esbozó una sonrisa que era más tenebrosa que cordial.

—Me siento decepcionado —criticó el delincuente—. No esperaba tanta sumisión.

Se sacó el arma y disparó varias veces cerca de los pies de sus rehenes, estos ni se inmutaron. Sabían que Veneno no habría ideado todo aquello para matarlos con rapidez, por lo que se mantuvieron erguidos y con los brazos levantados.

—¿Y Norma y Eli? —preguntó Abel.

—A su debido tiempo... —dijo el delincuente.

—Este matadero me trae agradables recuerdos —dijo Cobra captando toda la atención de su captor—. ¿Te he contado la vez que estuve comiendo el mejor filete de ternera de mi vida con un mercenario asesino de un cártel colombiano? Cortaba la carne con una maestría digna del mejor cirujano. Me explicó que mejoró su técnica con sus víctimas, era un artista, y me enseñó a descuartizar piezas de carne a la perfección. Sin duda, este lugar le inspiraría, tal vez tendría que traerlo de excursión por aquí.

Hubiera sido la última vez que hubiera hablado, si no hubiera dado un salto hacia atrás. Como siempre, Veneno no decepcionaba: estaba acostumbrado a vivir sin honor y, en un abrir y cerrar de ojos, se había sacado un cuchillo escondido a su espalda. Aun así, Cobra se sintió satisfecho al captar la irritación de su enemigo; que él se tomara su captura con tan buen humor, lo sacaba de sus casillas. Porque Veneno se sentía grande e indestructible cuando causaba miedo a sus víctimas, pero no lo estaba consiguiendo con ellos dos y le irritaba.

—Tienes buenos reflejos, perro maldito —escupió con furia el asesino—. Pero no te servirán para lo que te tengo preparado.

Mientras, Abel escrutó aquí y allá en busca de los puntos débiles, se llevó una sorpresa cuando se dio cuenta de que los esbirros escondidos empezaban a mostrarse, pues habían descartado la emboscada y se sentían seguros. Ilusos, si supieran lo que les esperaba... rezó para que todo saliera como estaba previsto.

Eli y Norma podían escuchar sus corazones pulsando frenéticamente dentro de sus costillas. Habían conseguido llegar a un almacén anexo a las oficinas. La intensa luz que salía por puertas y ventanas abiertas les había servido para guiarse, concluyeron que de allí habían salido los disparos que no hacía

mucho acababan de escuchar. A medida que se acercaban, no tardaron en advertir voces; reconocieron la de Cobra, y Norma casi se echa a llorar de la emoción.

Las mujeres se agazaparon y, a gatas, se fueron acercando al sitio. Se escondieron detrás de unos barriles y sacaron las cabezas. La escena no las reconfortó, pues comprobaron atónitas cómo Veneno había capturado a Abel y a Cobra.

—¿Qué vamos a hacer? —susurró Norma.

—No tengo ni idea, debemos pensar algo deprisa.

Lo que pasó a continuación dejó a las mujeres petrificadas. De la nada aparecieron gran parte de los integrantes de los Hijos de la Luz blandiendo palos alargados y se abalanzaron como una gran ola sobre los delincuentes. La sorpresa los había pillado desprevenidos y, en segundos, muchos de ellos fueron desarmados y retenidos. Veneno miró la metralleta que se le había caído a uno de sus hombres y fue en su busca, Cobra dedujo sus intenciones y corrió tras él. Ellas dejaron de ser espectadoras y pasaron a la acción con el fin de ayudarlos.

Abel tuvo que dejar que su compañero se hiciera cargo de Veneno, pues vio cómo uno de los esbirros que había conseguido escapar, se disponía a disparar hacia el lugar donde Los Hijos de la Luz tenían retenidos a los delincuentes. Saltó encima de él, le agarró la muñeca con toda sus fuerzas, apretó y apretó hasta que sintió un hueso crujir. El individuo lanzó un grito y el arma cayó al suelo. Inmediatamente después lo empujó al lugar donde estaban los demás retenidos.

—¡Abel! —gritó Eli detrás de él.

El hombre se dio la vuelta, su sorpresa fue mayúscula y su sonrisa iluminó a su esposa. Ella levantó su mano y con el índice resiguió su boca, tenía la necesidad de tocarlo, de comprobar que fuera verdad que él estaba allí. Abel se estremeció y dio gracias a Dios por que todo hubiera salido bien. La pareja no se contuvo, se abrazaron con desesperación, el tiempo se detuvo, pues

tenían la necesidad de sentir que la vida aún circulaba por sus cuerpos. Él acunó entre sus manos el rostro de ella y le besó su frente, mejilla, nariz...

—¿Estás bien? —dijo retrocediendo un paso, la miró de arriba abajo.

—Sí, muy bien —le aseguró ella.

Mientras ocurría todo aquello, Cobra estaba enfrascado en perseguir a Veneno. Este maldecía a sus hombres por no haber comprobado bien que Abel y Cobra estuvieran solos, un error de principiante que le había costado su fracaso. Aun así no se dio por vencido y, con la rabia pulsándole en las sienes, alcanzó la metralleta. Pero en el instante que se disponía a utilizarla contra todo ser viviente que se pusiera por delante, Cobra lo atrapó, embistiéndolo como si fuera un tren de mercaderías. El delincuente no dejó caer su arma, pues era su única oportunidad y quiso golpearlo con ella, pero un flexible Cobra logró curvarse hacia atrás en el último momento.

No obstante, Veneno logró lanzar su pierna contra las del otro y lo alcanzó, derribándolo al suelo. Era la oportunidad de Veneno y le pateó las costillas con fuerza, Cobra se quedó sin aire. El dolor era punzante, aun así su cara tenía la expresión de decirle que golpeaba como un viejo con artrosis. Esbozó una sonrisa y el destello blanco de sus dientes acabaron por enfurecer a su verdugo. Sin pensárselo, un Veneno enajenado levantó la metralleta para dispararle todas las balas que pudiera.

Pero el delincuente no contaba con la aparición de Norma. Nadie hubiera pensado que esa mujer, cuyos ojos evocaban la paz y la bondad del cosmos, fuera capaz de asestar un golpe hábil y efectivo en la cabeza, con un hierro oxidado que había encontrado en el suelo, derribando a su enemigo, que cayó al suelo como si fuera una piedra. Cobra abrió los ojos como platos, verla allí de pie provocó que el dolor de sus costillas desapareciera. Esa extraordinaria mujer, en todos los sentidos, le acababa de salvar la vida.

—¿Lo he matado? —dijo una Norma preocupada e impactada por lo que acababa de hacer.

Dejó caer el hierro y se arrodilló junto a Veneno, utilizó su capelina para

tapar el boquete que tenía en la parte superior del hueso occipital. Cobra, aún en el suelo, no supo si besarla o regañarla por preocuparse por un hombre que no le hubiera importado matarla de la manera más cruel posible. Optó por lo primero, la agarró del brazo y la atrajo a su cuerpo. La besó profundamente, un beso que se interrumpió con brusquedad cuando se escucharon las sirenas de los coches de los Mossos d'Esquadra. Cobra se levantó ayudado por Norma; de hecho, él esperaba que aparecieran de un momento a otro, pues era la parte final del plan que había trazado Abel. Los funcionarios hicieron acto de presencia junto a Javi e Iván, el abogado miró en dirección a Cobra, este asintió. A Norma no le hicieron falta explicaciones, entendió demasiado bien la situación, miró al hombre que amaba y le hizo una promesa.

—Te esperaré el tiempo que haga falta, lo juro.

Cobra quiso hacerle el mismo juramento, pero era consciente de que, a lo mejor, declarar contra Veneno y ofrecer su ayuda en la resolución de importantes asesinatos sin resolver, y también mostrarles cómo blanqueaban dinero las principales mafias de la ciudad, no fuera suficiente para hacer un trato y salir de la cárcel. Decidió guardar silencio y le dio un último beso, tomó su boca con delicadeza y la embistió con su lengua. Quería atesorar en su corazón el sabor de sus labios, la sensación de plenitud que experimentaban todos sus sentidos cuando la tenía cerca.

Mientras, los Mossos detuvieron a todos los delincuentes, incluido Veneno, que despertó mareado y maldiciéndolos, tenía la sensación de que el techo hubiera caído sobre él. Aun así, se resistió todo lo que pudo, pues sabía que, si lo metían en la cárcel, era hombre muerto. Se había echado demasiados enemigos poderosos, tan crueles como él, a los que había estafado y engañado, y a los que se les presentaba la oportunidad para acabar con su vida.

Y, entre tanto, dos funcionarios ya se habían acercado a Cobra, tiraron de él hasta que se separó de la boca de Norma. Lo esposaron, a diferencia de Veneno, él no opuso resistencia, después le relataron sus derechos. Eli se acercó a su amiga y, viendo que había estallado en sollozos incontrolados, le

rodeó los hombros con su brazo izquierdo, en un gesto cariñoso y de apoyo. Norma sintió que su interior se vaciaba para dejar espacio a una soledad que ya no le gustaba. En su pecho un ciclón de sentimientos la dejaron temblorosa; era incapaz de creerse que Cobra se fuera, solo esperaba que no fuera para siempre.

Abel siguió a los policías que se llevaban a su amigo.

—Gracias, chavalote —soltó Cobra mirando al que consideraba su hermano —, me has devuelto a la vida.

Abel comprendió demasiado bien a qué se refería: enamorarse de Norma y vivir en Valleverde le habían hecho morir para nacer de nuevo.

—Cuidaré de ella —le dijo Abel mientras su amigo subía al coche policial.

—No dejes que me visite en la cárcel, no lo soportaría y ella tampoco.

Abel asintió antes de que el Mosso d'Esquadra cerrara la puerta del vehículo. Con lágrimas en los ojos vio cómo el coche, con sus sirenas rojas móviles y ruidosas, se alejaba.

Era inicio de verano y Valleverde rebosaba vida. Las montañas estaban verdes. Los pájaros cantaban sinfonías. Las mariposas aleteaban sus alas coloridas. Las abejas iban de flor en flor. Los campos ya lucían el color dorado de la siega. Y el sol bendecía con sus rayos cálidos que la naturaleza fuera una explosión de oportunidades.

Eli estaba de parto en su hogar. Un embarazo sin contemplaciones y una madre que había rebotado salud durante el periodo de gestación habían sido incentivos suficientes para que decidieran tenerlo en casa. A la parturienta la asistía Norma, pero, si el parto se complicaba, el médico del CAP más cercano estaba avisado y permanecería localizable hasta que Eli diera a luz.

La parturienta gritaba a cada contracción. Por más que juraba y perjuraba que la siguiente la aguantaría sin abrir la boca, terminaba sucumbiendo al

dolor de sentir que se partía por la mitad. Llevaba cinco horas con contracciones y el final se acercaba. Yacía en la cama, ligeramente levantada por dos cojines que tenía a su espalda, estaba desnuda y tenía los muslos abiertos. Abel estaba arrodillado a su lado y le agarraba la mano. Su hermana Lucía entraba de vez en cuando para asegurarse de que todo estaba bien.

—Eli, el bebé ya ha coronado, vas a tener que empujar con todas tus fuerzas a la próxima contracción.

—Vale... —dijo la futura mamá; a esas alturas ya estaba cansada y tenía ganas de que acabara aquel dolor—. Tengo la boca seca.

Abel mojó un pañuelo en un vaso y se lo puso a su esposa en la boca. Por precaución no le podían dar líquidos ni alimentos, por si tenía que intervenir el médico de urgencia. Eli chupó el trozo de ropa como si fuera el mejor de los manjares.

—¡Oh... ya llega otra contracción! —gritó Eli.

—Venga, aprieta, que tú puedes —le soltó Abel.

—¡Maldita sea, ya sé que tengo que apretar, no me digas lo que ya sé! —exclamó la parturienta fuera de sí por el dolor, agarró las manos de su marido y las apretó con tanta fuerza que Abel no pudo evitar gritar—. ¡Te aguantas, yo estoy peor...!

Dicho esto, se apoyó por los codos y se concentró en la tarea, su rostro quedó rojo por la fuerza que empleaba al apretar. La contracción duró lo que a ella le pareció una eternidad, sintió sus carnes tensarse de tal manera que temió que se desgarraran. Por fin, la contracción se diluyó y ella se dejó caer sobre los cojines mientras jadeaba en busca de aire.

—¡Muy bien, Eli, la cabeza ya está fuera!

—Menos mal, no creo que pueda aguantar otra contracción como esta.

—Te sorprenderías de lo que serías capaz de aguantar, ahora queda expulsar el cuerpecito, pero ni de lejos te costará tanto, lo más difícil ya está hecho.

Abel miró a su esposa, tenía mechones rizados pegados a sus sienes

sudorosas debido al esfuerzo y en sus ojos grises había una mezcla de irritación y hastío, echó la cabeza atrás, impresionado.

—No pienso volver a pasar por este infierno, ¡te mataré si te atreves a dejarme embarazada!

El hombre no se atrevió a contrariarla, tal como estaba era capaz de darle un puñetazo.

—Tranquilo —intervino Norma—. Todas dicen lo mismo y todas terminan teniendo más hijos.

—Yo seré la excepción, ¡lo juro!

Era evidente que la parturienta ya estaba harta, Abel miró hacia abajo, el espectáculo no era agradable, había sangre y una cabeza cubierta de pelo moreno y una especie de grasa ocre. Sintió que el estómago se le revolvía.

—Creo que saldré un rato a tomar el aire... —susurró él.

No esperó a que ellas le dijeran nada y salió rápido.

—Tan valiente que es cuando las vacas paren y a mí me deja sola —comentó Eli, no pudo evitar reírse; Norma se contagió de su risa—. Ahora no podrá burlarse de Iván; cuando nació Pere, se desmayó en la sala de partos.

Las mujeres rieron a carcajadas, eso le sirvió a Eli a fin de tomar fuerzas para el último empujón. Abel ya estaba bajando las escaleras. Abajo estaba Lucía preparando café e Iván se hallaba construyendo un puzle con su hijo, ambos permanecían sentados en el suelo. Entre ellos había gran cantidad de diminutas piezas, apenas tenían un pequeño trozo montado.

Cuando Lucía se percató del semblante ceniciento de su hermano se preocupó.

—¿Sucede algo?

—No, necesitaba tomar el aire, hace calor.

Se escucharon las risas de las mujeres en la planta de arriba y Lucía e Iván comprendieron, no pudieron evitar sumarse a las risas.

—Llevas años burlándote de mí, quien me iba a decir que me llegaría el momento de desquitarme —soltó Iván de muy buen humor.

—Ya os lo he dicho —aclaró Abel—, es el calor y los nervios...

Ninguno de los dos le creyó.

—Claro, el calor... —dijo Iván buscando una pieza de puzle que encajara con la que acababa de colocar—. Acepto pulpo como animal de compañía.

—Te estás divirtiendo, eeh —se quejó un ofendido Abel.

—Mucho, la venganza es un plato que se sirve frío, o eso dicen.

Lucía se aguantó la risa, su hermano estaba nervioso y no quería enfadarlo más. De todos modos estarían años recordando ese momento. Hombres... tan valientes y tan sensibles a la vez. De pronto, el llanto de un recién nacido provocó que los tres contuvieran el aliento. Escucharon el lloriqueo como si de música se tratara; sus rostros mostraban una felicidad que se transformó en espléndidas sonrisas. Fue Lucía la primera que habló.

—Parece que ya eres papá, felicidades, hermanito.

A Abel se le llenaron los ojos de lágrimas y subió los escalones a la carrera. Entró en la habitación tan deprisa como el aire. Se quedó inmóvil y mudo al contemplar la bella estampa: su esposa acunaba en sus brazos a un hermoso bebé envuelto en una toalla blanca, en aquel momento, como si notara su presencia, silenció su llanto. Norma se acercó a él.

—Es una preciosa niña.

Abel, poseído por la felicidad más grande que jamás había experimentado, se acercó a su mujer. Se sentó a su lado y se quedó maravillado cuando contempló el rostro inocente de su hijita. Tenía sus diminutos ojos abiertos y se agitaba con parsimonia. Aunque Norma no había terminado, pues debía asegurarse de que Eli expulsara toda la placenta, además de limpiarla a ella y a la recién nacida, salió de la habitación comprendiendo que necesitaban unos instantes de intimidad.

—Es preciosa —dijo el emocionado papá.

Eli asintió con la cabeza, lloraba debido a la emoción; no podía dejar de contemplar a su retoño, su pecho se quedaba pequeño de tanto amor.

—Tiene los ojos de mi madre.

La voz de Eli se quebró en el aire, Abel miró los ojos de su hija: eran grises, rebosantes de vida como los de su suegra. Su mujer estaba en lo cierto.

—Tienes razón, nuestra hija ha decidido su nombre: María.

Por más que lo intentaba, Eli no podía dejar de llorar, era tan grande la felicidad que sentía en su interior que tenía la sensación de estar flotando. No cambiaría la vida que tenía por ninguna otra. Se centró en su marido y lo adoró con sus pupilas abiertas.

—Os quiero, sois mi razón para mejorar como mujer, madre y esposa — confesó Eli.

Abel besó la frente de su hija, hizo lo mismo con su mujer.

—Yo también os quiero, siento que los milagros sí existen.

Las abrazó, agradeció a la vida y al Cielo que le hubieran honrado con tanta felicidad.

María había cumplido cinco meses de vida. El bebé había traído dicha no solo a la pareja, sino a ambas familias. El padre de la mamá siempre buscaba excusas para pasar tiempo con la nieta. Por su parte, Cris estaba encantada con su papel de tía, su deseo más íntimo era el de formar su propia familia y, cuando soñaba en cumplir su sueño, a la mente aparecía Javi. No era un secreto para los suyos que se había enamorado de un hombre que la ignoraba, pues la diferencia de edad era suficiente para que él no se fijara en ella y la viera como a una cría y no como a una mujer.

Eli miró por la ventana del cuarto de su hija, era de noche y nevaba ligeramente. Estaba esperando a que llegara Abel con Norma, a la que había ido a buscar a su casa. Sonrió, pues a lo lejos detectó los faros del coche de su marido. Entonces se acercó a la cuna, la pequeña María jugaba tranquila con la esquina de la sábana, por lo que bajó y abrió la puerta. Eli y Norma se saludaron, la primera instó a pasar, ya que el frío era intenso.

—¿Cuándo empezó a encontrarse mal? —preguntó Norma subiendo las escaleras delante de Eli.

—No ha dormido en toda la noche, creo que son los oídos, le supuraban un poco.

Norma entró en el cuarto infantil y se acercó a la cuna, le echó un vistazo rápido, le tocó la mejilla y concluyó que parecía no tener fiebre, pero era mejor comprobarlo. Abrió su maletín y sacó un termómetro de infrarrojos que le había proporcionado Javi, sencillo de utilizar y también muy eficaz y que no provocaba malestar en los bebés. En un periquete tuvo la temperatura, y tal como había creído cuando la había tocado, no tenía fiebre.

—No tiene fiebre —informó Norma—, eso es bueno porque señala que no hay infección, al menos de momento. Le miraré los oídos.

Sacó el otoscopio y cuando comprobó los oídos por dentro no apreció nada preocupante.

—Pues esta pequeñaja está de maravilla —dijo Norma.

La niña empezó a balbucear y a agitarse, pues quería agarrarse la punta de los pies. Norma sonrió, esa niña rebosaba salud, comprendió que Eli tenía el síndrome de la madre primeriza.

—Me dejas más tranquila. ¿Qué puedo hacer si le coge dolor de oído?

—¿Tienes flor de sauco?

—Sí, recogí en primavera y la sequé.

—Bien hecho, te daré un remedio que no falla. Infusiona un puñado de flor de sauco y le haces vapores en el oído ayudándote de un embudo.

Fue en ese instante que Eli se dio cuenta de las ojeras de Norma, además sus ojos estaban rojos. Era evidente que había estado llorando y ella sabía el motivo de su tristeza.

—Lo echas de menos... —dijo ella compadeciéndose de ella.

Norma asintió.

—Cada día, a cada respiración. Estar sin Cobra me está consumiendo.

Y era cierto. Siempre creía escuchar los pasos de él que regresaba junto a

ella para siempre.

—Ya verás que pronto saldrá de prisión antes de lo que imaginas.

—Intento no perder la fe...

—Esa es la clave de todo... —Le guiñó un ojo, Norma arrugó el entrecejo, no entendía su buen humor. Eli cambió de tema rápidamente—. Siento haberte hecho venir para nada.

—No te preocupes, me alegra verte tan feliz y eso me anima. Tienes una hija preciosa y muy sana.

—Por favor, quédate a cenar con nosotros, al menos deja que te agradezca alguna manera el viaje que has hecho en vano. —Norma estaba a punto de decirle que no hacía falta y que estaba cansada, Eli se dio cuenta y añadió con rapidez—: Por favor, no me digas que no.

Norma tenía ganas de encerrarse en su hogar y llorar hasta quedarse dormida. Le faltaba una parte de ella y no podía evitar echar en falta a Cobra a todas horas. Por otro lado, necesitaba una amiga con la que charlar, de modo que decidió aceptar la invitación.

—Está bien, me quedaré a cenar, además hoy necesito una amiga —confesó sintiendo que el mundo caía sobre ella.

María se durmió y las mujeres bajaron. Cuando llegaron al comedor, la mesa ya estaba puesta. A Norma le resultó extraño que hubiera cuatro platos en vez de tres y lo atribuyó a un despiste de Abel.

—Abel, creo que has puesto un plato de más.

Él se acercó a la mesa y dejó la soperas en el centro de la mesa.

—Creo que no —dijo con una sonrisa pícaras en los labios.

Norma oyó el sonido de la puerta de entrada abrirse y cerrarse a su espalda. Se dio la vuelta, se llevó la mano a la boca y ahogó un grito de sorpresa; casi de desmayas de felicidad.

—Cobra... —susurró con su corazón pulsando desenfrenado—. Sabía que regresarías.

—He removido cielo y tierra para que así fuera. Y ha valido la pena, he

echado tanto de menos esos ojos de maga... soñaba con ellos cada día.

Norma corrió y saltó sobre él. Cobra la atrapó en el aire, la abrazó y empezó a dar vueltas entre las risas felices que no reprimieron. Abel se acercó a su mujer, la agarró de la cintura y la atrajo a su cuerpo, se sumaron a las risas de sus amigos.

—Te quiero... —le confesó Cobra cuando dejaron de dar vueltas y la dejó en el suelo.

—Yo también.

Se besaron con delicadeza, besos verdaderos que vibraron en sus corazones, que expresaban lo mucho que se habían echado de menos. Después, mucho después, Norma miró a Abel y Eli, y dijo:

—María ha sido la excusa para traerme hasta aquí.

—Más o menos —reconoció Abel—. No quería perderme esta escena.

—¡Ni yo! —soltó Eli.

—Si ya habéis acabado, podríamos cenar, tengo hambre —dijo con humor Abel.

A Cobra poco le importaba mostrarse efusivo, sin embargo, Norma enrojció, pues nunca se había mostrado tan descarada delante de nadie. Cobra la besó en la mejilla, tanta inocencia le conmovía. Atrás quedaban para siempre los días encerrado, soñando con ese momento. Había tenido mucho tiempo de pensar en la cárcel, y se había dado cuenta de que el Cielo le había ofrecido a Norma a cambio de que se volviera mejor persona. Y había valido la pena, porque no imaginaba la vida sin su maga de ojos divinos y cuerpo de hada.

Los cuatro se sentaron a cenar. Cobra tenía muchas cosas que explicar. Comentó que habían detenido a muchos delincuentes gracias a las informaciones que había facilitado a la policía. También habían desarticulado bandas criminales que se dedicaban a la droga y a la prostitución con menores. Dejó para la último el asesinato de Veneno, que lo habían matado de una brutal paliza en prisión. Todos enmudecieron, sabiendo que a todos les alcanza el

karma.

Cobra no quiso hablar más del tema, porque había dejado atrás aquel pasado. Ansiaba como un loco un futuro junto a Norma y así se lo hizo saber. La nueva pareja decidió casarse al día siguiente, pues no podían dejar pasar ni un minuto más, demasiado habían esperado ya.

Todo era felicidad y el tiempo pasó tan deprisa que llegó medianoche sin que se dieran cuenta. Los futuros prometidos se marcharon, Abel y Eli recogieron la mesa. Después se dispusieron a meterse en la cama, no sin antes de que Eli echara un último vistazo a su hija, esta seguía durmiendo. Ya tranquila, se fue al dormitorio de matrimonio y Abel se estaba desvistiendo, ya se había quitado la camisa y permanecía sentado sacándose las botas.

—¿Qué te parece si le damos a María un hermanito?

A Eli se le desencajó la mandíbula.

—¿Lo dices en serio?

Abel, ya descalzo, se levantó y se acercó a ella, la atrajo a su cuerpo y la apretó contra él. Ella notó su erección, se mordió el labio y alzó sus perfiladas cejas, su cuerpo se impacientó.

—¿No te gusta jugar a papás y mamás? —ronroneó él con erotismo.

Eli echó la cabeza atrás y prorrumpió a carcajadas. Su marido aprovechó para besar la curva de su cuello.

—Mmmmm... —murmuró de deseo ella—. Lo que me gusta es lo que hacen los papás y mamás en la cama...

Se acariciaron, el fuego prendió dentro de ellos. Abel le hizo el amor con ternura, le confeccionó un vestido de besos, hubo cariño en cada embestida y ambos temblaron de pasión, tal como siempre habían soñado.

El amor era el camino y la felicidad, el premio.

Epílogo

Llegó la Navidad y las familias de Eli y Abel se reunieron al completo para celebrar unas fiestas tan señaladas. Rodeaban una gran mesa rectangular, a la dicha también se habían unido Cobra y Norma. No los unían lazos de sangre, pero el sentimiento de una estima sincera aún era mucho mayor y formaban parte de la dos familias; como Javi, que estaba con ellos saboreando el momento. Cris había hecho lo imposible para que este se sentara a su lado, y lo había conseguido. De todos era sabido el enamoramiento de la adolescente. Por su parte, Javi, no le daba importancia; lo veía más como un capricho pasajero debido a su inmadurez, pues él veía a una niña y no a una mujer y nunca podría verla de otro modo.

Abel y Eli aprovecharon que estaban todos reunidos para anunciar que serían de nuevo papás. Nueve meses después nacieron dos hermosas gemelas y Abel se sintió un hombre privilegiado al verse rodeado de una reina y tres princesas.

FIN

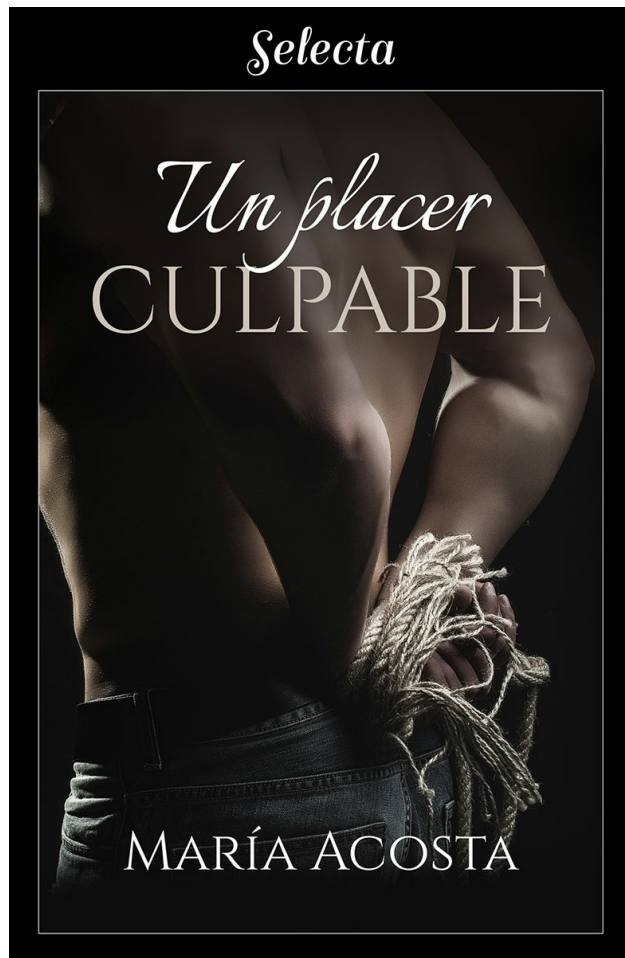
Si te ha gustado

Verdades y mentiras

te recomendamos comenzar a leer

Un placer culpable

de *María Acosta*



I

Cuando una persona muere, todo lo suyo cabe en una bolsa. Daniel suspiró, contemplando abatido la bolsa de plástico que el hospital les había entregado la noche anterior, a las pocas horas de haber muerto el tío Charlie: al final, el cáncer de estómago se lo había llevado y atrás solo quedaba aquel envoltorio precintado que contenía su ropa, sus llaves, su cartera... No era justo. La vida de Charles Petrov no podía reducirse a un puñado de objetos. Él significaba mucho más que todo eso.

El día anterior aún le parecía un sueño, un puñado de imágenes surrealistas atrapadas en la neblina de su cerebro: el doctor anunciándoles la muerte de Charlie que, por mucho que ya se la hubieran esperado, no fue menos dolorosa o sorpresiva para ellos; los trámites y el papeleo, que había tenido que rellenar junto a un Alex pálido y todavía en shock, el cual había mantenido la compostura el tiempo suficiente para llegar hasta el coche. Entonces se había deshecho en lágrimas... Los dos lo habían hecho. No recordaba cuánto les había llevado salir del aparcamiento, ni tampoco el viaje de vuelta al apartamento. Pero sí recordaba a su marido en el asiento del copiloto, llorando como un niño pequeño.

Charlie había sido un padre para él. Esa noche tuvo que darle un sedante para que durmiese. Y, tras apenas unas pocas horas de sueño, ahí estaba él, sentado a la mesa de la cocina y esperando a que en cualquier momento Charlie apareciese desde el pasillo, con una sonrisa cariñosa y algo adormilada por la morfina, y le dijese en el tono más afable que existía: «Eh, Danny, ¿te apetecen unos huevos revueltos?».

Cerró los ojos y dejó que las lágrimas resbalasen por sus mejillas. Se permitió unos minutos de desahogo y después se recordó a sí mismo que no podía abandonarse, que había cosas que hacer: debían preparar el funeral de

Charlie, y sabía que Alex no podría hacerlo solo. Necesitaba su apoyo...

Lo primero sería quitar aquella bolsa de en medio. Sabía lo que pasaría si su esposo volvía a verla. Así que la cogió para guardarla en el armario del pasillo, lejos de la vista, hasta que estuviesen listos para decidir qué hacer con sus cosas. Al hacerlo, notó que algo crujía dentro... Algo que no sonaba como plástico. Extrañado, observó el contenido de la bolsa y no encontró nada sospechoso. La apretó y volvió a oír ese sonido, de modo que la abrió para revisarla, y pronto sus pesquisas obtuvieron recompensa: en el bolsillo derecho de la camisa de Charlie halló un sobre doblado, de color blanco (no había nada escrito en él) y una vieja Polaroid. La foto mostraba a un Charlie veinte años más joven, flanqueado por dos adolescentes. El de la derecha era claramente Alex, que en la foto debía de rondar los catorce —sería de la época en que se había ido a vivir con su tío, después de la muerte de su padre—, pero al otro chico no lo conocía de nada.

No podía tener más de dieciocho y guardaba cierto parecido con su marido: los dos tenían aquellos pómulos altos, el pelo oscuro y los mismos ojos rasgados. Aunque los de su esposo eran enormes y azules, mientras que los del otro muchacho eran más pequeños y de color negro. ¿Sería un primo, tal vez? Sabía que Charlie nunca había tenido hijos. Y, además, ese joven no se le parecía en nada: tenía rasgos asiáticos, y en cambio Charlie era un ruso caucásico, alto y rubio, a lo Miguel Strogoff. Quizá fuese un pariente paterno: el difunto padre de Alex era siberiano, lo cual convertía a su media naranja en una exótica mezcla entre los ancestros mongoles de su padre y los eslavos de su madre.

Pero Alex le había dicho que no tenía más familia, aparte de su tío... Frunció el ceño, confuso. Al final dejó la foto a un lado, pues no podía sacar nada de esta, y procedió a inspeccionar el sobre. No estaba cerrado. Dentro había un papel plegado, que pronto se reveló como una carta. Estaba fechada una semana después del ingreso de Charlie en el hospital:

Querido Ilya:

Ha pasado tanto tiempo que no sé ni por dónde empezar. Supongo que debería preguntar qué tal te va aunque, por lo que he visto en Internet, parece que bastante bien. No sabes cuánto me alegro, hijo, porque, el día en que nos separamos, no sabía qué iba a ser de ti, y estaba muerto de miedo por lo que pudiese pasar. He querido volver a buscarte tantas veces... Pero nunca me he atrevido: en parte porque soy un cobarde y en parte porque tú mismo me advertiste que no lo hiciera. ¿Y quién era yo para interponerme en tu camino cuando estabas tan decidido a seguirlo? A día de hoy, sigo sin saber si hice bien al hacerte caso. Pero eso ya no tiene remedio, ¿verdad?

Estoy enfermo, Ilya. Cáncer. No me queda mucho tiempo: lo sé por cómo se comportan los médicos. En su profesión supongo que «huelen a muerto», vamos a decirlo así. En fin, son amables y son buenos profesionales; no se les puede pedir más. No tengo quejas a ese respecto.

Alex está muy alterado con todo esto. Intenta ocultarlo, pero yo leo en él como si fuese un libro abierto... Ese chico nunca ha tenido secretos para mí. Supongo que te dará lo mismo oírlo, pero estoy muy orgulloso de él. Se ha esforzado y está llegando lejos en la vida. Además, ha encontrado al compañero perfecto: Danny es un excelente muchacho y quiere mucho a tu hermano. Los dos me han cuidado durante estos últimos meses y se han ocupado de todo. Alex, incluso, pidió una excedencia en su trabajo para poder dedicarme más tiempo. La verdad es que no sé qué habría hecho sin ellos.

En fin, no quiero aburrirte. Sé que eres un hombre ocupado, y yo no tengo muchas novedades que contar, ya que mi vida ha sido básicamente la misma durante estos veintidós años. No ha habido grandes cambios, excepto el cáncer... Y este pronto dejará de importarme.

Lo único que lamento es no poder verte una última vez, antes de irme. Quisiera tenerte cara a cara y hablar contigo, poder sacarme esta espinita que tengo clavada. Sin embargo, sé que no será posible. Ni siquiera tengo una dirección a la que enviar esta carta: tengo la de tu empresa, claro,

¿pero cómo voy a mandar una carta así a una empresa farmacéutica? Igual, ni te la entregarían a tiempo. Podría pedirselo a tu hermano, pero ambos sabemos que se negará en redondo. Y no quiero involucrar a Danny en esto porque él no sabe nada. No quiero meterlo en problemas.

Sabes que siempre he lamentado la animadversión que hay entre Alex y tú. Ojalá hubiese podido acabar con ella, pero nunca pude... Estaba demasiado arraigada, supongo. En fin, eso ya no tiene remedio. Las cosas son como son, y no sirve de nada lamentarse a estas alturas. Este no es momento de llorar, sino de reflexionar y de poner las cosas en orden.

Solo diré que te quiero, Ilya, y que me arrepiento de no haber sido más útil en tu vida. Me hubiese gustado ser un padre para ti y para tu hermano. Ojalá os hubiese encontrado a los dos mucho antes.

Cuídate, hijo. Te deseo lo mejor.

Te quiere.

Charlie.

Estaba estupefacto. Tuvo que releer la carta un par de veces para encajarlo: ¡un hermano! Alex se lo había ocultado. Y Charlie...

De repente, oyó los pasos de su marido en el pasillo y se apresuró a meter la camisa y todo lo demás en la bolsa; la dejó sobre una silla, donde su esposo no pudiese verla.

—Alex. —Se levantó cuando él apareció en la cocina, ya vestido con un pantalón caqui y una camisa blanca. Se le acercó y pudo comprobar que, aunque tenía un aspecto descansado, sus ojos seguían un poco enrojecidos—. ¿Cómo estás, cariño?

—Bien. —Lo abrazó y le dio un beso.

—He hecho huevos revueltos y café—declaró, acariciando su rostro mientras lo observaba con preocupación: todavía estaba un poco pálido y evidentemente afectado—. Hay zumo y leche en la nevera. Y he dejado tus tostadas en el horno, para que no se enfríen...

Alex lo calló con un beso, más largo y cálido que el anterior. Cuando se

separaron, su marido lo miró agradecido y acarició su mejilla con ternura.

—Gracias, cielo.

—De nada.

Sonrió un poco, mientras lo veía acercarse a la cocina a por su desayuno: se sirvió un par de tostadas y unos huevos en un plato. Luego una taza de café solo, como siempre, y caminó con todo hasta la mesa para sentarse.

Él lo siguió, un tanto nervioso: no estaba seguro de si debía plantearle aquello, ni tampoco sabía muy bien como hacerlo.

—Alex.—Su esposo levantó la vista del plato para mirarlo. Él suspiró—. Oye, sé que este no es el mejor momento, pero el funeral de tu tío es mañana y...—carraspeó, armándose de valor—. Tal vez deberíamos avisar a tu hermano.

Por un momento, pareció que su marido se quedaba congelado. Era como si de repente su rostro hubiese perdido la facultad de formar una expresión. Sin embargo, eso cambió en unos pocos segundos: fue plenamente consciente de cómo su esposo tomaba aire y apretaba los labios hasta convertirlos en una fina línea de enojo.

—Yo no tengo ningún hermano—afirmó, en un tono frío y contenido.

—Sí, lo tienes. Lo he descubierto esta mañana: tu tío le escribió una carta, al poco de haber ingresado en el hospital...

—¿¡Y tú has estado fisgoneando entre sus cosas para encontrarla!?!—Se levantó de la silla, enfadado.

—¡No!—Lo miró sorprendido por su arrebató—. Alex, la encontré por casualidad, cuando iba a guardar sus cosas. Hasta ahora no sabía nada de esa carta, ni de tu hermano... Me lo has ocultado todo este tiempo.

—Tengo mis razones.

—Obviamente, está claro que no tenéis una buena relación, y lo entiendo. Pero, ya que Charlie también era su tío, creo que...

—Ilya se largó hace más de veinte años —lo interrumpió, cortante—. Se fue en cuanto tuvo oportunidad, y no volvimos a saber de él. Por lo que a mí

respecta, puede pudrirse en el infierno: yo no tengo ningún hermano.

—Alex, por favor. Tu tío quería verlo antes de morir; por eso le escribió. Pero no sabía dónde enviar la carta, y yo pienso que deberíamos buscar la forma de contactar con él; al menos avisarle que su tío ha muerto...

—No se te ocurra hacerlo.

—Alex...

—He dicho que no, Danny —le ordenó—. Ilya no forma parte de esta familia, y así quiero que siga. No quiero verlo en el funeral, ¿entendido?

Por la expresión de su rostro, sabía que no podría hacerlo entrar en razón. Su marido podía ser muy terco cuando se enfadaba y, obviamente, aquel era un tema en el que no cedería, por mucho que él insistiese. Así que asintió, cediendo solo en parte:

—De acuerdo, no le avisaré del entierro.

—Bien.

Se dio la vuelta y caminó hacia la puerta de atrás, recogiendo de camino sus llaves del aparador que había junto a la salida. Él lo contempló sorprendido.

—¿Adónde vas?

—A la funeraria: hay que ultimar los detalles del funeral.

—¿No vas a desayunar primero? Y creía que íbamos a organizarlo juntos...

—Puedo hacerlo solo, no te preocupes por eso. En cuanto al desayuno, la verdad es que no tengo hambre—admitió. A continuación, hizo una mueca—. Cuando vuelva, me gustaría que hiciésemos las maletas: en cuanto acabe el funeral, mañana quiero regresar a casa. Este apartamento... —miró a su alrededor, como si le doliera—... tiene demasiados recuerdos.

—Por supuesto, lo entiendo. Aprovecharé la mañana para empacar.

Su esposo asintió, conforme, y luego se marchó sin decir nada más. Él se quedó mirando la puerta con aprehensión: nunca le gustaba cuando Alex se comportaba así, de manera esquiva y extraña. Era habitual en él, cuando algo lo afectaba.

Y todo por aquella carta. ¿Qué iba a hacer con esta? Su cerebro no podía

dejar de darle vueltas.

Llamaron a la puerta cuando apenas acababa de sentarse tras el escritorio.

—¡Adelante!

Como cada mañana, su asistente, Huxley Bane, abrió las dobles puertas del estudio y entró haciendo crujir ligeramente la madera a cada paso. Aquel día, su proverbial traje de lino era de color beige, lo que resaltaba mucho más el tono oscuro de su piel. La cabeza rapada y una perilla grisácea hacían que el samoano pareciese aún más intimidante... Como si no fuese suficiente con el hecho de que midiese casi dos metros y tuviese el físico de un exmarine. Era normal que su presencia hiciese parecer más pequeña la habitación de tonos siena, a pesar de que esta era bastante amplia de por sí.

Aquel día, sin embargo, supo que algo iba mal en cuanto sus ojos se posaron sobre él: había inquietud en el rostro del hombre y en sus enormes ojos marrones. Frunció el ceño.

—Hux, ¿qué pasa?

—Ha llegado esto para ti hace una hora.—Se acercó para entregarle una hoja impresa—. Tienes que leerlo.

Y lo hizo. Recorrió con la mirada lo que claramente era una carta dirigida a él y, mientras lo hacía, iba frunciendo el entrecejo cada vez más.

—Es de mi tío—declaró y alzó la vista para mirar a su asistente, extrañado—. Está fechada hace dos meses, ¿quién la ha enviado?

—Un tal Daniel: ha mandado un email, y la carta iba adjunta. No ha dejado más datos, aparte de su nombre de pila.

—¿Lo has investigado?

—Por supuesto, acabo de hacerlo.

—¿Y?

Hux hizo una mueca, como si supiese que el resultado no le gustaría:

—Lo siento, Ilya: tu tío murió hace dos días en el hospital. Al parecer, llevaba meses ingresado.

Se quedó callado. Al cabo de un momento, suspiró y dejó la carta a un lado.

—Bueno, Charlie era un anciano y tenía cáncer, así que eso era de esperar.

—Clavó su mirada oscura en su asistente—. ¿Dónde será el funeral?

—En la iglesia ortodoxa de Queen Street.—Consultó su reloj—. A esta hora, la misa ya habrá terminado.

—¿A qué cementerio van a llevarlo?

—Al de Oahu.

Se puso en pie de inmediato.

—Prepara el coche, nos vamos.

—Ilya, tu hermano estará allí.

—¿Y?

Hux suspiró.

—Quizás... Podrías esperar hasta mañana para presentar tus respetos. Así evitarías un enfrentamiento y, de paso, no meterías en problemas a quien te avisó.

—Nadie tiene por qué enterarse de quién me avisó. En cuanto a lo demás, me da igual: tengo tanto derecho como mi hermano a estar en el entierro de Charlie. Y, si Alexei quiere hacer una escena, es cosa suya. Ahora, haz lo que te digo y prepara el coche.

—Está bien.

—Hux. —Lo detuvo cuando el otro ya iba de salida—. En cuanto puedas, quiero un informe completo de la situación.

—Lo tendrás en tu mesa mañana por la mañana.

—Gracias.

El samoano se despidió con un asentimiento. En cuanto las puertas se cerraron tras él, volvió a suspirar y se puso en pie. Se dirigió al aparador que tenía justo detrás: un bonito mueble con vitrina donde solía guardar las bebidas. Formaba parte de la estantería hecha a medida, en un tono claro de

ébano, que iba a juego con el resto del mobiliario y con la madera que cubría el suelo. Lo abrió para escoger una botella del mejor vodka que poseía, y se sirvió una copa.

La alzó frente a él por unos segundos, mientras cerraba los ojos en un silencioso homenaje:

—Descansa en Dios, tío.

Se bebió el contenido de un solo trago. Luego dejó la copa junto a la botella y se marchó para asistir al entierro.

Verdades y mentiras unirán a Abel y a Eli en un matrimonio que no tendrá nada de dichoso.



Abel se siente feliz, Eli, el amor de su vida, le pide adelantar la boda. Él acepta y, sin embargo, pronto descubre el motivo de sus prisas.

Abel sabe que Eli le ha mentado, se sentirá decepcionado y dolido, pero, a pesar de todo, sabe que su deber es casarse con ella y la pareja terminará por unirse en matrimonio. Aun así, en la intimidad Abel no la perdona y la tratará como

nunca lo hizo antes.

Eli no podrá escapar de su mentira y le reclamará venganza.

Por otra parte, el pasado de Abel regresa con una sentencia de muerte cargando sobre su espalda y pondrá en peligro demasiadas vidas en Valleverde.

Encarna Magín nació en Girona. Actualmente vive en Banyoles rodeada de su marido, el amor de su vida, sus tres hijos y un perrito de lo más travieso. Le encanta leer, aunque la debilidad por la novela romántica la ha llevado a iniciarse en el precioso oficio de la escritura. Siempre tiene en mente nuevas historias. Historias que hilvana entre girasoles y al lado de la chimenea de su hogar, y de las que espera que sus lectores disfruten tanto leyéndolas como lo hace ella escribiéndolas.

Edición en formato digital: mayo de 2019

© 2019, Encarna Magín

© 2019, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-17606-60-2

Composición digital: leerendigital.com

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

megustaleer

Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás
recomendaciones de lecturas
personalizadas.

Visita:

ebooks.megustaleer.club



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

Índice

Verdades y mentiras

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Epílogo

Si te ha gustado esta novela

Sobre este libro

Sobre Encarna Magín

Créditos